AGATHA CHRISTIE

NOCHE ETERNA

Selecciones de Biblioteca Oro



Lectulandia

Cuando el joven y ambicioso Michael Rogers conoce a Fenella Goodman su vida da un giro. Por fin ha sucedido lo que siempre había estado esperando que sucedería. Ante él se abre una puerta, tras la cual están todos sus sueños. Michael presiente que es el momento de atravesarla. Pero el camino que emprende habrá de llevarlo hacia algo que nunca imaginó.

Lectulandia

Agatha Christie

Noche Eterna

ePUB v1.0
Ormi 27.10.11

más libros en lectulandia.com

Título original: *Endless Night*
Traducción: Ramón Margalef Llambrich
Agatha Christie, 1967
Edición 1968 - Editorial Molino - 191 páginas
ISBN: 8427285728

Para Nora Prichard, a quien oí contar por vez primera la leyenda del Campo del Gitano. Todas las noches y todas las mañanas unos nacen para la miseria. Todas las noches y todas las mañanas otros nacen para el dulce placer. Unos nacen para el dulce placer, otros nacen para la noche eterna.

WlLLIAM BLAKE
Auguries of lnnocence

Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

ANDERSEN, Greta: Dama de compañía de Fenella Guteman.
BARTON, Frank: Tío de Fenella.
GUTEMAN, Fenella (Ellie): Esposa de Michael Rogers.
HARDCASTLE, Claudia: Hermanastra del arquitecto Santonix.
LEE, Esther: Gitana de Market Chadwell.
LIPPINCOTT, Andrew: Abogado a quien Fenella llama familiarmente «tío Andrew».
IXOYD, Stanford: Banquero y administrador junto con Lippincott del fideicomiso de Fenella Guteman.
PHILLPOT, comandante: Persona destacada en la comunidad de Market Chadwell.
REUBEN, William R. Pardoe: Primo de Fenella.
ROGERS, Michael: Conocido como Mike y marido de Fenella.
ROGERS, Mrs.: Madre de Mike.
SANTONIX, Rudolf: Arquitecto amigo de Mike.
SHAW, doctor: Médico de Market Chadwell.
VAN STUYVESANT, Cora: Madrastra de Fenella.

LIBRO PRIMERO

Capítulo I

En el fin está el principio... Ésa es una cita que he oído muchas veces. No suena mal, pero en realidad, ¿qué significa?

¿Hay siempre un instante determinado que se pueda señalar y decir: «Todo comenzó aquel día, a tal hora y en tal lugar, con aquel incidente?

¿Comenzó mi historia cuando vi aquel cartel colgado en la pared del George & Dragón, el que anunciaba la subasta de la valiosa finca *The Towers* y daba detalles de los acres, las millas y las yardas, acompañados por un boceto de cómo había sido la mansión en su mejor época, hará de esto unos ochenta o cien años?

No estaba haciendo nada especial: sencillamente paseaba por la calle principal de Kingston Bishop, un lugar sin la menor importancia, pasando el rato. Vi el cartel. ¿Por qué? ¿Fue una sucia jugarreta del destino o la mano extendida de la buena fortuna? Se puede entender de cualquiera de las dos maneras.

También se podría decir que comenzó cuando conocí a Santonix, desde nuestro primer encuentro. Cierro los ojos y veo sus mejillas arreboladas, los ojos brillantes y las manos fuertes, pero delicadas, que bosquejaban y hacían planos y alzados de casas. Una casa en particular, una casa hermosa, una casa que hubiese sido maravilloso tener.

Fue entonces cuando afloró en mí el anhelo de tener una casa bien hecha, una casa como la que nunca podría tener. Una hermosa fantasía que compartíamos, la casa que Santonix edificaría para mí, si es que vivía lo suficiente.

Una casa que, en mis sueños, compartía con la muchacha a quien amaba, una casa donde viviríamos eternamente felices, como en los cuentos infantiles. Pura fantasía, una tontería, pero que despertó en mí el anhelo de algo que nunca llegaría a tener.

Pero si esto es una historia de amor —y la verdad es que lo es, lo juro—, entonces, ¿por qué no comenzarla por el momento en que vi a Ellie entre los abetos del Campo del Gitano?

El Campo del Gitano. Sí, quizá lo mejor será que empiece por allí, por el momento en que le volví la espalda al cartel y me estremecí un poco porque un nubarrón había tapado el sol, y le pregunté a un lugareño que recortaba un seto sin mucho entusiasmo:

—¿Qué tal es esa casa, The Towers?

Todavía veo la curiosa expresión del viejo que me miraba de reojo.

—No es ése el nombre que le damos por aquí. ¿Qué nombre es ése? —Gruñó como confirmación de su crítica—. Han pasado muchos años desde que las personas que vivían allí la llamaban The Towers. —Volvió a gruñir.

Entonces le pregunté cómo la llamaba él, y una vez más desvió la mirada de aquella extraña manera que la gente de campo tiene de no hablarte directamente, sino

que miran por encima de tu hombro o a cualquier otra parte como si vieran algo que tú no ves.

—Por aquí la llaman el Campo del Gitano.

—¿Por qué la llaman así?

—Circula una historia. No la conozco muy bien. Unos dicen una cosa y otros dicen otra. La cuestión es que ahí es donde ocurren los accidentes.

—¿Accidentes de coche?

—Toda clase de accidentes. En la actualidad, la mayoría son accidentes de coche. Ahí hay una curva bastante mala.

—Bueno, si hay una curva peligrosa, es lógico que se produzcan accidentes.

—El concejo comarcal colocó una señal de peligro, pero no sirvió para nada. Siguen ocurriendo accidentes.

—¿Por qué lo del gitano?

Una vez más, la mirada se fijó en el infinito y la respuesta fue vaga.

—Es otra de esas historias. Dicen que en un tiempo fue tierra de gitanos y que, cuando los expulsaron, maldijeron la tierra.

Me eché a reír.

—Sí, ya puede usted reírse, pero hay lugares malditos. Ustedes, los listos de la ciudad, no saben nada de nada. Pero hay lugares malditos y ése es uno. La gente se mata en la cantera cuando sacan piedra para la construcción. Una noche, el viejo Geordie se cayó por el borde y se partió el cuello.

—¿Borracho?

—Puede que sí. Le gustaba darle a la botella. Pero hay tantos borrachos como caídas y algunas bastante malas, pero ninguno se hizo nunca mucho daño. Pero Geordie se partió el cuello. Allá —señaló la ladera cubierta de pinos a su espalda—, en el Campo del Gitano.

Sí, supongo que fue así como empezó. No es que en aquel momento le prestara mucha atención. Sólo que lo recuerdo, eso es todo. Creo, me refiero a cuando pienso con claridad, que lo adorno un poco. No sé si fue antes o después que le pregunté si todavía quedaban gitanos por el lugar. Respondió que no se les veía apenas. Comentó que la policía se encargaba de alejarlos.

—¿Por qué será que a nadie le gustan los gitanos? —pregunté.

—Son una pandilla de ladrones —afirmó irritado. Luego me miró con un poco más de atención—. ¿Es que usted tiene sangre gitana? —preguntó con una expresión severa.

Le contesté que si la tenía no estaba enterado. La verdad es que tengo pinta de gitano. Quizá fue ése el motivo de mi fascinación por el nombre del lugar. Mientras le sonreía al viejo, divertido con la conversación, pensé para mis adentros que *quizá sí* que tenía un poco de sangre gitana.

El Campo del Gitano. Eché a andar por la serpenteante y empinada carretera que salía del pueblo y se abría paso entre los árboles oscuros y por fin llegué a la cumbre de la colina desde donde se divisaba el mar y las embarcaciones.

Era una vista maravillosa, y pensé, como se piensan esas cosas, cómo me sentiría si el Campo del Gitano fuese *mío*. Así de sencillo. Sólo que se trataba de un pensamiento ridículo. Cuando volví a pasar junto al anciano que podaba el seto, éste me informó:

—Si quiere gitanos, está la vieja Mrs. Lee. El comandante le cedió una casa para que viviera en ella.

—¿Quién es el comandante? —pregunté.

—El comandante Phillpot, por supuesto —replicó con un tono de asombro. Por lo visto, mi pregunta le había dejado atónito. Deduje que el comandante Phillpot era algo así como el Dios local, y Mrs. Lee alguna adlátere a la que él proveía. Al parecer, los Phillpot allí llevaban la voz cantante.

Me despedí del viejo y, cuando ya me alejaba, me informó:

—Vive en la última casa al final de la calle. Quizá la encuentre en el jardín. No le gusta estar dentro. A los que tienen sangre gitana no les gusta.

Así que ahí iba yo, paseando por la calle, con el pensamiento puesto en el Campo del Gitano mientras silbaba alegremente. Casi había olvidado lo que me habían dicho cuando vi a una vieja alta y de pelo negro que me miraba por encima de un seto. Adiviné en el acto que debía ser Mrs. Lee. Me detuve y le hablé:

—Me han dicho que usted lo sabe todo del Campo del Gitano.

Me miró entre el flequillo que le tapaba la frente.

—No es un asunto que le concierna, joven. Olvídelo. Más vale que me escuche. Usted es un mozo bien parecido. Sepa que nunca ha salido nada bueno del Campo del Gitano.

—Veo que está a la venta.

—Sí, así es, y muy tonto será el que lo compre.

—¿Quién es el probable comprador?

—Seguro que hay un constructor que la quiere. Más de uno. Se venderá barata, ya lo verá.

—¿Por qué van a venderla barata? —pregunté curioso—. Es un lugar muy bonito.

No respondió a mi pregunta.

—Supongamos que un constructor la compra barata —añadí—. ¿Qué cree que hará con la finca?

—Demolerá la mansión y construirá, desde luego. Veinte o treinta casas y todas malditas.

No hice caso de la última parte. Sin poder contenerme, comenté:

—Eso sería lamentable. Una auténtica vergüenza.

—Ah, no tiene de qué preocuparse. No les proporcionará ninguna alegría ni al que la compre ni a los que pongan los ladrillos y el cemento. Un pie resbalará en la escalera, un camión se estrellará con la carga o una teja se desprenderá de algún tejado y hará diana. Y también los árboles serán abatidos por una súbita tempestad. ¡Mire, ya lo verá! Nada bueno puede salir del Campo del Gitano. Lo mejor que pueden hacer es dejarlo en paz. Ya lo verá. Ya lo verá. —Asintió vigorosamente y después añadió en voz muy baja—: *No tendrán suerte los que se metan en el Campo del Gitano*. Nunca la han tenido ni la tendrán.

Me eché a reír. La mujer me habló con aspereza.

—No se ría, jovencito. Estoy convencida de que un día de estos tendrá que tragarse esa risa. Nunca ha habido allí suerte. Ni en la casa ni en la tierra.

—¿Qué pasó en la casa? —pregunté animado por la curiosidad—. ¿Por qué lleva vacía tanto tiempo? ¿Por qué dejaron que se viniera abajo?

—Las últimas personas que vivieron allí murieron todas.

—¿Cómo murieron?

—Es mejor no tocar el tema, pero nadie más ha querido vivir allí. Dejaron que se convirtiera en una ruina. Ahora ya nadie se acuerda y así es como debe ser.

—Usted podría contarme la historia —supliqué—. La sabe de pe a pa.

—No quiero hablar del Campo del Gitano —respondió. Luego, con un falso tono lastimero, añadió—: Le diré la buenaventura, guapetón. Ponga unos cuartos en mi mano y le diré lo que le espera en el futuro. Usted es de los que llegará muy lejos.

—No creo en la buenaventura ni tampoco tengo cuartos. Al menos, no para malgastarlos.

Se acercó un poco más y continuó suplicando:

—Seis peniques. Venga, sólo seis peniques. Lo haré sólo por seis peniques. ¿Qué es eso? Nada en absoluto. Lo haré por seis peniques, por un chico guapo que sabe hablar y comportarse. Quizá llegue muy lejos.

Saqué seis peniques del bolsillo no porque creyera en ninguna de sus estúpidas supersticiones, sino porque, por alguna razón, me caía bien la vieja farsante, aunque la viera venir. Me arrebató la moneda.

—Déme las manos. Las dos.

Me sujetó las manos con las suyas que parecían garras y miró mis palmas abiertas. Permaneció en silencio durante un par de minutos. Luego me las soltó bruscamente, como si quisiera apartarlas lo más lejos posible, y retrocedió.

—¡Si sabe lo que es bueno para usted, se alejará del Campo del Gitano ahora mismo y no regresará nunca más! —afirmó con un tono acre—. Es el mejor consejo que le puedo dar. No regrese nunca más.

—¿Por qué no? ¿Por qué no debo regresar nunca más?

—Porque si lo hace, volverá para tropezar con la pena, la desgracia y quizás el

peligro. Hay problemas, terribles problemas que le estarán esperando. Olvídese de que alguna vez vio este lugar. Se lo advierto.

—Que me...

No tuve tiempo de acabar la frase porque la mujer ya se alejaba hacia la casa. Entró y cerró de un portazo. No soy supersticioso, pero creo en la suerte, por supuesto, ¿quién no? Pero no en esas tonterías supersticiosas sobre casas malditas. Sin embargo, tenía la molesta sensación de que aquella vieja siniestra había visto *algo* en mis manos. Me miré las palmas. ¿Qué podía ver alguien en las manos de otro? Decir la buenaventura era pura tontería, un truco para sacarte dinero, para aprovecharse de tu ridícula incredulidad y quitarte los cuartos. Miré el cielo. El sol se había ocultado, el día parecía diferente. Había algo sombrío en él, una amenaza. Viene una tormenta, pensé. Había comenzado a soplar viento; las hojas de los árboles se agitaban. Continué mi camino a través del pueblo, silbando para mantener el ánimo.

Miré de nuevo el cartel que anunciaba la subasta de The Towers. Incluso tomé nota de la fecha. Nunca había asistido a la subasta de una finca, pero me dije que a ésta asistiría. Sería interesante ver quién compraba The Towers. Quiero decir que sería interesante ver quién se convertiría en el dueño del Campo del Gitano. Sí, creo que fue allí donde comenzó todo. Se me ocurrió una idea fantástica. Pujaría por el Campo del Gitano contra los constructores locales que se retirarían desilusionados por no haberla conseguido a precio de saldo. Yo la compraría, y después iría a ver a Rudolf Santonix y le diría: «Constrúyeme una casa. He comprado el terreno para ti». Buscaría a una muchacha maravillosa y viviríamos juntos y eternamente felices.

A menudo tenía esta clase de sueños. Naturalmente, nunca se hacían realidad, pero eran divertidos. Eso era lo que creía entonces. ¡Divertido! *¡Divertido!* ¡Dios mío! ¡Si lo hubiera sabido!

Capítulo II

Fue pura casualidad lo que me llevó aquel día a la vecindad del Campo del Gitano. Yo conducía un coche alquilado por unas personas de Londres que querían asistir a una venta, no a la venta de una casa, sino del mobiliario y los enseres. Era una casa grande en las afueras de la ciudad, una casa bastante fea por cierto. Mis pasajeros eran una pareja ya mayor, aparentemente interesados en una colección de *papier maché*, por lo que pesqué de su charla, aunque vaya usted a saber qué era el *papier maché*. Mi madre lo había mencionado una vez al referirse a las palanganas. Dijo que una palangana de *papier maché* era muy superior a cualquier otra de plástico. Me pareció algo bastante curioso que unas personas ricas se tomaran la molestia de hacer un viaje sólo para comprar una colección de aquellos chismes.

Sin embargo, no olvidé el nombre y me prometí que lo buscaría en el diccionario o leería algo en alguna parte para saber qué era el *papier maché*. Tenía que ser algo de valor para que unas personas alquilaran un coche con el fin de ir a una subasta rural y pujar por ello. Me gusta saber las cosas. En aquel entonces tenía sólo veintidós años y sabía algo de lo que había aprendido aquí y allá. Sabía bastante de coches, no era mal mecánico y conducía bien. En un tiempo había trabajado con caballos en Irlanda y había estado a punto de meterme en líos con una banda de traficantes de drogas, pero fui listo para dejarlo a tiempo. El trabajo de chofer en una casa de alquiler de coches de categoría no estaba nada mal: te ganabas un buen dinero con las propinas. Tampoco te matabas, pero el trabajo era aburrido.

En una ocasión trabajé en la recolección de fruta durante el verano. No pagaban mucho, pero me divertí. Hice muchas cosas. Trabajé de camarero en un hotel de tercera, fui socorrista en una playa, vendí enciclopedias, aspiradoras y no sé cuantas cosas más. También fui ayudante de jardinero en un jardín botánico y aprendí un poco sobre las flores.

Nunca me até a nada. ¿Qué necesidad tenía? Todo lo que hacía me resultaba interesante. Algunas cosas requerían más trabajo que otras, pero eso no me molestaba. No soy un gandul. Supongo que debo ser un poco trotamundos. Me gusta ir a todas partes, verlo todo, hacer de todo. Quiero encontrar algo. Sí, eso es, quiero encontrar algo.

Desde que salí de la escuela quería encontrar algo, pero entonces no tenía idea de lo que podía ser. Sencillamente, eso era algo que buscaba de una manera vaga, nada metódica, lo cual me producía cierta insatisfacción. Tenía que estar en alguna parte y, tarde o temprano, acabaría por encontrarlo. Podía ser una muchacha. Me gustan las chicas, pero hasta ahora no había conocido a mi media naranja. Te gustan, pero vas pasando de una a otra sin problemas. Son como mis trabajos. Están bien por algún tiempo, pero después acabas hasta las narices y quieres pasar al siguiente. He pasado

de trabajo en trabajo y de chica en chica desde que salí de la escuela.

Hay unos cuantos que reprueban mi manera de vivir. Supongo que son aquellos que me quieren bien, pero eso es porque no saben nada de *mí*. Quieren que me busque una novia decente, ahorre, me case y me conforme con un empleo fijo. Un día tras otro, año tras año, y así por los siglos de los siglos, amén. ¡Muchas gracias, pero a otro perro con ese hueso! Tiene que haber algo mejor que eso. No todos nos conformamos con esta dócil seguridad, con el clásico estado de bienestar del que va tirando a la pata coja. Sin duda, pensaba en un mundo donde el hombre ha sido capaz de colocar satélites en el cielo y todos se llenan la boca hablando de viajar a las estrellas. Tenía que haber algo capaz de motivarme, de hacerme latir el corazón, algo que valiera la pena buscar por todo el mundo. Recuerdo un día que caminaba por Bond Street durante mi etapa de camarero y llegaba tarde al trabajo. Me había parado a mirar el escaparate de una zapatería. Tenían unos zapatos muy finos. Como dicen en los anuncios: «Lo que lleva el hombre elegante» y aparece la foto del tipo en cuestión. ¡Casi siempre parece un petimetre, lo juro! Esos anuncios siempre me han divertido.

Pasé del escaparate de la zapatería al siguiente. Era el de una galería de arte. Sólo había tres cuadros colocados artísticamente y un trozo de terciopelo de color neutro enganchado en una esquina de un marco dorado. Bastante afeminado, ustedes ya me entienden. No soy de los que gustan del arte. Una vez, sólo por curiosidad, me di una vuelta por la *National Gallery*. La verdad es que no me gustó nada. Enormes cuadros de muchos y brillantes colores de batallas en valles pedregosos, o santos esqueléticos dejándose asaetear. Retratos de damas bobaliconas vestidas de seda, terciopelo y encajes. Decidí allí mismo que el arte no estaba hecho para mí, pero el cuadro que miraba ahora era otra cosa. Había tres obras en el escaparate: el paisaje de una campiña que no estaba mal, el retrato de una mujer pintado de una forma tan curiosa, tan desproporcionada, que a duras penas se veía que era una mujer. Supongo que era lo que llaman *art noveau*. No entendí de qué iba. La tercera era la mía. No tenía gran cosa, ya me entienden. Era... ¿cómo podría describirla? Era muy simple. Con mucho espacio y unos pocos círculos concéntricos, todos de diferentes colores y, por cierto, unos colores extraños que no te los esperas. Aquí y allá había unas manchas de color que no parecían significar nada en absoluto. ¡Sólo que de alguna manera significaban algo! No soy muy bueno para las descripciones. Lo único que puedo decir es que sentía unas ganas tremendas de seguir mirándolo.

Me quedé allí con una sensación rara, como si me hubiera ocurrido algo muy extraño. Por ejemplo, me hubiera gustado tener aquellos zapatos elegantes. Me refiero a que me preocupo por mi atuendo. Me gusta vestir bien para causar una buena impresión, pero nunca se me hubiera pasado por la cabeza comprarme un par de zapatos en Bond Street. Sé muy bien los precios de locura que piden por ellos.

Aquellos zapatos podían costar quince libras. Hechos a manos o algo así, los llamaban, como si eso justificara el precio. Comprarlos era tirar el dinero. Unos zapatos con clase, pero te la hacían pagar. No soy tonto.

Pero ese cuadro… supongamos que estuviera dispuesto a comprarlo, ¿cuánto costaría? Estás loco, me dije. A ti no te van los cuadros, eso era muy cierto, pero quería este cuadro, me gustaba la idea de que fuera mío. Podría colgarlo y sentarme a mirarlo todo cuanto quisiera porque era mío. ¡Yo comprando cuadros! Era una locura. Miré el cuadro de nuevo. Que deseara comprarlo no tenía sentido y, de todas maneras, tampoco podría permitírmelo, aunque en aquel momento, no iba escaso de fondos. Un buen soplo en las carreras. Este cuadro podía costar mucha pasta. ¿Veinte libras? ¿Veinticinco? Tampoco pasaría nada si entraba a preguntar. No me comerían, ¿verdad? Entré con aire agresivo y a la defensiva.

En el interior, todo era a lo grande y muy silencioso. Se respiraba un ambiente tranquilo, con las paredes tapizadas en un color neutro y con una butaca muy elegante donde podías sentarte y admirar los cuadros. Un hombre que se parecía un poco al modelo del caballero perfectamente vestido de los anuncios se acercó. Hablaba en voz muy baja para no desentonar con el ambiente. Tampoco se comportaba como si fuera alguien importante, como hacen en todas las tiendas de Bond Street. Escuchó lo que le dije y luego sacó el cuadro del escaparate. Lo sostuvo contra la pared, para que lo contemplara todo lo que me viniera en gana. Entonces se me ocurrió de esa manera en que de pronto sabes exactamente cómo son las cosas que, en cuestión de cuadros, no se aplicaban las mismas reglas que con los otros objetos. Alguien podía entrar en un lugar como éste vestido con prendas viejas y el cuello de la camisa raído, y resultar ser un millonario que quisiera comprar algo para su colección. O alguien con un aspecto vulgar, vistiendo prendas chillonas como era mi caso, al que le gustara tanto un cuadro que fuera capaz de emplear en él el dinero procedente de algún desfalco.

—Un magnífico ejemplo del talento del artista —comentó el hombre que sostenía el cuadro.

—¿Cuánto vale? —pregunté sin andarme con rodeos.

La respuesta me dejó sin aliento.

—Veinticinco mil libras —dijo con voz amable.

Soy muy bueno en eso de poner cara de póquer. Permanecí impasible. Al menos eso creo. Mencionó un nombre que sonó extranjero. El nombre del artista, supongo, y después añadió que acababan de conseguirlo en una casa de campo, donde vivía una gente que no tenía idea de lo que valía. Seguí disimulando y exhalé un suspiro.

—Es mucho dinero, pero creo que lo vale —opiné.

Veinticinco mil libras. ¡Qué barbaridad!

—Sí —dijo, y suspiró. Bajó el cuadro con mucho cuidado y lo llevó de nuevo al

escaparate. Me miró sonriente—. Tiene usted muy buen gusto.

Sentí que de alguna manera nos habíamos entendido el uno al otro. Le di las gracias y volví a Bond Street.

Capítulo III

No sé escribir con soltura, me refiero a como lo haría un escritor de verdad. Por ejemplo, aquella escena del cuadro que vi no tiene que ver con nada. Quiero decir que de aquello no salió nada, que no condujo a ninguna parte y, sin embargo, siento que de alguna manera es importante, que encaja en algún lugar. Fue una de las cosas que me ocurrieron que significan algo. De la misma manera que el Campo del Gitano era importante para mí o para Santonix.

No he contado mucho de él. Era un arquitecto. Supongo que eso ya lo sabían. Los arquitectos son otra de mis cosas con la que no he tenido mucho que ver, aunque sé algo del oficio de la construcción. Conocí a Santonix en una de mis andanzas. Fue cuando trabajaba de chofer y llevaba a los ricos de aquí para allá. Estuve unas cuantas veces en el extranjero. Dos en Alemania, hablo un poco el alemán; un par en Francia, también me las apaño con el francés; y una en Portugal. Por lo general, eran personas mayores, que tenían dinero y mala salud por partes iguales.

Cuando conduces para gente rica, comienzas a entender que el dinero tampoco es nada extraordinario. Tienen amagos de ataques, tienen que estar tomando una infinidad de pastillas y se enfadan por lo que les sirven en los restaurantes o por el servicio de los hoteles. La mayoría de los ricos que he conocido eran bastante desgraciados. También tenían sus problemas. Los impuestos y las inversiones. Había que oírles hablar entre ellos o con los amigos. ¡La preocupación! Eso es lo que mata a la mayoría. Tampoco su vida sexual es nada del otro mundo. Están casados con rubias de piernas largas que los engañan con algún amigo en alguna parte o, si no, están casados con verdaderas arpías que no les dejan ni un segundo en paz. No, prefiero ir por libre. Michael Rogers que disfruta viendo el mundo y que sale con chicas guapas cuando le apetece.

Vivía al día, pero no me quejaba. La vida era divertida y estaba satisfecho de que fuera así. Supongo que lo hubiera sido de todas maneras. Eso es algo que va con la juventud que, cuando se acaba, también se acaba la diversión.

Creo que detrás de todo esto siempre hay otra cosa: buscar a alguien o a algo. Sin embargo, para continuar con lo que estaba diciendo, recuerdo un viejo que llevé a la Riviera, Le estaban construyendo una casa. Fue a echar un vistazo a las obras. Santonix era el arquitecto. La verdad es que no sé la nacionalidad de Santonix. Primero pensé que era inglés, aunque no había escuchado antes su apellido. Pero no creo que lo fuera. Supongo que era de algún país escandinavo. Saltaba a la vista que era un hombre enfermo. Era joven, muy rubio y delgado, con un rostro que producía una sensación extraña porque las dos mitades no coincidían. Tenía bastante mal genio con los clientes. Cualquiera hubiera creído que, siendo ellos quienes ponían el dinero, tenían todo el derecho a cabrearse. Pero no era así, Santonix los ponía de vuelta y

media, y siempre estaba muy seguro de sí mismo, cosa que no sucedía con sus patrones.

Recuerdo que aquel cliente se puso hecho una fiera en cuanto se bajó del coche y vio cómo iban las cosas.

Yo escuchaba partes de la discusión mientras permanecía junto al coche dispuesto a servir en lo que hiciera falta. Estaba escrito en las cartas que Mr. Constantine acabaría por tener un ataque.

—No ha hecho nada de lo que le dije —chilló—. Ha gastado demasiado dinero. Lo ha derrochado a manos llenas. No era esto lo que acordamos. ¿Cuánto más va a costarme?

—Tiene usted toda la razón —le respondió Santonix—. Pero el dinero está para gastarlo.

—De ninguna manera. No malgastaré ni un céntimo más. Usted tiene que mantenerse dentro del presupuesto que le fijé. ¿Está claro?

—Entonces no tendrá la casa que quiere. Yo sé lo que quiere. La casa que estoy construyendo es la que usted quiere. Lo sé a ciencia cierta y usted también lo sabe. No me venga ahora con sus mezquindades de tendero. Usted quiere una casa de calidad y la tendrá. Después podrá presumir delante de sus amigos y ellos le envidiarán. No construyo casas para cualquiera, ya se lo advertí. Se trata de algo más que dinero. ¡Esta casa no será como las de los demás!

—No, será terrible. Terrible.

—Oh, no. Su problema es que no sabe lo que quiere. Al menos eso es lo que cualquiera diría. En realidad, sabe lo que quiere, pero no es capaz de enfrentarse a ello. No lo ve con claridad, pero yo lo sé. Eso es lo único que sé. Lo que la gente busca y lo que quieren. ¿Usted desea calidad? Yo le daré calidad.

Acostumbraba a decir esas cosas. Yo estaba allí y le escuchaba. De alguna manera, veía por mí mismo que esta casa que construían entre los pinos y mirando al mar no sería una casa cualquiera. La mitad de la construcción no daba al mar como cabía esperar. Miraba tierra adentro, hacia las montañas, a un trozo de cielo entre las cumbres. Era extraño, inesperado y muy excitante. Santonix hablaba conmigo cuando yo no estaba de servicio.

—Sólo construyo casas para quienes *yo quiero* edificarlas.

—¿Se refiere a los ricos?

—Tienen que ser ricos o no podrían pagarlas. Pero no es el dinero que voy a ganar lo que me interesa. Mis clientes tienen que ser ricos porque las casas que quiero hacer cuestan dinero. La casa no es suficiente, necesita un entorno. El lugar tiene la misma importancia que el edificio. Es como un rubí o una esmeralda, una piedra preciosa, sólo es eso. No va más allá. No significa nada, no tiene forma ni significado hasta que tiene una montura, y ésta necesita una piedra que se la merezca. Yo consigo

la montura con el paisaje, donde existe por derecho propio. No tiene ningún significado hasta que mi casa se alza orgullosa como una joya. —Me miró y se echó a reír—. No me entiendes, ¿verdad?

—Creo que no —contesté lentamente—, y sin embargo, tengo la sensación de que sí lo entiendo.

—Podría ser. —Me miró con expresión de curiosidad.

Volvimos a la Riviera una vez más. Para entonces, la casa estaba casi terminada. No la describiré porque no podría hacerlo correctamente, pero era algo especial y *hermosa*. Eso era obvio. Era una casa de la que podías estar orgulloso, ufanarte ante los amigos, disfrutar contemplándola, feliz de estar dentro con la persona adecuada. Entonces, un día, Santonix me dijo sin que viniera a cuento:

—Podría construir una casa *para ti*. Sé la casa que tú quieres.

Meneé la cabeza.

—Yo no lo sé —respondí sinceramente.

—Quizá no lo sabes, pero yo lo sé por ti. Es una pena que no tengas dinero.

—Nunca lo tendré.

—Eso no lo digas. Nacer pobre no significa tener que serlo toda la vida. El dinero es algo muy extraño. Va allá donde es deseado.

—No soy tan listo.

—No eres lo bastante ambicioso, querrás decir. La ambición no se ha despertado en ti, pero la tienes.

—Bueno, algún día cuando me despierte y me sienta ambicioso, ganaré dinero. Después vendré a buscarlo y le diré: Constrúyame una casa.

Santonix exhaló un suspiro.

—No puedo esperar. No, no me puedo permitir el lujo de esperar. Me queda muy poco tiempo. Una, quizá dos casas. No habrá tiempo para más. Uno *no quiere* morir joven. Algunas veces tienes que... Supongo que en realidad tampoco tiene mucha importancia.

—Tendré que apresurarme a despertar mi ambición.

—No —replicó el arquitecto—. Estás sano y te diviertes. No cambies tu estilo de vida.

—No podría aunque quisiera.

Lo decía de verdad. Me gustaba la vida que llevaba, me divertía y nunca tenía ningún problema de salud. Había llevado a muchísimas personas que habían trabajado duro y que habían acabado con una úlcera, una trombosis coronaria y muchas otras cosas como consecuencia de tanto trabajar. No quería matarme trabajando. Podía hacer un trabajo tan bien como cualquiera, pero nada más. No tenía la ambición, o por lo menos eso creía. Supongo que Santonix era ambicioso. Era obvio que diseñar y construir casas, dibujar los planos y algo más que no acababa de

descubrir, había agotado sus fuerzas. Para empezar, no era un hombre fuerte. A veces pensaba que se estaba matando antes de tiempo por culpa de los esfuerzos que hacía para satisfacer su ambición. Yo no quería trabajar. Así de sencillo. Despreciaba el trabajo, me desagradaba. Creía que era algo muy malo, algo que la raza humana tuvo la mala ocurrencia de inventar.

Recordaba a Santonix muy a menudo. Me intrigaba mucho más que cualquiera de las otras personas que conocía. Creo que una de las cosas más extrañas en la vida son las cosas que recuerdas. Escoges lo que quieres recordar o, por lo menos, hay algo en nuestro interior que las escoge: Santonix y su casa lo eran, el cuadro en la galería de Bond Street, la visita a aquella casa en ruinas, The Towers, y escuchar la historia del Campo del Gitano eran cosas que había escogido recordar. Otra cosa eran las chicas que conocía y los viajes al extranjero cuando llevaba a los clientes. Estos últimos eran calcados, aburridos. Siempre se alojaban en la misma clase de hoteles y comían los mismos platos.

Aún notaba aquella extraña sensación de espera, como si estuviese aguardando que me ofrecieran algo, o que me ocurriera alguna cosa. No se me ocurre mejor manera de describirlo. Supongo que en realidad buscaba a una chica, la adecuada para mí, pero no me refiero a una muchacha bonita y hacendosa para formar una familia, como deseaban mi madre o mi tío Joshua, o algunos de mis amigos. En aquel tiempo no sabía absolutamente nada del amor. De lo único que sabía era de sexo. Eso era lo único que, aparentemente, sabía mi generación. Creo que hablábamos demasiado del tema, escuchábamos demasiado y nos lo tomábamos demasiado en serio. Ni mis amigos ni yo sabíamos nada de cómo sería cuando ocurriera. Me refiero al amor. Éramos jóvenes, viriles, mirábamos a las chicas y admirábamos sus curvas, sus piernas, la manera de mirarte, y pensabas: «¿Lo harán o no? ¿No estaré perdiendo el tiempo?» Cuantas más chicas conquistabas más te pavoneabas, te tenían por un gran tipo y tú te lo creías.

Tampoco tenía mucha idea de que pudiera haber mucho más. Supongo que nos pasa a todos antes o después y, cuando ocurre, ocurre de pronto. Nunca crees que puedas llegar a pensar: «Ésta puede ser la chica ideal, la que algún día será mía». Al menos, no lo sentía de esa manera. No sabía que, cuando ocurriera, sería algo bastante repentino. Que diría: «Ésa es la chica a la que pertenezco. Soy suyo. Le pertenezco para siempre en cuerpo y alma». No, nunca soñé que sería así. Recuerdo el chiste de un viejo comediante que decía: «Una vez estuve enamorado y, si algún día noto que me puede volver a pasar, les juro que emigro». A mí me pasó lo mismo. De haber sabido cómo acabaría, yo también hubiera emigrado. Claro que para eso hay que tener sesera.

Capítulo IV

No había olvidado mi plan de asistir a la subasta. Tenía tres semanas por delante. Realicé dos viajes más al extranjero: uno a Francia y el otro a Alemania. Fue cuando me encontraba en Hamburgo cuando se planteó la crisis. Para empezar, le cogí verdadera tirria al matrimonio que conducía. Marido y mujer representaban todo aquello que más me desagradaba. Eran vulgares, desconsiderados, desagradables de mirar, y supongo que con su trato me llevaron a sentirme incapaz de seguir soportando esta clase de vida lujosa. De todas maneras, tuve mucho cuidado. No me veía capaz de soportarlos ni un día más, pero no les dije ni una palabra. No tiene ningún sentido ponerte a malas con la empresa que te emplea. Así que llamé al hotel, les dije que estaba enfermo y mandé un telegrama a Londres con la misma excusa. Dije que tenía para días y que enviaran a otro chofer para reemplazarme. Nadie me acusaría de nada. En la empresa no se preocuparían de averiguar nada más y, si no tenían más noticias mías, sencillamente darían por hecho que seguía enfermo. Más tarde, cuando regresara a Londres, les contaría alguna historia de lo mal que lo había pasado. Pero no lo tenía muy claro. Estaba hasta las narices del trabajo de chofer.

La rebelión marcó un cambio crucial en mi vida. Por aquello y otras cosas, me presenté en la sala de subastas en la fecha señalada.

«En subasta si no se realiza una venta privada previamente», habían añadido al cartel original. Pero el cartel seguía allí y, por lo tanto, la finca seguía en venta. Me sentía tan nervioso que apenas me daba cuenta de lo que hacía.

Nunca había estado antes en la subasta pública de una finca. Tenía la impresión de que sería algo excitante, pero no lo era. En absoluto. Fue una de las cosas más aburridas que he presenciado. Tuvo lugar en un ambiente casi lóbrego y no había más de media docena de personas presentes. El subastador no se parecía en nada a los subastadores que había visto en las subastas de muebles y cosas por el estilo; hombres dicharacheros que hablaban a gritos y siempre tenían un comentario gracioso para cada ocasión. Éste, en cambio, hablaba con un tono apagado. Destacó los méritos de la finca, informó de las medidas del terreno y pasó a la subasta sin mucho entusiasmo. Alguien ofreció 5000 libras. El subastador mostró una sonrisa de hastío, típica de alguien que ha escuchado un mal chiste demasiadas veces. Hizo algunos comentarios más y se escucharon nuevas ofertas. La mayoría de los presentes tenían pinta de ser gente de la zona. Uno con aspecto de agricultor, otro que debía ser uno de los constructores interesados, un par de abogados. Había uno que parecía venir de Londres, bien vestido y con la desenvoltura de un profesional. No sé si hizo alguna oferta, porque todo se desarrollaba con mucha discreción y pujaban con señas. La cuestión es que llegó un momento en que nadie más pujó, el subastador anunció con un tono melancólico que no se había alcanzado el precio de salida y que la

subasta había concluido.

—Una subasta muy poco animada —le comenté a un hombre que había estado sentado junto a mí mientras salíamos de la sala.

—Todas son más o menos iguales —respondió—. ¿Asiste a muchas subastas?

—No. En realidad, ésta es la primera.

—Vino a curiosear. Vi que no hizo ninguna oferta.

—Sólo quería saber por cuánto la venderían.

—La verdad es que tampoco esperaban venderla. Sólo les interesaba saber quiénes estaban interesados.

Le miré con una expresión de curiosidad.

—Yo diría que sólo son tres —añadió mi amigo—. Whetherby de Helminster. Es un constructor. Después están Dakham y Coombe, que pujan para alguna empresa de Liverpool, y aquel tipo de Londres, que debe ser un abogado. Claro que siempre puede haber alguien más, pero estos son los principales. Se venderá barata. Eso es lo que dicen todos.

—¿Por la reputación del lugar?

—Ah, está usted enterado de la leyenda del Campo del Gitano. Eso no son más que historias que cuenta la gente de campo. El concejo comarcal tendría que haber modificado el trazado de la carretera hace años. Aquella curva es una trampa mortal.

—Pero el lugar tiene mala fama, ¿no es verdad?

—Insisto que es pura superstición. En cualquier caso, a partir de ahora la venta se negociará entre bambalinas. Se presentarán a hacer sus ofertas en privado. Yo diría que se la quedará la gente de Liverpool. No creo que Whetherby esté dispuesto a mejorar mucho su oferta. Le gusta comprar barato. Cada día hay más fincas que salen al mercado. Después de todo, no hay muchas personas que puedan permitirse comprar una finca, demoler la casa y edificar una nueva.

—Reconozco que es algo que no ocurre muy a menudo en la actualidad —afirmé.

—Demasiados problemas. Con tantos impuestos y una cosa u otra, y después no consigues personal de servicio en el campo. No, la gente prefiere pagar miles por un apartamento de lujo en la ciudad, aunque esté en el piso veinte. Las grandes mansiones campestres van regaladas.

—*Se podría* construir una casa moderna —repliqué—, equipada para ahorrar trabajo, y bastaría tener una criada.

—Se podría, pero cuesta mucho y a la gente no le gusta vivir aislada.

—Hay personas a las que sí.

El hombre se echó a reír y nos despedimos. Continué mi camino con el entrecejo fruncido, ensimismado en mis pensamientos. Sin darme cuenta de dónde iba, seguí la carretera entre los árboles que conducía a los páramos.

Fue así como llegué al lugar de la carretera donde vi por primera vez a Ellie.

Estaba junto a un abeto y tenía el aspecto, no sé si me explico bien, de alguien que no estaba allí un momento antes, pero que se había materializado súbitamente como salida del árbol. Vestía un traje de tweed verde oscuro, su pelo tenía el cálido color castaño de las hojas secas y había algo levemente inmaterial en su figura. La vi y me detuve. Ella me miraba con los labios entreabiertos y una leve expresión de sorpresa en su rostro. Supongo que yo también me mostré sorprendido. Quería decirle algo, pero no encontraba las palabras.

—Lo siento. No... no quería asustarla —dije—. No sabía que hubiera alguien aquí.

Me respondió con una voz muy suave y amable, casi como la de una niña.

—No pasa nada. Quiero decir que tampoco yo esperaba encontrar a nadie aquí. —Miró en derredor y añadió—: Es un lugar solitario. —Se estremeció.

Aquella tarde soplaba un viento bastante fresco.

Pero quizá no fue por el viento. No lo sé. Me acerqué un poco más.

—La verdad es que resulta bastante siniestro. Me refiero a que la casa está en ruinas.

—The Towers —manifestó pensativa—. Ése era el nombre que tenía, aunque no se vean las torres por ninguna parte.

—Supongo que no era más que un nombre —repliqué—. A la gente le gusta llamar a sus casas con nombres rimbombantes para darles una importancia que nunca tienen.

La muchacha se echó a reír.

—No me extrañaría nada. Ésta, quizás usted lo sepa, yo no estoy muy segura, ¿ésta era la finca que vendían hoy, o que sacaban a subasta?

—Así es. Ahora vengo de la subasta.

—Vaya. —Me miró sorprendida—. ¿Estaba... quiero decir, está usted interesado?

—No es probable que yo compre una casa en ruinas con unos cuantos centenares de acres de bosque —respondí—. No es para mí.

—¿La vendieron?

—No, no alcanzó el precio de salida.

—Comprendo.

Me pareció captar un tono de alivio en su voz.

—¿Está usted interesada en comprarla?

Mi pregunta la inquietó.

—Oh, no, por supuesto que no.

Vacilé, pero después no pude contener mis palabras.

—Sólo estoy fingiendo. La verdad es que no puedo comprarla porque no tengo dinero, pero estoy interesado. Me *gustaría* comprarla, *quiero* comprarla. Ríase si quiere, pero así son las cosas.

—¿No cree que está en un estado demasiado ruinoso?

—Sí, por supuesto. No me refería a que la quiero como está ahora. La echaría abajo, no dejaría ni rastro. Es una casa fea y creo que tuvo que ser una casa triste. Pero este lugar no es triste ni feo. Es hermoso. Mire, venga aquí. Observe entre los árboles. Fíjese en aquella vista entre las colinas y los páramos. ¿La ve? Si se despeja esta zona y después se coloca aquí...

La sujeté por el brazo y la guié hasta el nuevo punto de observación. Si me comportaba de una manera poco correcta, no hizo ningún comentario. En cualquier caso, no se trataba de la manera en que la sujetaba. Quería mostrarle lo que veía.

—Aquí —dije—, desde aquí se ve el mar y también aquella formación rocosa de allá. Hay una ciudad entre nosotros y todo aquello, pero no podemos verla porque las colinas la tapan. Además, si mira en aquella otra dirección, se ve el valle. Si se talan los árboles para despejar el panorama y se limpia esta zona alrededor de la casa, ¿se imagina qué casa tan hermosa se podría construir? Pero no en el mismo lugar donde está la vieja. Habría que ubicarla unas cincuenta o cien yardas más a la derecha. Allí es donde pondríamos la casa, una casa maravillosa diseñada por un arquitecto que sea un genio.

—¿Conoce usted a algún arquitecto que sea un genio? —preguntó con un tono de duda.

—Conozco a uno.

Le hablé de Santonix. Nos sentamos en un tronco y continué hablando. Sí, le hablé de los bosques a aquella delgada muchacha a la que nunca había visto antes y puse todo mi corazón en lo que le decía. Le hablé del sueño que se podía levantar aquí.

—Sé que es un imposible —afirmé—. Lo sé. Pero imagíneselo. Véalo con mis mismos ojos. Allí talaríamos los árboles y allá dejaríamos una zona despejada para plantar rododendros y azaleas, y vendría mi amigo Santonix. Tose mucho porque creo que se está muriendo de tuberculosis o algo parecido, pero podría hacerlo. Podría construir una casa fantástica antes de morir. Usted no sabe cómo son sus casas. Las construye para personas muy ricas y tienen que ser personas que quieran lo mejor. No me refiero a lo mejor en un sentido convencional, hablo de sueños que la gente quiere ver convertidos en realidad. Algo maravilloso.

—Yo quiero una casa así —dijo Ellie—. Usted me hace verla, sentirla. Sí, éste sería un lugar precioso. Todo lo que una ha soñado convertido en realidad. Una podría vivir aquí y sentirse libre, sin compromisos, sin verte rodeada de personas que te obligan a hacer cosas que no quieres hacer y te impiden hacer cualquier cosa que deseas. ¡Estoy tan harta de mi vida, de las personas que me rodean y de todo en general!

Fue así como comenzó. Ellie y yo juntos. Yo con mis sueños y ella rebelándose

contra su vida. Dejamos de hablar y nos miramos.

—¿Cómo se llama?

—Mike Rogers. Quiero decir Michael Rogers. ¿Y usted?

—Fenella —vaciló un momento—, Fenella Goodman —añadió al tiempo que me miraba con una expresión preocupada.

Esto no pareció llevarnos mucho más allá, pero continuamos mirándonos. Ambos queríamos volver a vernos, pero en aquel momento no sabíamos muy bien cómo arreglarlo.

Capítulo V

Así fue como comenzó todo entre nosotros dos. En realidad, no fue una cosa muy rápida porque supongo que ambos teníamos nuestros secretos. Los dos teníamos cosas que nos reservábamos, así que no nos podíamos decir todas las cosas que queríamos de nosotros mismos, y eso era una barrera contra la que chocábamos continuamente. No éramos capaces de ventilar nuestras cosas al aire libre y preguntar: ¿Cuándo nos volveremos a encontrar? ¿Dónde puedo encontrarte? ¿Dónde vives? Porque, verán, si uno le hace estas preguntas a otra persona, ella espera que tú hagas lo mismo.

Fenella me había parecido asustada cuando me dijo su nombre. Tanto que, por un momento, creí que no era el verdadero. ¡Casi pensé que se lo había inventado! Pero, desde luego, sabía que era imposible. Yo le había dado mi nombre auténtico.

Aquel día no sabíamos como despedirnos. Resultaba muy embarazoso. Hacía frío y ambos queríamos alejarnos de la casa en ruinas, pero ¿y después qué?

—¿Está alojada por aquí cerca? —pregunté, porque no se me ocurrió nada más ocurrente.

Me respondió que se alojaba en Market Chadwell. Era una ciudad que no estaba muy lejos. Yo estaba al corriente de que había un hotel de tres estrellas. Supuse que se alojaría allí. Fenella, con la misma torpeza que yo, me preguntó a su vez:

—¿Vive aquí?

—No, no vivo aquí. Sólo he venido a pasar el día.

Luego siguió un largo silencio que se nos hacía insoportable. Ella se estremeció. El viento era cada vez más frío.

—Será mejor que caminemos para mantenernos calientes —propuse—. ¿Tiene coche o viaja en tren?

Dijo que había dejado el coche en el pueblo.

—No se preocupe por mí. Llegaré bien.

Parecía un poco nerviosa. Pensé que quizá deseaba desembarazarse de mí, pero no sabía cómo hacerlo,

—¿Qué le parece si bajamos juntos, sólo hasta el pueblo?

Me dirigió una rápida mirada de agradecimiento. Caminamos a paso lento por la sinuosa carretera donde habían ocurrido tantos accidentes mortales. Al llegar a una de las curvas, una figura que había estado oculta a la sombra de un abeto se acercó a la carretera. Fue una aparición tan súbita que Ellie se sobresaltó y soltó un gritito de alarma. Se trataba de Mrs. Lee, la vieja que me había leído la buenaventura hacía tres semanas junto a la reja de su jardín. Hoy tenía un aspecto mucho más fiero con el pelo negro alborotado por el viento y un chal rojo sobre los hombros; el porte autoritario la hacía parecer más alta.

—¿Qué están haciendo aquí, jovencitos? ¿Qué les ha traído al Campo del Gitano?

—Oh, no hemos invadido ninguna propiedad ajena, ¿verdad?

—No lo sé. Ésta era tierra de gitanos en otros tiempos y nos expulsaron. Aquí no tienen nada que hacer y no sacarán ningún provecho de rondar por el Campo del Gitano.

Ellie no discutió. No era de las que protestaba.

—Lamento mucho si hemos cometido un error al venir aquí —manifestó con un tono muy amable—. Creía que hoy se celebraba la subasta de la finca.

—¡La desgracia caerá sobre el que la compre! —afirmó la vieja—. Haga caso de mis palabras, bonita, porque es usted muy bonita, y créame si le digo que quien la compre vivirá sumido en la desgracia. Esta tierra está maldita. La maldijeron hace muchos años. Manténgase bien lejos. No intente tener nada que ver con el Campo del Gitano. No puede traerle más que peligro y muerte. Regrese a su casa al otro lado del mar y no vuelva nunca más al Campo del Gitano. No diga después que no la avisé.

—No estábamos haciendo nada malo —replicó Ellie con un leve tono de enfado.

—Vamos, Mrs. Lee, no asuste usted a la señorita. —Me volví para explicar a Ellie —: Mrs. Lee vive en el pueblo. Tiene una casa. Lee la buenaventura y adivina el futuro. Es así, ¿no, Mrs. Lee? —le pregunté jocoso.

—Tengo ese don —respondió la mujer sencillamente, irguiéndose todavía un poco más su esbelto cuerpo gitano-—. Es algo innato. Todos los de mi raza lo tenemos. Le diré la buenaventura, señorita, a cambio de una moneda.

—No creo que me interese.

—Siempre es bueno saber algo del futuro. Saber lo que debe evitar, saber lo que le puede pasar si no va con cuidado. Vamos, tiene mucho dinero en el bolsillo. Mucho dinero. Sé cosas que le convendría saber.

Creo que el ansia de que les digan la buenaventura es algo innato en las mujeres. Lo había visto en todas las chicas que conocía. Casi siempre les daba dinero para que entraran en las tiendas de las adivinas cuando las llevaba a las ferias. Ellie abrió el bolso y sacó dos medias coronas que puso en la mano de la vieja.

—Eso, guapetona, muchas gracias. Oirás lo que la vieja mamá Lee tiene que decirte.

Ellie se quitó el guante y apoyó su pequeña y delicada mano sobre la mano de la vieja, que le echó una ojeada mientras musitaba:

—¿Qué veo ahora? ¿Qué veo?

De pronto, apartó la mano de Ellie bruscamente.

—Si estuviera en su lugar me marcharía de aquí —exclamó—. ¡Vayase y no regrese nunca más! ¡Se lo digo de veras! Lo he visto de nuevo en su palma. Olvídese del Campo del Gitano, olvide que alguna vez lo vio. No es sólo la casa en ruinas de allá arriba, sino la misma tierra la que está maldita.

—Tiene usted una auténtica manía con esa historia —manifesté con un tono áspero—. Para empezar, esta señorita no tiene nada que ver con esta tierra. Sólo ha venido a dar un paseo. No tiene nada que ver con la gente de aquí.

La vieja no me prestó la más mínima atención.

—Se lo digo a usted, bonita —añadió agriamente—. Se lo advierto. Tendrá una vida muy feliz, pero debe evitar el peligro. No vaya a ningún lugar peligroso o que esté maldito. Vaya donde la quieran, donde se preocupen por usted y la cuiden. Tiene que estar segura. No lo olvide. De lo contrario... —Se estremeció—. No me gusta verlo. No me gusta ver lo que está escrito en su mano. —De pronto, con un gesto extraño y brusco, puso las dos medias coronas en la palma de Ellie, murmurando algo que apenas se entendía. Dijo algo así como: «Es cruel. Es muy cruel lo que va a suceder». —Dio media vuelta y se alejó a paso rápido.

—Qué mujer tan horrible —dijo Ellie.

—No le haga caso —le aconsejé con voz ronca—. Creo que está medio loca. Sólo quería asustarla. Tienen no sé qué obsesión sobre esta tierra.

—¿Han ocurrido accidentes? ¿Ocurrió algo malo?

—Es un lugar propicio para los accidentes. Mire la curva y el ancho de la carretera. Deberían fusilar a los del ayuntamiento por no tomar medidas. ¡Claro que aquí se producen accidentes! No hay ninguna señal que advierta del peligro.

—¿Sólo accidentes o algunas otras cosas?

—Oiga, a la gente le gusta recordar los desastres. Siempre hay desgracias para recordar. Es así como comienzan las historias sobre un lugar.

—¿Es esa una de las razones por las que dicen que la propiedad se venderá barata?

—No lo sé, pero es posible. Al menos, eso dicen en el pueblo. Sin embargo, no creo que la compre nadie de por aquí. Supongo que la comprará alguna constructora para hacer una urbanización. Está temblando. No tiemble. Vamos, caminemos a paso rápido. ¿Prefiere que la deje antes de entrar en el pueblo?

—No, desde luego que no. ¿Por qué iba a querer semejante cosa?

Me lancé a la desesperada.

—Escuche. Mañana estaré en Market Chadwell. Supongo que... bueno, no sé si usted todavía estará allí. Quiero decir que... ¿hay alguna posibilidad de que nos veamos? —Restregué los pies contra el suelo al tiempo que meneaba la cabeza. Creo que tenía las mejillas encendidas. Pero si no le decía algo ahora, ¿cómo podría seguir adelante?

—Sí. No regresaré a Londres hasta la noche.

—Entonces quizá querría usted... me refiero a... supongo que soy un tanto impertinente.

—No, no lo es.

—Entonces quizás aceptaría venir a tomar el té conmigo en el Blue Dog. Es un local muy agradable. Es... —No conseguía encontrar la palabra y utilicé una que le había escuchado decir a mi madre en algunas ocasiones—... muy femenino.

Ellie se echó a reír. Su risa tenía un sonido peculiar.

—Estoy segura de que el Blue Dog es un local muy agradable. Sí, iré. Sobre las cuatro y media, ¿le parece bien?

—La estaré esperando. Me alegro. —No le dije de qué me alegraba.

Llegamos a la última curva donde empezaban las casas.

—Adiós, hasta mañana —me despedí—. No vuelva a pensar en lo que dijo esa vieja bruja. Le gusta asustar a la gente. Creo que no está muy bien de la cabeza.

—¿A usted le da la sensación de que sea un lugar siniestro? —preguntó Ellie.

—¿El Campo del Gitano? No, que va. —Quizá respondí con demasiada decisión, pero no creía que fuera siniestro. Pensaba lo mismo que antes: que era un lugar hermoso, el sitio perfecto para construir una casa preciosa.

Así fue como se desarrolló mi primer encuentro con Ellie.

Al día siguiente en Market Chadwell, yo estaba en el Blue Dog y Ellie se presentó a la hora convenida. Tomamos el té y conversamos. Ya nos tuteábamos. No dijimos gran cosa sobre nosotros mismos, me refiero a que no hablamos de nuestras vidas. Hablamos más que nada de las cosas que pensábamos y sentíamos. Después Ellie miró su reloj y dijo que debía marcharse porque el tren de Londres salía a las cinco y media.

—Creía que tenías coche —comenté.

Ella pareció un tanto avergonzada. Contestó que no, que el coche de ayer no era suyo. No mencionó de quién era. Una vez más topamos con aquella misteriosa barrera. Llamé a la camarera, pagué la cuenta y después le dije a Ellie directamente:

—¿Podré... podré volver a verte?

Evitó mirarme a la cara y, en cambio, miró la mesa.

—Estaré en Londres otras dos semanas —dijo.

—¿Dónde?

Quedamos en encontrarnos en Regent's Park al cabo de tres días. Hacía un día precioso. Comimos en la terraza de un restaurante, paseamos por Queen Mary's Garden, nos sentamos en dos tumbonas y hablamos. A partir de aquel momento, comenzamos a hablar de nosotros mismos. Le conté que había ido a una buena escuela, pero por lo demás no había hecho gran cosa. Le hablé de los trabajos que había tenido, no de todos sino de algunos, de que no era capaz de estar mucho tiempo en un mismo empleo y de la permanente inquietud que me impulsaba a ir de aquí para allá buscando algo que no tenía claro. A ella le pareció fantástico.

—Es tan diferente —afirmó—. No tiene absolutamente nada que ver.

—¿Diferente de qué?

—De mí.

—¿Eres una niña rica? —le pregunté con un tono burlón—. ¿Una pobre niña rica?

—Sí. Soy una pobre niña rica.

Me habló de forma dispersa de su vida de riqueza, del ahogo de las comodidades, del aburrimiento, de no poder elegir a los amigos, de no hacer nunca lo que quería. De las ocasiones en que veía divertirse a otras personas, sin que ella pudiera conseguirlo. Su madre había muerto cuando ella era un bebé y su padre se había vuelto a casar. Después, al cabo de unos pocos años, él también había fallecido. Deduje que no sentía mucho aprecio por su madrastra. Vivía la mayor parte del tiempo en Estados Unidos, pero también viajaba mucho al extranjero.

A mí me pareció algo fantástico oírle contar que una muchacha de su edad podía llevar una existencia tan protegida. Era verdad que asistía a fiestas y recepciones, pero lo contaba de una manera que parecía haber ocurrido hacía cincuenta años atrás. No parecía haber ninguna intimidad ni la más mínima diversión. Su vida no tenía absolutamente nada que ver con la mía. Hasta cierto punto resultaba fascinante, pero al mismo tiempo me dejaba de piedra.

—Entonces, ¿no tienes a nadie que puedas llamar amigo de verdad? —le pregunté incrédulo—. ¿Qué me dices de los chicos?

—Me los eligen —respondió con amargura—. Todos son la mar de aburridos.

—Es como estar en una prisión.

—Ésa es la sensación que tengo permanentemente.

—¿De verdad que no tienes a nadie?

—Ahora sí. Tengo a Greta.

—¿Quién es Greta?

—Vino a casa como una *au pair*, bueno, no exactamente. Había tenido antes a una muchacha francesa que vivió con nosotros durante un año para que practicara el francés, y después vino Greta de Alemania para que habláramos en alemán. Greta es diferente. Todo es diferente desde que llegó.

—¿La aprecias mucho?

—Me ayuda. Está de mi lado. Ella lo arregla todo para que yo pueda hacer cosas e ir a donde quiera. Miente por mí. No hubiera podido ir al Campo del Gitano si no hubiese sido por Greta. Me hace compañía y se cuida de mí en Londres mientras mi madrastra está en París. Escribo dos o tres cartas y, si voy a alguna parte, Greta se encarga de echarlas al correo para que lleven el matasellos de Londres.

—¿Qué te impulsó a ir al Campo del Gitano? ¿Para qué fuiste allí?

Tardó unos segundos en responderme.

—Greta y yo lo arreglamos todo. Es maravilloso. Piensa las cosas. Sugiere ideas.

—¿Cómo es la tal Greta?

—Es hermosa. Alta y rubia. Puede lograr lo que quiera.

—Creo que no me gustará.

Ellie se echó a reír.

—Sí, sí que te gustará. Estoy segura. Además, es muy lista.

—No me gustan las chicas listas. Tampoco me gustan las rubias altas. Me gustan las muchachas pequeñas con el pelo del color de las hojas secas.

—Creo que tienes celos de Greta —opinó Ellie.

—Es posible. La quieres mucho, ¿verdad?

—Sí, la quiero *mucho*. Lo ha representado todo en mi vida.

—Así que fue ella quien te sugirió que fueras allí. Me pregunto qué motivos habrá tenido. No hay mucho que ver por aquella región. Me parece un tanto misteriosa.

—Es nuestro secreto —dijo Ellie con una expresión de vergüenza.

—¿Tuyo y de Greta? Cuéntamelo.

Ellie meneó la cabeza.

—*Necesito* tener mis propios secretos.

—¿Greta sabe que estás conmigo?

—Sabe que tengo una cita. Nada más. No hace preguntas. Sabe que soy feliz.

Después de aquella cita, pasé una semana sin ver a Ellie. Su madrastra había regresado de París, junto con un tal tío Frank. Comentó sin darle mucha importancia que era su cumpleaños y que darían una gran fiesta en Londres.

—No podré ir a ninguna parte —dijo—. Al menos durante la próxima semana. Pero después... después todo será diferente.

—¿Por qué será diferente?

—Porque podré hacer lo que quiera.

—¿Con la inestimable ayuda de Greta, supongo?

A Ellie siempre le provocaba mucha gracia mi manera de referirme a Greta,

—Es una tontería que sientas celos de ella. Tienes que conocerla. Te gustará.

—No me gustan las muchachas mandonas —repliqué obstinado.

—¿Por qué crees que es una mandona?

—Por las cosas que cuentas de ella. Siempre está ocupada arreglando esto y lo de más allá.

—Es muy eficiente. Arregla las cosas a la perfección. Por eso mi madrastra le tiene tanta confianza.

Le pregunté cómo era el tío Frank.

—No le conozco muy bien. Era el marido de una hermana de mi padre. Creo que es un poco como tú. Le gusta moverse mucho y en un par de ocasiones se metió en líos. Ya sabes que la gente siempre hace comentarios e insinuaciones.

—Un tipo socialmente poco recomendable, vaya. Un bala perdida.

—No creo que sea una mala persona, pero solía meterse en líos de dinero, y después los administradores y los abogados tenían que sacarle del apuro y hacerse cargo de las deudas.

—Entonces, está claro. Es la oveja negra de la familia. Creo que me llevaré mucho mejor con él que con esa Greta que es un dechado de virtudes.

—Es un encanto de persona cuando quiere —señaló Ellie—. Un compañero muy agradable.

—Pero a ti no acaba de gustarte, ¿verdad? —pregunté con un tono demasiado vivaz.

—Creo que me gusta, sólo que algunas veces, no sé como explicarlo... a veces tengo la sensación de que no sé lo que piensa o maquina.

—Ah, un intrigante.

—No sé, no te lo puede decir porque en realidad no sé como es —repitió Ellie.

Nunca sugirió que yo tuviera que conocer a los miembros de su familia. Algunas veces me preguntaba si no tendría que sacar el tema. No sabía cuál era su opinión al respecto. Por fin, se lo pregunté sin rodeos.

—Escucha, Ellie —le dije—, ¿crees que debo conocer a tu familia o prefieres que no lo haga?

—No quiero que la conozcas —respondió en el acto.

—Ya sé que no soy... —comencé.

—No me refería a eso en absoluto —me interrumpió—. Quiero decir que montarían un escándalo y no soporto los escándalos.

—A veces tengo la sensación de que esto es algo clandestino. Me pone en una situación un tanto comprometida, ¿no te parece?

—Soy lo bastante mayor para tener mis propios amigos. Estoy a punto de cumplir los veintiuno. Cuando los cumpla, tendré mis propios amigos y nadie podrá decir nada. Pero ahora, si les dijera algo, montarían un jaleo de padre y muy señor mío y me llevarían a alguna parte donde no podría verte. No, lo mejor es seguir como hasta ahora.

—Si te va bien a ti, a mí también. No quiero aparecer como el que siempre pone pegas.

—No se trata de eso. Sólo quiero tener a un amigo con quien poder hablar y contarle cosas. Alguien con quien poder —de pronto sonrió— imaginar cosas. No sabes lo maravilloso que es.

Sí, había algo de eso. ¡Imaginar cosas! Era lo que más hacíamos. Algunas veces era yo, pero más a menudo era Ellie quien decía: «Imagínate que hemos comprado el Campo del Gitano y que nos estamos construyendo una casa.»

Le había contado muchas cosas de Santonix y de las casas que diseñaba. Intenté describirle cómo eran y sus opiniones sobre cómo debían ser. No creo que se las

describiera muy bien porque no soy muy bueno para las descripciones. Sin duda, Ellie tenía sus propias ideas sobre la casa, nuestra casa. Nunca decíamos «nuestra casa» pero era lo que los dos pensábamos.

Así que durante una semana no vi a Ellie. Yo había sacado del banco los ahorros que tenía (bastante escasos) y le había comprado un anillo con una pequeña gema verde. Fue mi regalo de cumpleaños y ella se mostró encantada y muy feliz.

—Es hermoso —dijo.

No llevaba muchas joyas y supongo que las que usaba eran diamantes y esmeraldas de verdad, pero le gustaba mi anillo.

—Es mi regalo de cumpleaños más bonito.

Después recibí una nota. Se marchaba con su familia al sur de Francia inmediatamente después de su cumpleaños.

«No te preocupes —escribid—, regresaremos dentro de dos o tres semanas de camino hacia Estados Unidos. Entonces nos volveremos a ver. Hay algo especial que quiero hablar contigo.»

Me sentía muy inquieto al no tener a Ellie, y me perturbaba saber que se encontraba en Francia. También tuve noticias del Campo del Gitano. Al parecer, lo habían vendido de forma privada pero no se sabía gran cosa del comprador. Una firma de abogados de Londres había efectuado la operación. Intenté conseguir más información, pero fue inútil. En el bufete no soltaron prenda. Naturalmente, no abordé a los abogados. Apelé a uno de los pasantes que no sabía gran cosa. Lo habían comprado para un cliente millonario que lo retendría hasta que la tierra se revalorizara gracias a las nuevas urbanizaciones de la zona.

La verdad es que resulta muy difícil averiguar algo cuando se trata de firmas importantes. Lo llevan todo en secreto. ¡Ni que fueran el MI5 o algo por el estilo!

Todo el mundo actúa en nombre de alguien a quien no se puede nombrar.

Cada vez me sentía más inquieto. Dejé de pensar en el asunto y fui a ver a mi madre.

Hacía mucho tiempo que no la visitaba.

Capítulo VI

Mi madre vivía en la misma calle desde hacía veinte años, una calle de casas tristes, todas muy respetables y carentes de toda belleza e interés. El umbral estaba bien pintado y tenía el mismo aspecto de siempre. Era el número 46. Toqué el timbre. Mi madre abrió la puerta y me miró. Ella también tenía el mismo aspecto de siempre: alta, delgada, el pelo gris peinado con la raya en medio, la boca como una ratonera y la mirada eternamente suspicaz. Tenía el aspecto de ser dura como la piedra, pero en lo que a mí respecta tenía un punto tierno. Nunca lo mostraba, si podía evitarlo, pero yo sabía que lo tenía. Nunca había dejado ni por un momento de desear que yo hubiese sido de otra manera, pero sus deseos nunca se harían realidad. Entre nosotros había un punto muerto permanente.

—Ah, eres tú.

—Sí, soy yo.

Se apartó un poco para dejarme pasar. Entré en la casa y me dirigí directamente a la cocina. Ella me siguió y continuó mirándome sin cambiar de expresión.

—Ha pasado mucho tiempo —dijo—. ¿Qué has estado haciendo?

Encogí los hombros.

—Esto y lo otro.

—Lo de siempre, ¿eh?

—Como de costumbre —asentí.

—¿Cuántos trabajos has tenido desde la última vez que nos vimos?

—Cinco —contesté después de pensar un momento.

—Ojalá crecieras de una vez por todas.

—Soy un adulto. He escogido mi estilo de vida. ¿Qué tal te van las cosas?

—Como siempre.

—¿Bien de salud y todo eso?

—No tengo tiempo para estar enferma —replicó mi madre, y después añadió bruscamente—: ¿A qué has venido?

—¿Necesito alguna razón en particular para venir?

—Nunca vienes si no es por algún motivo.

—No sé por qué te molesta tanto que quiera conocer mundo.

—¿Conducir coches de lujo por toda Europa? ¿A eso le llamas tú conocer mundo?

—Efectivamente.

—No tendrás mucho éxito en tu carrera. No si abandonas el trabajo sin avisar con anticipación. Dices que te has puesto enfermo y dejas abandonados a tus clientes en alguna ciudad extranjera.

—¿Cómo te has enterado?

—Llamaron de tu empresa. Querían saber si tenía tu dirección.

—¿Para qué me querían?

—Supongo que querían volverte a emplear. Aunque no entiendo la razón.

—Soy un buen conductor y les caigo bien a los clientes. Además, no es culpa mía si pillo una enfermedad.

—No lo sé.

Era obvio que en su opinión hubiera podido evitarlo.

—¿Por qué no te presentaste en la oficina cuando regresaste a Inglaterra?

—Porque tenía que atender otros asuntos.

Mi madre enarcó las cejas.

—¿Qué se te ha ocurrido ahora? ¿Qué nueva idea rocambolesca? ¿En qué has estado trabajando desde entonces?

—Empleado en una gasolinera, mecánico en un taller, vendedor a domicilio, he fregado platos en un restaurante de segunda, cosas así.

—Cada vez más bajo y hundiéndote —opinó mi madre con un tono de severa satisfacción.

—Te equivocas. Todo es parte del plan. ¡Mi plan!

Exhaló un suspiro.

—¿Qué quieres tomar, té o café? Tengo las dos cosas.

Respondí que café. Había superado el hábito de tomar té. Nos sentamos con nuestras tazas. Mi madre sacó un pastel y cortó dos trozos.

—Te noto cambiado —dijo de sopetón.

—¿Yo, en qué?

—No lo sé, pero estás cambiado. ¿Qué ha ocurrido?

—¡No ha ocurrido nada! ¿Que tenía que ocurrir?

—Estás excitado.

—Voy a robar un banco.

Mi madre no estaba de humor para bromas.

—No, no creo que vayas a robar ningún banco.

—¿Por qué no? Parece la forma más rápida y sencilla de hacerse rico en estos días.

—Sería demasiado esfuerzo y requiere mucha planificación. Tendrías que pensar mucho y eso no te va. Además, no es algo muy seguro.

—Tú crees que lo sabes todo de mí.

—No, no es verdad. En realidad no sé nada de ti, porque tú y yo no nos parecemos en nada. Pero sé cuando te traes algo entre manos. Ahora estás tramando algo. ¿Qué es, Micky? ¿Una muchacha?

—¿Por qué crees que se trata de una muchacha?

—Sabía que tarde o temprano acabaría por suceder.

—¿Qué quieres decir con eso de tarde o temprano? He salido con muchas chicas.

—No me refiero a eso. Cualquier joven sin nada más que hacer sale con chicas. Habrás salido con muchas, pero nunca nada serio hasta ahora.

—¿Crees que ahora lo es?

—¿Es una muchacha, Micky?

Rehuí su mirada.

—Digamos que sí.

—¿Qué clase de chica es?

—La chica más adecuada para mí.

—¿La traerás aquí para que la conozca?

—No.

—Con que es eso, ¿no?

—No, no lo es. No quiero herir tus sentimientos, pero...

—No vas a herir mis sentimientos. No quieres que la vea por si acaso llego a decir: «No lo hagas». Es eso, ¿verdad?

—No prestaría ninguna atención a lo que dijeras.

—Quizá no, pero te inquietaría. Sacudiría algo en tu interior porque siempre tomas buena nota de lo que digo y pienso. Hay cosas que he adivinado y tú sabes que he tenido razón. Soy la única persona en el mundo capaz de sacudir la confianza que tienes en ti mismo. ¿La muchacha es alguna mala pieza que te tiene cogido?

—¿Mala pieza? —Me eché a reír—. ¡Si la vieras! No me hagas reír.

—¿Qué quieres de mí? Quieres algo. Nunca falla.

—Quiero dinero.

—No te daré ni un penique. ¿Para qué lo quieres? ¿Para gastártelo con tu chica?

—No, quiero comprarme un traje de primera para la boda.

—¿Te casarás con ella?

—Sí, si ella me acepta.

Mis palabras la conmovieron.

—¡Si fueras capaz de contarme alguna cosa! Veo que te ha dado fuerte. Es lo que más me preocupaba, que escogieras a la chica inadecuada.

—¡Inadecuada! ¡Vete al infierno! —grité furioso.

Abandoné la casa dando un portazo.

Capítulo VII

Cuando llegué a casa me encontré con que tenía un telegrama. Lo habían enviado desde Antibes.

Reúnete conmigo mañana a las cuatro y media en el lugar de siempre.

Advertí de inmediato que Ellie había cambiado. Nos encontramos como siempre en Regent's Park y, al principio, ambos nos comportamos de una manera un tanto extraña y torpe. Yo tenía que decirle algo y me sentía nervioso porque no sabía cómo expresarlo. Supongo que cualquier hombre se angustia cuando está a punto de proponerle matrimonio a una muchacha.

Ella también se mostraba extraña por algún motivo. Quizás estaba considerando la manera más amable de decirme que no, pero confiaba que no fuera eso. Todo lo que esperaba de la vida tenía como punto de partida el amor de Ellie. Sin embargo, había en ella un aire de independencia, una renovada confianza en sí misma que me costaba trabajo atribuir sencillamente a que era un año mayor. Un cumpleaños no puede representar tanta diferencia en una muchacha. Ella y su familia habían estado en el sur de Francia y no me contó gran cosa del viaje. Luego, con un tono tímido, me comentó:

—Vi la casa de que me hablaste. Aquella que construyó el arquitecto amigo tuyo.

—¿Quién? ¿Santonix?

—Sí, nos invitaron a comer.

—¿Cómo lo conseguiste? ¿Tu madrastra conoce al dueño?

—¿Dimitri Constantine? Bueno, no exactamente, pero lo conoció y, verás, Greta se encargó de arreglarlo.

—Otra vez Greta —protesté con mi habitual tono de enfado cuando se trataba de la alemana.

—Te lo dije. Greta es fantástica organizando cosas.

—Está bien. Así que arregló que tú y tu madrastra...

—Y el tío Frank —añadió Ellie.

—Toda la familia, y supongo que Greta también.

—No, Greta no nos acompañó porque... —Ellie vaciló—. Verás, Cora, mi madrastra, no le dispensa a Greta tanta confianza.

—No es una de la familia, sino la parienta pobre —señalé—. De hecho, no es más que una *au pair*. A Greta no le debe hacer mucha gracia que la traten de esa manera.

—No es una simple *au pair*, es como una compañera.

—Carabina, gobernanta, cicerone, señorita de compañía. Hay muchas palabras más.

—Por favor, cállate. Quiero contártelo. Ahora sé a lo que te referías cuando hablabas de tu amigo Santonix. Es una casa preciosa. Es muy diferente a lo que te imaginas que debe ser una casa. Comprendo que si construye una casa para nosotros será algo maravilloso.

Utilizó la palabra «nosotros» sin darse cuenta. Nosotros, había dicho. Había ido a la Riviera y le había dicho a Greta que hiciera los arreglos para ir a ver la casa que le había descrito, porque pretendía tener una idea más clara de cómo sería la casa que, en nuestro mundo de sueños, construiría Rudolf Santonix para nosotros.

—Me gusta que pienses de esa manera.

—¿Y tú qué has estado haciendo?

—Lo mismo de siempre. También fui un día a las carreras y aposté todo el dinero que llevaba a un caballo que no figuraba entre los favoritos. Las apuestas eran de 30 a 1. Ganó por un largo. ¿Quién dijo que no tengo suerte?

—Me alegro de que hayas ganado —afirmó Ellie, pero lo dijo sin entusiasmo, porque apostar todo lo que tienes a un caballo que no es favorito y acertar, no significaba nada en el mundo de Ellie. No tenía el mismo significado que en el mío.

—También fui a ver a mi madre —añadí.

—Nunca has hablado mucho de tu madre.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—¿No la quieres?

—No lo sé. —Reflexioné durante un momento—. Algunas veces creo que no. Después de todo, creces y te olvidas de los padres.

—Creo que la quieres —opinó Ellie—. De lo contrario, no vacilarías cuando hablas de ella.

—Digamos que, en cierto sentido, le tengo miedo. Me conoce demasiado bien. Conoce lo peor de mí.

—Alguien tiene que saberlo.

—¿Qué quieres decir?

—Dice una frase de un escritor famoso que ningún hombre es un héroe para su ayuda de cámara. Quizá todos tendríamos que tener un ayuda de cámara. Debe de ser muy duro tener que estar siempre a la altura de lo que piensan los demás de nosotros.

—Es evidente que tienes ideas, Ellie. —Cogí una de sus manos—. ¿Lo sabes todo de mí?

—Eso creo —respondió con calma y mucha naturalidad.

—Nunca te he contado gran cosa.

—Querrás decir que nunca me has contado nada. Siempre te cierras como una ostra. Eso es otra cosa. Pero sé muy bien cómo eres tú como persona.

—Me pregunto si lo sabes de verdad. Me parece ridículo decirte que te quiero. Es demasiado tarde, ¿verdad? Quiero decir que tú lo sabes desde hace tiempo, casi desde el principio.

—Sí, y tú sabes que a mí me pasa lo mismo.

—La cuestión es ¿qué vamos a hacer al respecto? No será fácil, Ellie. Sabes muy bien lo que soy, lo que he hecho, la clase de vida que llevo. Fui a ver a mi madre y la triste y respetable calle en la que vive. No es el mismo mundo que el tuyo, Ellie. No sé si conseguiremos que alguna vez se encuentren.

—Podrías llevarme a ver tu madre.

—Sí, podría, pero prefiero no hacerlo. Supongo que te parecerá muy duro, quizá cruel, pero tú y yo tendremos que llevar una vida extraña. No será la vida que has llevado y tampoco será la vida que he llevado. Será una nueva vida donde habrá un punto de encuentro entre mi pobreza y mi ignorancia con tu dinero, tu cultura y tu posición social. Mis amigos pensarán que eres una estirada y los tuyos opinarán que soy un impresentable. ¿Qué podemos hacer?

—Yo te diré exactamente lo que haremos. Nos iremos a vivir a una casa en el Campo del Gitano, una casa de ensueño que tu amigo Santonix construirá para nosotros. Eso es lo que vamos a hacer. Primero nos casaremos. Es a eso a lo que te referías, ¿no?

—Sí, a eso me refería, si estás segura de que quieres hacerlo.

—Es muy sencillo. Nos casaremos la semana que viene. Soy mayor de edad. Ahora puedo hacer lo que quiera. Eso marca toda la diferencia. Creo que quizás estés en lo cierto en lo que dices de los familiares. No les diré nada a los míos y tú no se lo dirás a tu madre, hasta que esté todo hecho. Después podrán montar todos los escándalos que quieran, pero no les servirá de nada.

—Eso es maravilloso, Ellie, es fantástico. Pero hay una cosa más. Me duele mucho tener que decírtelo. No podremos vivir en el Campo del Gitano, Ellie. Será imposible que construyamos nuestra casa allí porque lo han vendido.

—Estoy enterada de la venta. —Ellie se echó a reír—. No lo entiendes, Mike. Yo soy la compradora.

Capítulo VIII

Me quedé sin habla. Continué sentado en la hierba junto al estanque con las flores acuáticas. Había muchas otras personas sentadas a nuestro alrededor, pero no advertíamos su presencia, porque eran como nosotros. Parejas de jóvenes que discutían su futuro. No conseguía apartar la mirada de Ellie.

—Mike, hay algo que tengo que decirte. Me refiero a algo de mí.

—No es necesario. No hace falta que me cuentes nada.

—Sí, pero debo decírtelo. Tendría que habértelo dicho hace mucho tiempo, pero no me atreví porque creía que a lo mejor te perdería. No obstante, es necesario que te lo diga porque así entenderás lo del Campo del Gitano.

—¿Cómo es que *lo compraste*?

—Lo compré a través de abogados como se hace siempre. Sabes, es una excelente inversión. La tierra se revalorizará. Mis abogados se mostraron entusiasmados.

Me resultaba muy extraño y sorprendente escuchar a Ellie, la dulce y tímida Ellie, hablar con tanto conocimiento y confianza del mundo de los negocios, de comprar y vender.

—¿Tú lo compraste para nosotros?

—Sí. Fui a ver a mi abogado personal, no al de la familia. Le dije lo que quería hacer, y él se encargó de toda la operación. Había otras dos personas interesadas en la finca, pero sólo si la podían conseguir a precio de saldo. Lo importante es que se efectuó la compra y sólo quedó pendiente el trámite de la firma de las escrituras para cuando cumpliera los veintiún años. En cuanto los cumplí, se formalizaron las escrituras y ahora la finca es mía.

—Pero tuviste que dar una paga y señal. ¿Tenías dinero suficiente para hacerlo?

—No. No tenía el dinero, pero siempre hay personas dispuestas a hacerte un adelanto. Si te presentas como un nuevo cliente de un bufete de abogados, harán todo lo posible para que continúes contratándoles cuando tengas tu dinero, así que están dispuestos a darte un adelanto y correr el riesgo de que te mueras antes de tu mayoría de edad.

—¡Me dejas de piedra! ¡Eres toda una mujer de negocios!

—Olvídate de los negocios y volvamos a lo que te quiero decir. Hasta cierto punto, ya te lo dije, pero supongo que tú no te diste cuenta.

—No quiero saberlo —dije casi a gritos—. No me cuentes *nada*. No quiero saber nada de lo que has hecho, de los novios que has tenido o de las cosas que te sucedieron.

—No es nada de eso —replicó Ellie—. No tengas ningún miedo ni te preocupes. No hay secretos de sexo. No ha habido nadie excepto tú. La cuestión es que soy rica.

—Lo sé. Ya me lo dijiste.

—Sí —afirmó Ellie con una leve sonrisa—, y tú comentaste: «Una pobre niña rica». Pero es mucho más que eso. Mi abuelo era multimillonario. Era un petrolero y muchas cosas más. Las esposas a quienes les pasaba una pensión murieron, sólo quedamos mi padre y yo, porque sus otros dos hijos también perdieron la vida. Uno en Corea y el otro en un accidente de coche. Toda la fortuna pasó a mi padre y, cuando él falleció, me convertí en la única heredera. Mi padre había dejado un fondo aparte para mi madrastra, así que ella no recibió nada más. Todo era para mí. En realidad, Mike, soy una de las mujeres más ricas de Estados Unidos.

—¡Dios mío! No tenía ni la menor idea.

—No quería que lo supieras. No quería decírtelo. Por eso tuve miedo cuando te dije mi nombre: Fenella Goodman. En realidad, es Guteman, pero pensé que quizás el apellido Guteman podía sonarte conocido, así que lo transformé en Goodman.

—Sí, me parece recordar vagamente el apellido, pero no creo que lo hubiera relacionado contigo. Hay muchísimas personas que llevan tu mismo apellido.

—El hecho de ser tan rica me ha llevado a vivir como en una cárcel. Mi familia contrataba a detectives para que me protegieran. Seleccionaban a mis amigos, y si había algún joven que me mostraba el más mínimo interés por mí lo investigaban a fondo ante la posibilidad de que pudiera ser un indeseable. No te puedes hacer una idea de lo agobiante que puede llegar a ser. Pero ahora es cosa del pasado y, si a ti no te importa...

—Claro que no me importa —respondí en el acto—. Tenemos años por delante para divertirnos. ¡No creo que puedas ser demasiado rica para mí!

Nos echamos a reír.

—Lo que más me gusta de ti es que seas tan natural —comentó Ellie.

—Supongo que pagarás una fortuna en impuestos, ¿verdad? Ésa es una de las pocas ventajas de ser como yo. El dinero que gano se queda en mi bolsillo y nadie puede quitármelo.

—Tendremos nuestra casa —dijo Ellie—, nuestra casa en el Campo del Gitano.

De pronto la vi temblar.

—¿Tienes frío, cariño? —le pregunté, mirando el cielo despejado.

—No.

Hacía mucho calor. Nos estábamos achicharrando. Era como estar en el sur de Francia.

—No —añadió Ellie—. Es que de pronto recordé a aquella mujer, aquella gitana que me leyó la buenaventura.

—Olvídala. Es una vieja loca.

—¿Crees que ella *está convencida* de que pesa una maldición sobre aquella tierra?

—Creo que es algo típico de los gitanos. Siempre te cuentan historias de

maldiciones y embrujos.

—¿Sabes mucho sobre los gitanos?

—No sé nada de nada —respondí con toda sinceridad—. Si no quieres que vivamos en el Campo del Gitano, Ellie, compraremos una casa en cualquier otra parte. En la cima de una montaña de Gales, en la costa de España o en la campiña italiana, Santonix nos construirá una casa donde sea.

—No, quiero construirla allí, donde te vi por primera vez subiendo por la carretera. Apareciste de pronto por la curva y, al verme, te quedaste inmóvil, boquiabierto. Nunca lo olvidaré.

—Ni yo tampoco.

—Así que es ahí donde viviremos. Tu amigo Santonix será quien la construya.

—Espero que todavía esté vivo —comenté con una leve inquietud—. Estaba muy enfermo.

—Sí que está vivo. Fui a verle.

—¿Tú fuiste a verle?

—Sí. Cuando estuve en el sur de Francia. Estaba hospitalizado.

—No dejas de sorprenderme, Ellie. Eres capaz de hacer lo imposible y quedarte tan ancha.

—Creo que es una persona maravillosa, pero me asustó un poco.

—¿Te asustó?

—Sí, no sé porqué razón, pero cuando hablé con él me impresionó mucho.

—¿Le hablaste de lo nuestro?

—Sí, por supuesto. Le hablé de nosotros, del Campo del Gitano y de la casa. Me dijo que tendríamos que asumir el riesgo porque estaba muy enfermo. Así y todo, afirmó que se veía con fuerzas para ir a ver el lugar y realizar el proyecto. También comentó que no le importaría morirse antes de que se acabara la construcción, pero yo le respondí que no debía morirse antes de acabarla porque quería que nos viera allí, ocupándola.

—¿Qué te contestó?

—Me preguntó si tenía claro lo que hacía si me casaba contigo, y le respondí que por supuesto que sí.

—¿Qué más?

—Añadió que se preguntaba si *tú* sabías lo que estabas haciendo.

—Lo sé perfectamente.

—Dijo: «Usted siempre sabrá cuál es su meta, miss Guteman. Sabe dónde quiere ir y tiene muy claro cuál es el camino. En cambio, hay muchas posibilidades de que Mike tome el camino equivocado. No ha madurado lo suficiente como para saber cuál es su objetivo en esta vida.»

—Le contesté que conmigo estabas absolutamente seguro.

Ellie tenía una extraordinaria confianza en ella misma. Pero a mí me molestaba lo que Santonix había dicho. Se comportaba como mi madre, que siempre creía conocerme, mejor que yo mismo.

—Sé a donde quiero ir —afirmé—. Voy por el camino escogido y lo recorremos juntos.

—Ya han comenzado los trabajos de demolición de la casa —me informó Ellie, pasando a las cuestiones prácticas—. Tendrán que trabajar a toda máquina en cuanto los planos estén acabados. Debemos darnos prisa. Es lo que dijo Santonix. Nos casaremos el próximo martes. Es el mejor día de la semana.

—Sin nadie más presente —señalé.

—Excepto Greta —replicó Ellie.

—Al demonio con Greta. Ella no vendrá a nuestra boda. Tú, yo y nadie más. Buscaremos los testigos entre la gente que pase por la calle.

Al recordarlo, creo sinceramente que fue el día más feliz de mi vida.

LIBRO SEGUNDO

Capítulo IX

Así es como fueron las cosas, y Ellie y yo nos casamos. Suena un poco brusco decirlo así, pero verán, fue realmente así como ocurrieron las cosas. Decidimos casarnos y nos casamos.

Fue sólo una parte de todo el asunto y no sencillamente el final de una novela romántica o de un cuento de hadas. «Se casaron y vivieron felices para toda la eternidad». Tampoco puedes hacer un drama porque vayas a vivir feliz durante el resto de tu vida. Nos casamos, éramos felices y en realidad pasó bastante tiempo antes de que dieran con nuestro paradero y comenzaran a montar escándalos. Pero ya estábamos preparados.

Todo el asunto fue extraordinariamente sencillo. Ellie, impulsada por su afán de independencia, había borrado el rastro con mucha astucia. La siempre eficaz Greta se había encargado de todo y siempre permanecía atenta a cualquier dificultad. No tardé en comprender que no había nadie más que dedicara todas sus horas al cuidado y a la atención de Ellie. Tenía una madrastra que vivía inmersa en su vida social y sus amoríos. Si Ellie no quería acompañarla en sus viajes, no tenía ninguna obligación. Había sido educada en las mejores escuelas, tenía su dinero, una dama de compañía y, si quería ir a Europa, ¿por qué no? Si prefería celebrar su veintiún cumpleaños en Londres, pues adelante. Ahora que era mayor de edad y había entrado en posesión de su inmensa fortuna, podía hacer lo que más le apeteciera con su dinero. Si quería una mansión en la Riviera, un castillo en la Costa Brava, un yate o cualquier de esas cosas, sólo tenía que decirlo para que alguien del séquito que rodea a los millonarios pusiera manos a la obra inmediatamente.

Greta estaba considerada por la familia como una admirable lugarteniente. Competente, capaz de hacer todo tipo de arreglos con la más absoluta eficiencia, sin duda sumisa y encantadora con la madrastra, el tío y un puñado de primos que pululaban por allí. Por los comentarios que Ellie hacía de vez en cuando, deduje que tenía a su servicio nada menos que a tres abogados. Estaba rodeada de una vasta red financiera de banqueros, abogados y administradores profesionales. Era un mundo que yo sólo conseguía atisbar a través de los comentarios sueltos que Ellie hacía despreocupadamente en el transcurso de nuestras conversaciones. Como era natural y lógico, nunca se le ocurría pensar que yo no sabía nada de esas cosas. Se había criado en ese ambiente y daba por hecho que todo el mundo sabía qué eran, cómo funcionaban y todo lo demás.

De hecho, estos atisbos de las peculiaridades de nuestras vidas resultaron ser lo que más disfrutábamos al principio de nuestro matrimonio. Para decirlo con toda crudeza —y me lo decía a mí mismo con toda claridad, porque era la única manera de adecuarme a mi nueva vida— los pobres no saben nada sobre cómo viven los ricos y

estos no saben nada de cómo viven los pobres, y descubrirlo era algo encantador. En una ocasión le pregunté muy preocupado:

—Escucha, Ellie, ¿crees que habrá un jaleo terrible a causa de nuestro matrimonio?

Confieso que Ellie consideró mi pregunta sin demasiado interés.

—Sí, es probable que ellos se comporten de una manera atroz. Espero que no te moleste demasiado.

—¿Molestarme? ¿Por qué iba a molestarme? Pero, ¿no se meterán contigo?

—Supongo que sí, pero basta con no escucharles. La cuestión es que no pueden hacer nada.

—Pero, ¿lo intentarán?

—Oh, sí. Claro que lo intentarán —afirmó, y luego añadió—: Probablemente lo intentarán y te ofrecerán comprarte.

—¿Comprarme ?

—No pongas esa cara de sorpresa —dijo Ellie, sonriendo con la expresión feliz de una niña pequeña—. No te lo dirán con tanta claridad. Recuerdo que compraron al primer marido de Minnie Thompson.

—¿Minnie Thompson? ¿Aquélla a la que los periódicos llaman la reina del petróleo?

—Sí, eso es. Un día se fugó para casarse con alguien que era socorrista en una playa.

—Escucha un momento —exclamé inquieto—, yo trabajé de socorrista en la playa de Littlehampton.

—¿De veras? ¡Qué divertido! ¿Permanente?

—No, por supuesto que no. Sólo durante un verano, nada más.

—No quiero que te preocupes.

—¿Cómo acabó lo de Minnie Thompson?

—Tuvieron que subir hasta los 200.000 dólares, si no recuerdo mal. El tipo no quería aceptar menos. La verdad es que Minnie se iba con el primero que se le cruzaba por el camino y, además, era bastante imbécil.

—Me dejas de piedra, Ellie. No sólo tengo una esposa, sino que además dispongo de algo que puedo cambiar por dinero en mano en cualquier momento.

—Eso es. Llama a cualquier abogado importante y dile que estás dispuesto a escuchar las ofertas. Él se encargará de arreglar el divorcio y la cantidad que te corresponderá de pensión. —Ellie estaba dispuesta a instruirme adecuadamente sobre el tema—. Mi madrastra se casó cuatro veces y se saca un buen dinero en pensiones. Vamos, Mike, cierra la boca que pareces tonto.

Lo más curioso es que estaba atónito. Sentía un desagrado de lo más cursi y mojigato por la corrupción de las capas altas de la sociedad moderna. Ellie siempre

parecía inocente y sencilla; me asombraba ver lo bien que conocía los asuntos mundanos los cuales consideraba como algo natural. No obstante, sabía que no me había equivocado en lo fundamental. Sabía muy bien cómo era: una criatura sencilla, afectuosa y dulce. Eso no significaba que tuviera que ignorar estas cosas. Lo que ella sabía y asumía como algo natural sólo abarcaba a una clase determinada. No sabía gran cosa de mi mundo, el de aquellos que luchan por conseguir un empleo, el de los apostadores y las drogas, de los timadores que yo conocía perfectamente porque había vivido siempre entre ellos. No sabía nada de lo que significaba crecer de una manera decente y respetable, pero sin tener nunca dinero, con una madre que se deslomaba en nombre de la respetabilidad y decidida a que su hijo tuviera un destino mejor en la vida. Lo que era ahorrar penique a penique y la amargura que sentía cuando el alegre y despreocupado hijo desperdiciaba las oportunidades o se jugaba el dinero en las carreras.

Ellie disfrutaba con el relato de mi vida tanto como yo cuando me contaba cosas. Ambos estábamos explorando un mundo desconocido.

Cuando lo rememoro, me doy cuenta de lo maravilloso que fueron aquellos primeros días con Ellie. En aquel momento lo acepté como algo natural y ella también. Nos casamos en el ayuntamiento de Plymouth.

Guteman es un apellido bastante común. Nadie, y menos los periodistas, sabían que la heredera de la fortuna Guteman se encontraba en Inglaterra. De vez en cuando, algún periódico mencionaba a Ellie en una crónica social y decía que estaba en Italia o en el yate de algún millonario. Nos casó un funcionario y dos mecanógrafas fueron los testigos. Nos dedicó un breve y severo discurso sobre las obligaciones del matrimonio y nos deseó que fuéramos felices. En menos de un cuarto de hora, estábamos otra vez en la calle, libres y casados. ¡Mr. y Mrs. Michael Rogers! Pasamos una semana en un hotel de la costa y después nos marchamos al extranjero. Disfrutamos de tres semanas maravillosas viajando de aquí para allá y sin reparar en gastos.

Fuimos a Grecia, después a Florencia, a Venecia y dormimos en el Lido. Luego viajamos a la Riviera francesa y, a continuación, a los Alpes. He olvidado ya la mitad de los nombres. Volábamos en avión, contratábamos yates o alquilábamos coches de lujo. Mientras nos divertíamos. Greta, por lo que Ellie me dio a entender, hacía su trabajo en el frente doméstico.

Viajaba por su cuenta y enviaba las cartas y las postales que Ellie le había dejado preparadas.

—Llegará el día en que aparecerán —comentó Ellie—. Se lanzarán sobre nosotros como una bandada de buitres. Pero, hasta que eso ocurra, continuaremos divirtiéndonos.

—¿Qué pasará con Greta? ¿No se enfadarán con ella cuando descubran el juego?

—Por supuesto, pero a Greta no le importa. Es muy dura.

—¿No la perjudicará a la hora de buscar otro empleo?

—¿Por qué tendría que buscar otro empleo? Vendrá a vivir con nosotros.

—¡No!

—¿Qué quieres decir, Mike?

—No queremos que nadie venga a vivir con nosotros —repliqué.

—Greta no interferirá para nada en nuestra vida y puede sernos muy útil. La verdad es que no sé lo que haría sin ella. Me refiero a que se ocupa de organizarlo todo.

Fruncí el entrecejo.

—No termina de convencerme ni creo que me agrade. Además, queremos tener nuestra casa. Es la casa de nuestros sueños, Ellie, y no me parece justo tenerla que compartir.

—Sí, ya sé a lo que te refieres. Pero de todas maneras... —Vaciló—. Sería muy penoso para Greta no tener dónde vivir. Después de todo, lleva cuatro años en los que no ha hecho otra cosa que desvivirse por mí. Mira como me ha ayudado en todo esto del casamiento.

—¡No quiero que se esté entrometiendo en nuestra vida a todas horas!

—No es como tú te la imaginas. Hablas sin fundamentos, porque ni siquiera la conoces.

—No, no la conozco, pero eso no tiene nada que ver con que me guste o no. Nosotros queremos estar solos, Ellie.

—Querido Mike... —dijo Ellie suavemente.

Dejamos la discusión por el momento.

Durante uno de los viajes, nos cruzamos con Santonix. Fue en Grecia. Se hallaba alojado en una pequeña casa de pescadores. Me sorprendió su mal aspecto, mucho peor que cuando le había visto un año antes. Nos saludó con gran afecto.

—Así que lo habéis hecho —exclamó.

—Sí, y ahora ha llegado el momento de construir nuestra casa, ¿no es así?

—Tengo preparados los bocetos y los planos —me dijo—. Sé que Ellie te contó que vino a verme, que me sacó del hospital y me dio las órdenes. —El arquitecto hablaba lentamente y escogía las palabras con expresión pensativa.

—Nada de órdenes —protestó Ellie—. Se lo supliqué.

—¿Sabes que hemos comprado la finca?

—Ellie me envió un telegrama. Además, me remitió por correo docenas de fotos.

—Claro que tendrá que ir a Inglaterra y verlo personalmente —señaló Ellie—. Tal vez no le guste.

—Me gusta.

—No puede saberlo hasta que lo haya visto.

—Pero es que ya lo he visto. Volé a Inglaterra hace cinco días. Me encontré con uno de tus abogados con cara de hacha, el inglés.

—¿Mr. Crawford?

—El mismo. Ya han comenzado los trabajos de preparación: están despejando el terreno y retirando los escombros, para después empezar con los cimientos y las canalizaciones. Cuando regreséis a Inglaterra estaré allí esperando.

Después sacó los planos y nos sentamos a discutir sobre cómo sería nuestra casa. Además de los aspectos arquitectónicos de la fachada, había preparado un boceto en acuarela de cómo se vería la casa acabada.

—¿Te gusta, Mike?

Inspiré con fuerza.

—Sí, eso es. Has dado en el clavo. Es exactamente lo que quería.

—Me diste detalles más que suficientes, Mike. Muchas veces llegué a pensar que aquel trozo de tierra te había hechizado. Eras un hombre enamorado de una casa que quizá nunca llegarías a tener, que quizá nunca verías y que tal vez ni siquiera llegaría a construirse.

—Pero se construirá —intervino Ellie—. ¿No es así?

—Si Dios o el diablo no lo impiden —respondió Santonix—. No depende de mí.

—¿No has mejorado? —le pregunté con un tono de duda.

—Métetelo de una vez por todas en tu cabezota. Nunca mejoraré. Está escrito en las cartas.

—Tonterías —repliqué—. Siempre están descubriendo curas para lo que sea. Los doctores son unos solemnes burros. Dan a la gente por muerta y después la gente se le ríe en sus narices y sigue viviendo cincuenta años más.

—Admiro tu optimismo, Mike, pero mi enfermedad no es de esa clase. Te llevan al hospital, te hacen una transfusión de sangre y sales con un poco más de vida, sólo un poco más. Pero cada vez te encuentras más débil.

—Es usted muy valiente —opinó Ellie.

—No, no soy valiente. Cuando una cosa es segura no sirve de nada ser valiente. Lo único que puedes hacer es encontrar consuelo.

—¿Como el de construir casas?

—No, eso no. Cada vez tienes menos vitalidad, y, por lo tanto, construir casas resulta más difícil y no más fácil. Las fuerzas se agotan. No, pero hay consuelos. Algunos bastante extraños.

—No te entiendo.

—No, ya lo sé, Mike. Tampoco tengo muy claro que Ellie lo entienda. Quizá. —Continuó hablando pero casi como si lo hiciera consigo mismo—. Hay dos cosas que van unidas: la debilidad y la fuerza. La debilidad de la energía que se agota y la fuerza de la voluntad frustrada. ¡No tiene ninguna importancia lo que hagas ahora!

Vas a morir de todas maneras. Así que puedes hacer lo que se te antoje. No hay nada que te contenga, nada que te lo impida. Podría recorrer las calles de Atenas disparando contra todos los hombres y mujeres cuyos rostros no me agradaran. Piénsalo.

—La policía te metería en chirona —señalé.

—Por supuesto. Pero, ¿qué podrían hacerme? Como mucho, matarme. ¿Y qué? Mi vida se la llevará un poder mucho más grande dentro de muy poco tiempo. ¿Qué otra cosa podrían hacer? ¿Condenarme a veinte o treinta años de cárcel? Sería bastante ridículo porque no podría cumplir la condena. Podría estar encerrado seis meses, un año, dieciocho meses como mucho. Nadie puede hacer nada para evitarlo. Por lo tanto, en el tiempo que me queda soy el rey. Puedo hacer lo que quiera. Sólo que no tengo tentaciones porque no hay nada especialmente exótico o ilegal que quiera hacer.

Después de despedirnos del arquitecto, en el viaje de regreso a Atenas, Ellie me comentó:

—Es una persona extraña. Algunas veces le tengo miedo.

—¿Miedo de Rudolf Santonix? ¿Por qué?

—Porque no es como las demás personas y también porque, no lo sé, hay algo despiadado y arrogante en su personalidad. Creo que intentaba decirnos que el hecho de saber que está próximo a la muerte ha aumentado su arrogancia. Supongamos —añadió Ellie, mirándome con mucha animación, casi con un expresión de embeleso— que nos construye nuestro hermoso castillo, nuestra bella casa en el borde del acantilado, donde están los pinos, y vamos a vivir allí. Él nos espera en la entrada, nos da la bienvenida y luego...

—¿Luego qué, Ellie?

—En cuanto entramos, cierra la puerta y nos sacrifica allí mismo antes de que demos un paso más.

—Me asustas, Ellie. ¡Piensas unas cosas!

—El problema con nosotros dos, Mike, es que no vivimos en un mundo real. Soñamos con cosas fantásticas que quizá nunca ocurrirán.

—No relaciones los sacrificios con el Campo del Gitano.

—Supongo que será por el nombre y la maldición.

—No hay ninguna maldición —grité—. Es una estupidez. Olvídalo.

Esto pasó en Grecia.

Capítulo X

Creo que fue al día siguiente. Estábamos en Atenas y subíamos las escalinatas hacia la Acrópolis cuando Ellie se encontró con unos conocidos. Habían desembarcado de uno de los cruceros helénicos. Un mujer de unos treinta y cinco años se separó de su grupo y corrió al encuentro de Ellie.

—Vaya, por todos los santos. ¿Eres tú, Ellie Guteman? —exclamó muy sorprendida—. ¿Qué estás haciendo aquí? No sabía nada. ¿Estás haciendo un crucero?

—No. Sólo estoy pasando unos días aquí.

—Me alegra mucho verte. ¿Cómo está Cora, también está aquí?

—No. Creo que Cora está en Salzburgo.

—Bueno, bueno. —La mujer me miraba y Ellie añadió en voz baja—: Os voy a presentar. Mr. Rogers, Mrs. Bennington.

—Encantada. ¿Cuánto tiempo estarás aquí?

—Me marcho mañana.

—¡Vaya! Debo dejarte, sino el grupo se irá sin mí, y no quiero perderme ni una palabra de la disertación y las descripciones. Tienes que ir a marchas forzadas. Al final del día estoy que no puedo dar ni un paso. ¿Hay alguna posibilidad de que nos veamos para tomar una copa?

—Hoy no —respondió Ellie—. Nos vamos de excursión.

Mrs. Bennington se marchó corriendo para reunirse con su grupo. Ellie dio media vuelta y comenzó a bajar las escalinatas.

—Bueno, esto lo decide todo, ¿no te parece?

—¿Qué es lo que decide?

Ellie tardó un par de minutos en responderme. Exhaló un suspiro.

—Esta noche tendré que sentarme a escribir —manifestó con un tono de resignación.

—¿Escribirle a quién?

—A Cora y a tío Frank. Ah, y también al tío Andrew.

—¿Quién es el tío Andrew? Es nuevo.

—Andrew Lippincott. En realidad, no es mi tío. Es el administrador principal de mis bienes. Es un abogado muy conocido.

—¿Qué vas a decirles?

—Voy a decirles que me he casado. No podía decirle de sopetón a Nora Bennington: «Te presento a mi marido», porque se hubiera echado a chillar como una loca y a comentar que no sabía ni una palabra. Tienes que contármelo todo y que si patatín y que si patatán. Creo que es justo que los primeros en saberlo sean mi madrastra, el tío Frank y el tío Andrew. —Suspiro—. Bueno, no ha estado mal

mientras duró.

—¿Qué crees que harán o dirán?

—Montarán un jaleo —contestó Ellie sin perder la calma—. Pero no importa lo que hagan y lo saben. Supongo que tendremos que reunimos con todos. Podemos ir a Nueva York. ¿Te gustaría ir? —Me miró expectante.

—No, no me gustaría.

—Entonces, vendrán a Londres, o al menos algunos lo harán. No sé si eso te parecerá más conveniente.

—Tampoco me gustaría. Lo que quiero es estar contigo y ver como construyen nuestra casa ladrillo a ladrillo tan pronto como Santonix llegue a Inglaterra.

—Eso lo podemos hacer igual. Después de todo, las reuniones con la familia no durarán mucho. Lo más probable es que tengamos suficiente con una buena pelea y podamos liquidar el asunto de una vez por todas. Podríamos coger el avión a Nueva York o decirles que vengan aquí.

—Creía que tu madrastra estaba en Salzburgo.

—Aquello fue sólo una excusa. Hubiera resultado extraño decir que no sabía donde estaba. Sí —dijo Ellie, exhalando un suspiro—, volveremos a casa y nos encontraremos con todos ellos. Confío, Mike, en que no te moleste demasiado.

—¿Molestarme qué? ¿Tu familia?

—Sí. Espero que no te molesten demasiado si se comportan de una manera desagradable contigo.

—Supongo que es el precio que debo pagar por haberme casado contigo. Lo soportaré.

—También está tu madre —añadió Ellie pensativamente.

—Por amor de Dios, Ellie, no pretenderás montar un encuentro entre tu madrastra con sus pieles y joyas, y mi madre que es una pobre mujer. ¿Qué crees que podrán decirse la una a la otra?

—Si Cora fuese mi madre tendrían mucho que decirse entre ellas. Desearía que no estuvieras tan obsesionado con las diferencias de clases, Mike,

—¡Yo! —exclamé incrédulo—. ¿Cómo es la frase que emplean en tu país? Pertenezco al lado equivocado de la pista, ¿no es así?

—Eso no significa que tengas que escribirlo en un cartel y te lo cuelgues alrededor del cuello.

—No sé cuáles son las prendas correctas que debo vestir en cada ocasión —comenté con amargura—. No sé hablar correctamente, y no sé nada de cuadros ni de arte ni de música. Ahora mismo estoy aprendiendo a quién debo darle propina y cuánto.

—¿No crees, Mike, que eso hace que todo sea mucho más divertido? A mí me lo parece.

—En cualquier caso, no tienes que arrastrar a mi madre a una reunión de tu familia.

—No me proponía arrastrar a nadie a ninguna parte, pero creo que tendría que ir a ver a tu madre en cuanto regresemos a Inglaterra.

—¡No! —grité furioso.

Ellie me miró sorprendida por mi arrebato.

—¿Por qué no, Mike? Aparte de cualquier otra consideración, sería muy descortés por mi parte no hacerlo. ¿Le has dicho que te has casado?

—Todavía no.

—¿Por qué no?

No le respondí.

—¿No sería mucho más sencillo decirle que te has casado y presentármela cuando regresemos a Inglaterra?

—No —repetí con un tono más tranquilo aunque sin dejar de subrayarlo.

—No quieres que la conozca —opinó Ellie lentamente.

Por supuesto que no quería. Era bastante obvio, pero no quería entrar en ningún tipo de explicaciones. La verdad es que no se me ocurría ninguna explicación sensata.

—Creo que no sería lo más correcto —respondí con voz pausada—. Tienes que entenderlo. Estoy seguro de que no ocasionará más que problemas.

—¿Crees que no le caeré bien?

—Eso es imposible. Todo el mundo te encuentra encantadora. No sé como decírtelo. Pero es probable que mi madre se sienta inquieta y confusa. Después de todo, me he casado con alguien de mayor nivel social. Sé que eso parece algo anticuado, pero a ella no le gustará.

Ellie meneó la cabeza.

—¿Hay alguien en la actualidad que todavía piense de esa manera?

—Claro que sí. En tu país también.

—Sí, hasta cierto punto es cierto, pero si alguien consigue prosperar...

—¿Te refieres a que si un hombre gana mucho dinero...?

—Bueno, no sólo dinero.

—Sí, es el dinero. Si un hombre gana una fortuna, todo el mundo lo admira, lo ponen de ejemplo y no importa donde nació.

—Eso ocurre en todas partes.

—Por favor, Ellie, por favor, no vayas a ver a mi madre.

—Me sigue pareciendo una actitud cruel.

—No, no lo es. ¿Alguien puede saber mejor que yo lo que le conviene más a mi madre? Sería un mal trago para ella.

—Al menos tendrás que decirle que te has casado.

—De acuerdo, lo haré.

Tuve la idea de que me resultaría más fácil escribirle a mi madre desde el extranjero. Aquella noche, mientras Ellie le escribía al tío Frank, al tío Andrew y a su madrastra Cora van Stuyvesant, yo también escribí mi carta. Era bastante breve.

«Querida mamá: Tendría que habértelo dicho antes, pero me daba un poco de vergüenza. Me casé hace tres semanas. Todo fue bastante repentino. Ella es una chica muy bonita y muy dulce. También tiene mucho dinero, algo que a veces complica un poco las cosas. Vamos a construir una casa en Inglaterra. De momento estamos viajando por Europa. Cariños, Mike.»

Los resultados de nuestra correspondencia fueron variados. Mi madre dejó pasar una semana antes de responder con una carta que estaba muy de acuerdo con su manera de ser.

«Querido Mike. Me alegró recibir tu carta. Espero que seas muy feliz. Tu madre que te quiere.»

Tal como había anunciado Ellie, hubo mucho más jaleo por su lado. Habíamos removido el avispero. Nos vimos asediados por los reporteros que querían saberlo todo de nuestra romántica boda; en los periódicos se publicaron artículos sobre la heredera de la fortuna Guterman y su romántica escapada; recibimos cartas de banqueros y abogados. Finalmente, se dispuso la reunión oficial.

Antes nos reunimos con Santorix en el Campo del Gitano, discutimos mil y un detalle con él y, después de un paseo por las obras, regresamos a Londres, alquilamos una suite en el Claridge's y nos preparamos, como decían los libros de aventuras, para la llegada de la caballería.

El primero en aparecer fue Mr. Andrew P. Lippincott. Era un hombre mayor, alto, enjuto y de aspecto impecable. Sus modales eran suaves y corteses. Venía de Boston, pero por su acento nadie hubiera descubierto que era norteamericano. Tal como habíamos acordado por teléfono, se presentó en nuestras habitaciones a las doce en punto. Me di cuenta de que Ellie estaba nerviosa, aunque lo disimulaba muy bien.

Lippincott besó a Ellie, y a mí me sonrió mientras me extendía la mano.

—Bien, Ellie querida, tienes un aspecto maravilloso. Yo lo llamaría radiante.

—¿Cómo estás, tío Andrew? ¿Cuándo has llegado? ¿Viniste en avión?

—No. Disfruté de una muy agradable travesía en el *Queen Mary*. ¿Así que éste es tu marido?

—Sí, éste es Mike.

—¿Cómo está usted, señor? —dije intentando no desentonar. Después le pregunté si quería tomar una copa, invitación que rechazó cordialmente. Se sentó en una silla de respaldo recto y brazos dorados y volvió a mirarnos sin dejar de sonreír.

—Menuda sorpresa nos habéis dado vosotros dos. Todo muy romántico, ¿verdad?

—Lo siento —respondió Ellie—. De veras que lo siento.

—¿Lo dices en serio? —replicó Lippincott con un tono un tanto agrio.

—Consideré que era lo más adecuado.

—No puedo decir que comparta del todo tu opinión, querida.

—Tío Andrew, sabes perfectamente bien que si lo hubiera hecho de cualquier otra manera todavía estaríamos discutiendo sin llegar a nada concreto.

—¿Por qué tendría que haberse producido ningún jaleo?

—Sabes perfectamente bien como son. Y tú aún más —añadió Ellie con un tono acusador—. He recibido dos cartas de Cora. Una ayer y otra esta mañana.

—Tienes que aceptar que se produzca cierta agitación, querida. Es algo natural dadas las circunstancias, ¿no te parece?

—Es asunto mío decidir con quién me caso, cómo y cuándo.

—Estás en tu derecho de hacerlo, pero descubrirás que las mujeres de cualquier familia casi nunca estarán de acuerdo.

—Le he evitado a todo el mundo un sinfín de problemas.

—Ése es tu punto de vista.

—Es verdad, ¿no?

—Pero para conseguirlo has abusado de la confianza de las personas, ayudada por alguien que tendría que habérselo pensado dos veces antes de hacer lo que hizo.

Ellie se ruborizó.

—¿Te refieres a Greta? Ella sólo hizo lo que le pedí. ¿Se mostraron muy molestos con ella?

—Naturalmente. Ninguna de las dos podía esperar otra cosa, ¿no es así? Si no recuerdas mal, ella gozaba de toda nuestra confianza.

—Soy mayor de edad. Puedo hacer lo que quiera.

—Me estoy refiriendo al período anterior a que cumplieras la mayoría de edad. Los engaños comenzaron entonces, ¿verdad?

—No debe usted culpar a Ellie, señor —intervine—. Para empezar, yo no sabía nada de lo que estaba ocurriendo y, a la vista de que toda su familia estaba en el extranjero, me era prácticamente imposible ponerme en contacto con cualquiera de sus familiares.

—Estoy enterado —dijo Lippincott— de que Greta envió ciertas cartas y que transmitió ciertas informaciones a Mrs. van Stuyvesant y a mí mismo, tal como le había indicado Ellie, y reconozco que hizo un excelente trabajo. ¿Conoces a Greta

Andersen, Michael? Me permito llamarte Michael, ya que eres el marido de Ellie.

—Desde luego. Puede llamarme Mike si lo prefiere. No, no conozco a miss Andersen.

—Vaya. Eso sí que es una sorpresa. —Me observó con una expresión pensativa —. Hubiera jurado que ella habría asistido al casamiento.

—No, Greta no estuvo presente —señaló Ellie. Me dirigió una mirada de reproche y me sentí incómodo.

Lippincott no dejaba de mirarme pensativamente, cosa que aumentaba mi nerviosismo. Parecía estar a punto de decir algo más sobre el tema de Greta pero después cambió de opinión.

—Me temo —dijo— que vosotros dos tendréis que soportar unas cuantas críticas y reproches por parte de la familia.

—Supongo que se me echarán encima dispuestos a arrancarme los ojos —comentó Ellie.

—Es probable —respondió el abogado—. En cualquier caso, he intentado suavizar un poco las cosas.

—¿Estás de nuestra parte, tío Andrew? —preguntó Ellie con una sonrisa.

—No le puedes pedir a un abogado prudente que llegue tan lejos. He aprendido que en la vida es muy sabio aceptar lo que es un hecho consumado. Vosotros dos estáis enamorados, os habéis casado y, si no estoy mal informado, habéis comprado una finca en el sur de Inglaterra donde os están construyendo una casa. ¿Habéis decidido vivir en este país?

—Sí, queremos tener nuestro hogar aquí. ¿Tiene usted algún inconveniente? —pregunté con un leve tono belicoso—. Ellie es mi esposa y, por lo tanto, es una ciudadana británica. ¿Por qué no iba a vivir en Inglaterra?

—No hay ninguna razón que se lo impida. De hecho, no hay ningún motivo para que Fenella no viva en el país que desee o que tenga propiedades en otros países. Por cierto, Ellie, recuerda que la casa de Nassau es tuya.

—Siempre creí que era de Cora. Siempre se ha comportado como si lo fuera.

—Los títulos de propiedad están a tu nombre. También tienes la casa de Long Island si algún día quieres ir a visitarla. Eres propietaria de varios campos de petróleo en el oeste. —Su voz era amable, discreta, pero yo tenía la sensación de que hablaba para mí. ¿Pretendía abrir una brecha entre nosotros? No estaba seguro. No parecía muy correcto echarle en cara a un hombre que su esposa tenía propiedades por todo el mundo y que era inmensamente rica. Me hubiera parecido más lógico que hubiese intentado insinuar que Ellie no era tan rica como se decía. Si yo era un caza-dotes, como era obvio que creía, la información correcta añadía agua a mi molino. Pero comprendí que Mr. Lippincott era un hombre sutil. Le hubiera sido difícil hasta al más ducho adivinar cuáles eran sus intenciones; lo que se ocultaba detrás de sus

modales tan correctos y amables. ¿Intentaba a su manera hacerme sentir molesto, comunicarme que para el resto del mundo siempre sería un vulgar cazadotes? Continuó hablando con mi esposa.

—Traigo un montón de documentos que tendrás que repasar conmigo, Ellie. Necesito tu firma en un montón de papeles.

—Sí, desde luego, tío Andrew. En cualquier momento.

—No hay prisa. Tengo que atender otros asuntos en Londres y estaré aquí otros diez días.

Diez días, pensé. Eso es mucho tiempo. Rogué para que los asuntos de Lippincott no le retuvieran aquí durante diez días. Se mostraba bastante amistoso hacia mí, aunque era evidente que se reservaba su opinión en algunos aspectos. Sin embargo, me pregunté si realmente sería un enemigo. En ese caso, no sería fácil verle las cartas.

—Bien —añadió dirigiéndose a Ellie—, ahora que todos nos conocemos y hemos aceptado las condiciones que regirán en el futuro, me gustaría mantener una breve entrevista con tu marido.

—Puedes hablar con los dos —replicó Ellie dispuesta a la batalla.

—Vamos, no te enfades, cariño, no seas como una gallina protegiendo a los polluelos. —La acompañé hasta la puerta del dormitorio—. El tío Andrew quiere saber qué clase de tipo soy y está en su perfecto derecho.

Le abrí la puerta para que pasara, la cerré y después volví a la amplia y lujosa sala. Me senté en una silla y miré a Lippincott.

—Muy bien, adelante. Dispare.

—Gracias, Michael. En primer lugar, quiero asegurarte que no soy tu enemigo como crees.

—Me alegra saberlo —respondí, aunque mi tono de voz denunciaba que no estaba muy convencido.

—Te hablaré con franqueza, con mucha más sinceridad de la que podía utilizar delante de esa querida niña de la que soy tutor y a la que tanto quiero. Quizá todavía no eres consciente del todo, Michael, de que Ellie es una muchacha extraordinariamente dulce y adorable.

—No se preocupe. Estoy enamorado de ella con todo mi corazón.

—Eso no es la misma cosa —me corrigió el abogado con su tono seco—. Espero que además de estar enamorado de ella, también sepas apreciar que es un encanto y que, en algunos aspectos, es una persona muy vulnerable.

—Lo intento. No crea que no lo intento con toda mi alma. Ellie es una maravilla.

—Hecha la aclaración, continuaré con lo que estaba diciendo. Pondré mis cartas sobre la mesa para que no haya confusión posible. Tú no eres la clase de joven que yo hubiera deseado como marido de Ellie. Hubiese preferido, y su familia también, que

se casara con alguien de su mismo nivel social, alguien de su ambiente.

—En otras palabras, un señorito.

—No, no me refiero exactamente a eso. Pero yo diría que unos antecedentes similares son una buena base para un matrimonio. No hablo de una actitud esnob. Después de todo, Hermán Guteman, su abuelo, comenzó trabajando de peón y acabó siendo uno de los hombres más ricos de Estados Unidos.

—Siempre está la posibilidad de que yo pueda hacer lo mismo y acabar siendo uno de los hombres más ricos de Inglaterra.

—Todo es posible —asintió Lippincott—. ¿Tienes ambiciones en ese sentido?

—No se trata sólo de una cuestión de dinero. Me gustaría llegar a alguna parte, hacer cosas y... —Vacilé sin saber cómo explicarme mejor.

—Digamos que tienes ambiciones. Bien, estoy seguro de que eso es bueno.

—La verdad es que lo tengo difícil porque empiezo de la nada. No soy nadie ni tengo nada y no pretendo afirmar lo contrario.

El abogado asintió con una expresión complacida.

—Muy sincero y muy bien dicho. Te lo agradezco. Escucha, Michael, no tengo ninguna relación de parentesco con Ellie, pero he actuado como su tutor y soy el administrador designado por su abuelo para encargarme de todo lo referente a su fortuna, inversiones y tratos comerciales, por lo cual soy en parte responsable de asegurarme de ciertos hechos. En consecuencia, quiero saber todo lo que pueda del esposo que ha escogido.

—Supongo que podrá conseguir que me investiguen y así sabrá todo lo que le interesa.

—Así es, ésa sería una de las maneras de hacerlo. Una medida de prudencia muy adecuada. Pero en realidad, Michael, prefiero saber todo lo que me interesa por tu boca. Quiero que me cuentes cómo ha sido tu vida hasta el presente.

Como es lógico, la idea no me entusiasmó y creo que él lo sabía. A nadie en mi posición le hubiera gustado. Es algo natural que uno intente pintarse lo mejor posible, algo que tengo presente desde la escuela. Siempre presumí de mis capacidades aunque a veces tuviera que exagerar un poco la verdad. Creo que es algo necesario si quieres prosperar en esta vida y conseguir lo que quieres. Tienes que ser tu propio publicista. La gente te toma por lo que dices que eres y yo no quería presentarme como un pobre diablo.

Yo estaba dispuesto a alardear delante de mis amigos y a proclamar mis supuestos méritos para conseguir un empleo. Todos tenemos un lado bueno y otro malo, y de nada sirve exhibir el malo. No, siempre había hecho todo lo posible para impresionar. Pero no me parecía sensato intentarlo con Mr. Lippincott. Había descartado la idea de ordenar que me investigaran, pero no tenía nada claro de que no lo fuera a hacer de todas maneras. Así que le dije toda la verdad, sin ningún adorno.

La pobreza de la infancia, el hecho de que mi padre había sido un borracho y que mi madre se había matado a trabajar para darme una buena educación. No oculté mi afán por vagabundear, que había cambiado constantemente de trabajo. El abogado sabía escuchar y te animaba a hablar. Era obvio que no tenía un pelo de tonto. Sólo me interrumpía para hacer alguna pregunta o un comentario que, a primera vista, no tenía mayor importancia, pero que siempre daban en el clavo.

Me obligó a estar alerta al máximo para no cometer alguna torpeza irreparable. Al cabo de diez minutos me sentí mucho más tranquilo cuando se reclinó en la silla y el interrogatorio llegó a su término.

—Tiene usted una actitud aventurera ante la vida, Mr. Rogers, perdón, Michael. No está mal. Háblame un poco más de la casa que Ellie y tú estáis construyendo.

—No está muy lejos de una ciudad llamada Market Chadwe 11.

—Sí, sé donde está. La verdad es que ayer me acerqué por allí para echarle un vistazo.

Eso me sorprendió un poco. Demostraba que era un sujeto que no se perdía detalle.

—Es un lugar muy bonito —comenté a la defensiva—, y la casa que estamos construyendo será fantástica. El arquitecto se llama Santonix, Rudolf Santonix. No sé si usted lo ha oído mencionar.

—Sí, desde luego —manifestó Lippincott—. Es un nombre bastante famoso en su profesión.

—Creo que hay algunas casas suyas en Estados Unidos.

—Sí, es un arquitecto de mucho talento y que promete. Por desgracia, creo que no goza de buena salud.

—Cree que está a punto de morir, pero yo no lo creo. Estoy seguro de que acabará por recuperarse. Los médicos son capaces de decir cualquier cosa.

—Espero que tu optimismo esté justificado. ¿Eres optimista?

—Lo soy en lo que atañe a Santonix.

—Confío en que tus deseos se hagan realidad. Creo que Ellie y tú habéis hecho una excelente operación al comprar la finca.

Me pareció muy amable de su parte que me incluyera en el elogio. No insistía en el hecho de que el dinero lo había puesto Ellie.

—Hablé con Mr. Crawford —añadió.

—¿Crawford? —Fruncí el entrecejo.

—Mr. Crawford, de Reece & Crawford, una firma de abogados ingleses. Mr. Crawford fue quien se encargó de la compra. Es un bufete de prestigio y tengo entendido que la finca se compró por un precio muy ajustado. Reconozco que me llamó un poco la atención. Estoy al corriente de los precios de la tierra en este país y la verdad es que no se me ocurre una explicación. Creo que también Mr. Crawford se

sorprendió al conseguirla tan barata. Me pregunto si tú no sabrás porque la vendieron a ese precio. Mr. Crawford no quiso aventurar ninguna opinión. Incluso pareció un poco molesto cuando se lo pregunté.

—Es bastante sencillo. Está maldita.

—Perdón, Michael, ¿qué has dicho?

—Que está maldita, señor. Una maldición gitana, o algo así. En el pueblo se conoce como el Campo del Gitano.

—Ah. ¿Una leyenda?

—Sí. Es una historia bastante confusa, y no sé qué parte de ella es cierta y cuál es inventada. Al parecer, se cometió un asesinato o algo parecido hace muchos años. Un hombre, su esposa y otro hombre. El marido asesinó a los otros dos y después se suicidó. Al menos ése fue el veredicto que se pronunció en la encuesta preliminar. Pero, de inmediato, comenzaron a circular infinidad de rumores. Creo que nadie sabe lo que ocurrió de verdad. La finca ha cambiado de dueño cuatro o cinco veces desde entonces. Nadie se queda allí mucho tiempo.

—¡Ah! —exclamó Lippincott complacido—. Una de las típicas historias del folclore inglés. —Me miró con una expresión de curiosidad—. ¿Ellie y tú no tenéis miedo de la maldición? —Lo dijo con un tono despreocupado al tiempo que sonreía.

—Por supuesto que no. Nosotros no creemos en esas tonterías. La verdad es que Ellie y yo agradecemos que exista la leyenda porque nos ha permitido conseguirla a precio de saldo. —En cuanto dije esto, de pronto caí en la cuenta de una cosa: podía ser un golpe de suerte, pero con todo el dinero que tenía Ellie, con todo su patrimonio y demás, no tenía mucha importancia que comprara una finca barata o cara. Luego pensé que estaba en un error. Después de todo, su abuelo había pasado de peón a millonario. Cualquiera con esos antecedentes siempre preferiría comprar barato y vender caro.

—Bueno, yo no soy supersticioso —afirmó Lippincott—, y la vista desde vuestra propiedad es realmente magnífica. —Vaciló—. Sólo espero que cuando vayáis a vivir a vuestra casa, Ellie no escuché demasiadas historias siniestras.

—Procuraré ocultarlas todo lo que pueda. En cualquier caso, no creo que nadie tenga mayor interés en contárselas.

—A los habitantes de los pueblos les encanta repetir historias macabras —opinó el abogado—. Recuerda que Ellie no es tan fuerte como tú, Michael. Es una persona muy influenciable. Sólo en algunos aspectos, desde luego, y esto me trae... —Se interrumpió, callándose lo que iba a decir. Dio golpecitos sobre la mesa con un dedo —. Voy a abordar un tema que resulta un poco difícil. Tú acabas de decir que no conoces a Greta Andersen.

—No, todavía no me la ha presentado.

—Es extraño. Resulta bastante curioso.

—¿Por qué?

—Estaba casi seguro de que la conocías —señaló lentamente—-. ¿Qué sabes de ella?

—Sé que lleva bastante tiempo con Ellie.

—Está con Ellie desde que Ellie tenía diecisiete años. Ha desempeñado un puesto de responsabilidad y confianza. Se la contrató para que fuera a Estados Unidos en calidad de secretaria y acompañante. Algo así como una carabina para Ellie cuando Mrs. van Stuyvesant, su madrastra, estaba de viaje, algo que debo decir era muy frecuente. —Lo dijo con un tono particularmente desabrido—. Tengo entendido que es una muchacha de buena familia con excelentes referencias. Es medio alemana y medio sueca. Ellie, como es natural le ha cogido un gran afecto.

—Eso creo.

—Creo que, en algunos aspectos, Ellie está demasiado apegada a ella. Espero que no te moleste que te lo diga.

—No, ¿por qué iba a molestarme? En realidad, yo también lo he pensado en más de una ocasión. Sé que no es asunto mío, pero varias veces he acabado hasta la coronilla de tanto oír hablar de Greta. Que si Greta eso, que si Greta lo otro.

—¿Dices que Ellie no te manifestó su deseo de que conocieras a Greta?

—Verá, resulta difícil de explicar. Creo que quizá lo sugirió, pero lo hizo de una manera indirecta, y no presté mucha atención porque estábamos demasiado ocupados en conocernos. Además, supongo que no tenía ningún interés en conocerla. No quería compartir a Ellie con nadie más.

—Comprendo. ¿Ellie tampoco sugirió que Greta asistiera a la boda?

—Lo sugirió.

—Pero tú no quisiste que asistiera. ¿Por qué?

—No lo sé. Le juro que no lo Sé. Sólo tenía la sensación de que la tal Greta, una persona desconocida para mí, siempre estaba metida en todo. Ya sabe, arreglar la vida de Ellie, enviar la correspondencia, cubrirle las espaldas, inventarse un itinerario y comunicarlo a la familia como si fuera auténtico. Me pareció que Ellie dependía demasiado de Greta, que le dejaba hacer a su antojo y que siempre estaba dispuesta a hacer lo que ella dijera. Lo siento, Mr. Lippincott, quizá no tendría que decir estas cosas. Supongo que, por encima de todo lo demás, me sentía celoso. La cuestión es que me enfadé y dije que no quería ver a Greta en nuestra boda, un acto tan íntimo. Así que fuimos al ayuntamiento y nos casamos. Dos oficinistas hicieron de testigos. Quizás alguien considere que me comporté de una forma mezquina, pero quería a Ellie para mí solo.

—Es fácil de comprender y creo, si me permites decirlo, que actuaste muy sensatamente, Mike.

—Veo que a usted tampoco le gusta Greta —comenté con un tono astuto.

—No puedes hacerme partícipe de tu opinión, Michael, si todavía no conoces a Greta.

—Es cierto, pero si uno oye hablar mucho de una persona continuamente, puede llegar a hacerse una idea. Bueno, como le dije antes, creo que estaba celoso. ¿A usted por qué no le gusta Greta?

—No quiero ir más allá de lo que me corresponde —respondió el abogado—, pero tú eres el marido de Ellie y, para mí, la felicidad de ella es lo más importante. No creo que la influencia de Greta sobre Ellie sea muy beneficiosa. Asume responsabilidades que no le incumben en absoluto.

—¿Cree usted que intentará separarnos?

—Creo que no tengo derecho a decir nada por el estilo —replicó Lippincott en el acto.

Me miró con una expresión de cautela y guiñó los ojos de una manera que me recordó a una tortuga.

Me quedé en blanco sin saber qué más decir pero, antes de que el silencio llegara a hacerse incómodo y, eligiendo las palabras con cuidado, añadió:

—Por lo tanto, deduzco que Ellie no ha mencionado la posibilidad de que Greta Andersen venga a vivir con vosotros.

—No vivirá con nosotros si puedo evitarlo.

—Ah. ¿Con que así es como te sientes? O sea que la idea sí se mencionó.

—Ellie dijo algo al respecto, pero de una forma muy vaga. Acabamos de casarnos, Mr. Lippincott. Queremos tener nuestra casa para nosotros solos. Por supuesto, supongo que Greta vendrá a visitarnos en alguna ocasión y puede que se quede a pasar unos días. Pero eso sería algo natural, ¿no le parece?

—Como tú dices, sería algo natural. Sin embargo, ¿te das cuenta de que Greta quizá se encuentre en una posición difícil para encontrar un empleo en el futuro? Me refiero a que no es cuestión de lo que Ellie crea, sino de lo que sienten las personas que la contrataron y le dispensaron su confianza.

—¿Quiere decir que usted o la madrastra de Ellie no la recomendarán para otro puesto similar?

—No creo que hablando en conciencia estemos dispuestos a hacerlo más allá de lo que es estrictamente legal.

—¿Cree usted que si no consigue un trabajo vendrá a Inglaterra para vivir con Ellie?

—No quiero predisponerte demasiado en contra de Greta. Después de todo, es una opinión personal. Me desagradan algunas de las cosas que hizo y la manera de hacerlas. Creo que Ellie, que es tan generosa, se sentirá trastornada por la manera en que nosotros hemos perjudicado las perspectivas de Greta. En ese caso, es probable que insista en invitarla a vivir con vosotros.

—No creo que Ellie vaya a insistir mucho —señalé, aunque con un tono de duda que Lippincott no pasó por alto—. ¿No podríamos, quiero decir Ellie, no podría pasarle una pensión?

—Nosotros no lo expresaríamos de esa manera —me corrigió—. Hay una referencia a la edad cuando se habla de pasarle una pensión a alguien. Greta es una mujer joven y muy elegante. De hecho, es hermosa —añadió con un tono de crítica —. Los hombres la encuentran muy atractiva.

—Quizás acabará casándose. Si es tan hermosa y espabilada, ¿cómo es que todavía no se ha casado?

—Creo que hubo algunos hombres interesados, pero ella no les hizo caso. Sin embargo, creo que tu sugerencia es muy sensata. Se podría hacer de una manera muy discreta, sin herir la susceptibilidad de nadie. Se podría considerar como algo perfectamente natural por parte de Ellie, como muestra de agradecimiento por sus buenos servicios. —Estas dos palabras sonaron agrias como el vinagre.

—Bueno, entonces ya está arreglado —manifesté alegremente.

—Una vez más, compruebo que eres un optimista. Confiemos en que Greta acepte lo que se le ofrecerá.

—¿Por qué no iba a aceptarlo? Tendría que ser tonta para no hacerlo.

—No lo sé. Aunque nos parezca extraordinario, podría no aceptarlo y, en cambio, mantener la relación con Ellie.

—¿Por qué no me dice con claridad qué es lo que quiere?

—Quiero que desaparezca la influencia que ejerce sobre Ellie —manifestó Lippincot y se levantó—. ¿Puedo confiar en que me ayudarás y harás todo lo que esté en tu mano para conseguir ese propósito?

—Puede usted contar conmigo. Lo que menos me interesa es tener a Greta pegada como una lapa.

—Quizá cambies de opinión cuando la veas.

—No lo creo. No me gustan las mujeres mandonas, por muy bellas y elegantes que sean.

—Muchas gracias, Michael, por escucharme con tanta paciencia. Espero tener el placer de cenar con vosotros. ¿Qué tal el martes? Si no me equivoco. Cora van Stuyvesant y Frank Barton ya habrán llegado a Londres.

—Veo que me tocará conocerles.

—Oh, sí, es una de esas cosas inevitables. —Me sonrió, y esta vez su sonrisa me pareció más sincera—. Tampoco tienes que darle mucha importancia. Cora se mostrará muy impertinente y Frank se comportará con su falta de tacto habitual. Reuben no vendrá por ahora.

No sabía quién era Reuben. Algún otro pariente. Me acerqué a la puerta que comunicaba con el vestidor y la alcoba y la abrí.

—Ven, Ellie, se acabó la tortura.

Ellie entró en el salón, nos echó una ojeada y después se acercó a Lippincott. Le dio un beso en la mejilla.

—Querido tío Andrew, veo que has tratado bien a Michael.

—Cariño, si no tratara bien a tu marido me temo que no volverías a llamarme, ¿verdad? Pretendo reservarme el derecho a dar algún consejo de vez en cuando. Ambos sois muy jóvenes.

—De acuerdo. Te escucharemos con paciencia.

—Ahora mismo lo que deseo es hablar unos minutos contigo; y en privado, si me lo permites.

—Ha llegado mi turno de desaparecer —dije, encaminándome hacia el dormitorio.

Cerré la puerta del vestidor con muchos aspavientos, pero dejé entreabierta la puerta del dormitorio. Yo no era tan bien educado como Ellie y estaba ansioso por saber hasta dónde Mr. Lippincott era un traidor, pero la verdad es que no dijo nada en mi contra. Le dio a Ellie un par de buenos consejos. Le advirtió que debía tener presente las dificultades que me podría plantear el hecho de ser un pobre casado con una rica y después sacó el tema del arreglo con Greta. Ellie aceptó encantada y mencionó que había estado a punto de proponérselo. El abogado también mencionó la posibilidad de asignar una cantidad adicional para la madrastra.

—La verdad es que no tienes ninguna obligación. Ella ya cuenta con una buena renta gracias a las pensiones de sus varios maridos y, además, recibe una renta anual, aunque no es grande, dispuesta por tu abuelo.

—Sin embargo, tú lo crees conveniente. ¿Por qué?

—Insisto en que no tienes ninguna obligación moral y mucho menos legal, pero creo que no te daría tanto la lata y acallaría sus críticas. Lo montaría como una cantidad adicional que en cualquier momento podrías cancelar. La idea sería que pudieras quitársela si descubres que va por ahí propagando rumores maliciosos sobre ti o Michael, lo que evitará que se dedique a lanzar sus dardos venenosos.

—Cora siempre me ha tenido inquina —manifestó Ellie—. Lo sé. —Después añadió con timidez—: Te gusta Michael, ¿verdad, tío Andrew?

—Creo que es un joven muy atractivo; comprendo que quisieras casarte con él.

Consideré que era lo máximo que podía esperar. Yo no era su tipo y lo sabía. Cerré la puerta y esperé a que Ellie viniera a buscarme.

Nos despedíamos de Lippincott cuando llamaron a la puerta y entró un botones con un telegrama para Ellie. Mi esposa abrió el telegrama y soltó una exclamación de placer.

—Es de Greta. Dice que llega a Londres esta noche y que vendrá a vernos mañana. Es un encanto. —Nos miró—. ¿Verdad que lo es?

Ellie vio dos rostros graves y escuchó dos voces amables que dijeron: «Sí, cariño» y «Por supuesto».

Capítulo XI

A la mañana siguiente salí a hacer algunas compras y regresé al hotel más tarde de lo previsto. Me encontré a Ellie sentada en el vestíbulo en compañía de otra joven alta y rubia: Greta. Ambas se estaban dando un hartón de charlar.

Nunca he sido muy bueno para la descripción de las personas, pero lo intentaré con Greta. En primer lugar, resultaba evidente que era, tal como había dicho Ellie, muy hermosa y también, como había admitido Mr. Lippincott muy a su pesar, muy elegante. Si dices que una mujer es elegante no significa necesariamente que la admires. Por lo que había deducido, Lippincott no admiraba a Greta. De todas maneras, cuando Greta cruzaba el vestíbulo de un hotel o entraba en un restaurante, los hombres volvían la cabeza para mirarla. Era una de aquellas rubias de tipo nórdico con el pelo color oro. Lo llevaba recogido al estilo del momento y no peinado a cada lado del rostro como era la moda en Chelsea. Parecía exactamente lo que era: sueca o alemana del norte. Si le pusieras un yelmo con un par de alas podría ir a cualquier baile de disfraces ataviada de valkiria. Sus ojos eran de un color azul claro y su figura era digna de admiración. En pocas palabras: era una mujer que cortaba la respiración.

Me acerqué a ellas y las saludé de una manera natural y amistosa, aunque no niego que me sentí un tanto incómodo. No soy muy bueno en eso de disimular. Ellie dijo inmediatamente:

—Por fin. Mike, ésta es Greta.

—Me alegra que al final tengamos la oportunidad de conocernos, Greta —respondí con un tono pretencioso y no muy alegre.

—Como sabes muy bien —comentó Ellie—, nunca hubiéramos podido casarnos sin su ayuda.

—Yo creo que de una manera u otra hubiéramos terminado casándonos —repliqué.

—Imposible. Se nos hubieran echado encima sin decir «agua va». Se las hubieran apañado para acabar separándonos. Dime una cosa, Greta, ¿se portaron muy mal contigo? Todavía no me has comentado nada al respecto.

—No soy tan tonta como para sentarme a escribir mis cuitas a una pareja feliz que está en plena luna de miel.

—¿Se enfadaron mucho?

—¡Por supuesto! ¿Qué pensabas? Pero yo estaba preparada, te lo aseguro.

—¿Qué dijeron? ¿Tomaron alguna represalia?

—Intentaron hacerme la vida imposible —respondió Greta alegremente—. Para empezar, me despidieron.

—Sí, supongo que eso era inevitable. Pero, ¿qué han hecho? Después de todo, no

podían negarte las referencias.

—Claro que podían. Tienes que entender que, desde su punto de vista, yo desempeñaba un trabajo de confianza y me aproveché de la situación descaradamente. La verdad es que disfruté muchísimo.

—¿Qué haces ahora?

—Tengo un trabajo que me está esperando.

—¿En Nueva York?

—No. Aquí en Londres. Un puesto de secretaria.

—¿De verdad que estás bien?

—Mi querida Ellie —dijo Greta—, ¿cómo no voy a estar bien con ese magnífico cheque que me enviaste en previsión de lo que podía ocurrir cuando se destapara todo el asunto?

Su inglés era muy bueno y apenas si se notaba el acento extranjero. En cambio, utilizaba una serie de expresiones coloquiales que no acaban de sonar correctas del todo.

—He visto un poco de mundo, he conseguido un lugar cómodo en Londres y me he comprado muchísimas cosas.

—Mike y yo también hemos comprado mucho —señaló Ellie con una sonrisa.

Era verdad. Nos lo habíamos pasado en grande comprando por toda Europa. Era maravilloso disponer de dólares para gastar, sin tener que preocuparnos de las restricciones monetarias inglesas: brocados y telas en Italia para la casa. También habíamos comprado cuadros en Italia y París a unos precios que a mí me parecieron de escándalo. Ir de compras con Ellie me había abierto las puertas de un mundo absolutamente nuevo.

—Vosotros dos parecéis la viva imagen de la felicidad —comentó Greta.

—Todavía no has visto nuestra casa —dijo Ellie—. Será maravillosa. La están construyendo tal cual la habíamos soñado, ¿no es así, Mike?

—La he visto —manifestó Greta—. En cuanto llegué a Inglaterra, lo primero que hice fue alquilar un coche y viajar hasta allí.

—¿Y? —preguntó Ellie.

Lo mismo pregunté yo.

—Veréis —contestó Greta con una expresión un tanto triste. Meneó la cabeza.

A Ellie le desapareció el color de la cara. No podía creerlo. Pero yo no me dejé engañar. Adiviné en el acto que Greta pretendía divertirse a nuestra costa. Si por un momento pasó por mi cabeza el pensamiento de que su idea de la diversión resultaba un poco cruel, no llegó a cuajar porque Greta se echó a reír con una risa sonora y cantarina que hizo que algunas de las personas presentes en el vestíbulo miraran en nuestra dirección.

—Os tendríais que haber visto las caras —dijo Greta—. Sobre todo la tuya, Ellie.

Sólo pretendía gastarte una broma. Es una casa maravillosa, encantadora. Ese hombre es un genio.

—Sí, es algo fuera de lo normal. Espera a conocerle.

—Ya tuve el placer. Estaba en la obra cuando fui allí. Sí, es una persona extraordinaria, pero te asusta un poco, ¿no os parece?

—¿Asusta? —pregunté sorprendido—. ¿A qué te refieres?

—No lo sé. Es como si pudiera mirar a través de tu cuerpo y ver al otro lado. Eso siempre resulta desconcertante. Otra cosa os quería decir: parece enfermo.

—Está muy enfermo.

—Que pena. ¿Qué tiene, tuberculosis o algo así?

—No, me parece que no es tuberculosis. Es una enfermedad relacionada con la sangre.

—Comprendo. La verdad es que ahora los médicos lo curan casi todo si antes no te matan en el intento. Pero no pensemos más en enfermedades y hablemos de la casa. ¿Cuándo estará acabada?

—Yo diría que muy pronto, dado el ritmo al que avanzan las obras. Nunca imaginé que se podía construir una casa tan rápido —respondí.

—Ah, eso es sólo cuestión de dinero —comentó Greta con un tono despreocupado—. Turnos dobles, gratificaciones y lo que haga falta. La verdad, Ellie, es que no acabas de comprender del todo lo maravilloso que es tener tanto dinero.

Yo sí que lo comprendía. Durante las últimas semanas no había hecho otra cosa que aprender. Como consecuencia de mi matrimonio, había entrado en un mundo diferente y que no se parecía en nada a como me lo había imaginado desde el exterior. Hasta ahora, mi mayor contacto con la riqueza había sido aquella ocasión en la que acerté un doble ganador en las carreras. Había recibido un buen fajo y lo había gastado a un ritmo frenético en todo tipo de caprichos. Algo vulgar, desde luego. La vulgaridad típica de mi clase. Pero el mundo de Ellie era distinto. No era, como yo había pensado, la pura y desmedida acumulación del lujo. No se trataba de tener baños más grandes, casas enormes, electrodomésticos de todo tipo, comidas exóticas y coches veloces. No se trataba de gastar por gastar y de pavonearse ante la gente. En cambio, era curiosamente sencillo. La sencillez que aparece cuando no tienes ninguna necesidad de pavonearte. No quieres tres yates o cuatro coches, ni tampoco puedes comer más de tres veces al día, y si te compras un cuadro bueno y muy caro, es que quizá no quieres más que uno en la sala. Así de sencillo. Todo lo que tienes es lo mejor de lo mejor, no tanto porque sea lo mejor, sino porque si te agrada o quieres una cosa, no hay nada que te impida tenerlo. No hay un momento en el que digas: «Esto no me lo puedo permitir». Aunque no acababa de entenderlo, era precisamente poder tener todo lo que empujaba a la sencillez. Recuerdo que fuimos a una galería donde había un cuadro de un impresionista francés, creo que Cezanne. Me aprendí el

nombre de memoria porque lo confundía con cíngara que, al parecer, es una orquesta gitana. Después, mientras paseábamos por las calles de Venecia, Ellie se detuvo a mirar las obras de algunos artistas callejeros. La mayoría de los pintores se dedicaban a los retratos de los turistas que parecían todos iguales. Unos dientes descomunales y el pelo rubio hasta los hombros.

Ellie acabó comprando un cuadro pequeño, una escena veneciana. El artista nos caló en el acto y le cobró lo que al cambio resultaron ser unas seis libras. Lo curioso es que para Ellie aquel cuadrito de seis libras tenía tanto valor como el cuadro de Cezanne.

Lo mismo ocurrió otro día en París. Sin venir a cuento, me comentó: «Sería muy divertido comprarnos una barra de pan bien crujiente y comérnosla con mantequilla y uno de esos quesos envueltos en hojas.»

Lo hicimos, y creo que Ellie lo disfrutó más que la cena del día anterior por la que pagamos veinte libras. Al principio no podía entenderlo, pero después comencé a verlo más claro. Comencé a comprender que estar casado con Ellie no era sólo pasarlo bien y divertirse. Tenías que aplicarte, tenías que aprender a comportarte en un restaurante, saber los platos que debías pedir y las propinas que debías dar y cuando, por alguna razón, tenías que dar más propina de lo habitual; tenías que aprender de memoria el vino que se tomaba con cada plato. La mayoría de estas cosas las aprendía mirando. No podía preguntárselo a Ellie porque era una de esas cosas que no entendía. Me hubiera dicho: «Querido Mike, tú pide lo que quieras. ¿Qué más te da si los camareros creen que tendrías que haber pedido el vino adecuado al plato que vas a comer?» A ella no le importaba porque le era algo natural, pero a mí sí que me importaba porque no podía hacer lo que quería. A mí no me resultaba natural. Lo mismo pasaba con la ropa. En eso, Ellie me echaba una mano porque me entendía mejor. Me llevó a las sastrerías adecuadas y me dijo que les dejara que me vistieran.

Por supuesto, seguía sin encajar del todo. Pero eso no tenía mucha importancia. Le había cogido el tranquillo, al menos lo suficiente para tratar con personas como el viejo Lippincott y, supongo, para enfrentarme a la madrastra de Ellie y a los tíos cuando hicieran su aparición, aunque todo esto no significaría nada en el futuro. Cuando la casa estuviera acabada y viviéramos allí, estaríamos bien lejos de toda esta gente. Sería nuestro reino. Miré a Greta. Me pregunté qué pensaría de verdad sobre nuestra casa. De todas maneras, era lo que yo quería. Me satisfacía plenamente. Quería ir con mi coche por mi camino particular entre los árboles que conducía hasta una pequeña cala que sería nuestra playa privada a la que nadie podía acceder desde tierra. Bañarse allí sería mil veces mejor que estar en una playa con otro millar de personas. No quería todas las cosas insensatas de la riqueza. Quería, ésta era mi palabra favorita: quería, quería... Notaba como el sentimiento crecía dentro de mí. Quería una mujer maravillosa, una casa maravillosa llena de cosas maravillosas, que

no se pareciera en nada a las casas de los demás. Cosas que fueran mías. Todo sería mío.

—Estás pensando en nuestra casa —dijo Ellie.

Al parecer, Ellie había repetido dos veces que era el momento de pasar al comedor. La miré con afecto.

Aquella noche, mientras nos vestíamos para cenar, Ellie me preguntó con un leve tono de duda:

—Mike, te gusta Greta, ¿verdad?

—Claro que sí.

—No podría soportar que no te gustara.

—Pero si me gusta —protesté—. ¿Por qué crees lo contrario?

—No lo sé muy bien. Lo creo porque casi no la miraste, incluso cuando hablabas con ella.

—Bueno, supongo que fue porque me sentía un poco nervioso.

—¿Nervioso por estar con Greta?

—Sí, te impone respeto —respondí, y le conté aquello de que Greta me había parecido una valkiria.

—No es tan gorda como las que actúan en las óperas —comentó Ellie con una carcajada. Me sumé a sus risas.

—A ti te parece todo muy bien porque hace años que la conoces —manifesté—. Pero ella es un poco... bueno, quiero decir que es muy eficiente, práctica y sofisticada. —Me las arreglé como pude con un montón de palabras que no me parecían del todo adecuadas. Entonces, añadí sin más—: Me siento como si estuviera en desventaja.

—¡Oh. Mike! —exclamó Ellie contrita—. Sé que tenemos muchas cosas de que hablar. Muchos recuerdos agradables. Comprendo que en algún momento puedas sentirte un poco excluido, pero muy pronto llegaréis a ser amigos. Le caes bien y le gustas mucho. Me lo dijo.

—Mira, Ellie, eso es algo que ella te diría de todas maneras.

—De ninguna manera. Greta no tiene pelos en la lengua. Tú ya oíste algunas de las cosas que dijo hoy.

Era verdad que Greta no se había contenido durante la comida. Entre otras muchas cosas, me había manifestado:

—Ha tenido que parecerte extraño que respaldara a Ellie cuando yo ni siquiera te conocía, pero me sentía tan furiosa, tan enojada con la vida que ellos le hacían llevar. Todos unidos en una piña con su dinero y sus ideas tradicionales. Ellie nunca tuvo la oportunidad de divertirse por su cuenta, de ir allí donde le apetecía y hacer lo que quería. Deseaba rebelarse, pero no sabía cómo nacerlo. Sí, de acuerdo, fue así como la animé. Le sugerí que viniera a Inglaterra y comenzará a buscar casa. Le dije que

cuando cumpliera los veintiuno podría comprarse una casa para ella sola y decirle adiós a toda aquella pandilla de Nueva York.

—Greta siempre ha tenido unas ideas francamente maravillosas —afirmó Ellie—. Se le ocurren cosas que a mí ni siquiera se me pasarían por la cabeza.

¿Cuáles eran las palabras que me había dicho Lippincott? «Ella tiene mucha influencia sobre Ellie». Me pregunté si era cierto. Por extraño que parezca no me lo creía, ya que tenía la sensación de que en Ellie había algo que ni siquiera Greta, que la conocía tan bien, acababa de comprender a fondo. Estaba seguro de que Ellie sólo aceptaba aquellas ideas que cuadraban con aquello que estaba dispuesta a hacer. Greta había predicado la rebelión, pero eso era algo que Ellie ya estaba dispuesta a hacer, sólo que no sabía por donde empezar. Sin embargo, ahora que yo la conocía mejor, me daba cuenta de que Ellie era una de aquellas personas muy sencillas, pero dotadas de una fortaleza insospechada. Creía que Ellie era muy capaz de plantar cara por sí misma si eso era lo que quería. La cuestión era que no lo deseaba muy a menudo, y me di cuenta de lo difícil que resultaba entender a las personas, aunque se tratara de Ellie, Greta o incluso mi madre, que tenía aquella manera de mirarme con el miedo reflejado en los ojos.

También me pregunté cómo sería Lippincott. Lo comenté mientras tomábamos el postre.

—Mr. Lippincott parece haber aceptado nuestro matrimonio sin mayores inconvenientes. No niego que me sorprendió.

—Mr. Lippincott es un viejo zorro —opinó Greta.

—Siempre dices lo mismo, Greta —intervino Ellie—, pero creo que es un encanto. Muy estricto, correcto y todas esas cosas.

—Tú piensa lo que quieras —replicó Greta—, pero yo no me fío ni un pelo.

—¡No te fías! —exclamó mi esposa.

Greta meneó la cabeza.

—Lo sé. Es el vivo ejemplo de la respetabilidad y de la honradez. Es todo lo que debe ser un administrador y un abogado.

—¿Quieres decir que ha malversado mi fortuna? —replicó Ellie, que no pudo evitar la carcajada—. No seas tonta, Greta. Hay miles de auditorías, controles bancarios y todas esas cosas.

—Supongo que es honrado —admitió Greta—, pero ésa es precisamente la clase de gente que comete los fraudes. Los de más confianza. Después todo el mundo dice: «Nunca hubiera pensado eso de Mr. A o Mr. B; sería la última persona en el mundo». Sí, eso es lo que dicen, la última persona en el mundo.

Ellie comentó pensativamente que, para ella, el tío Frank sí que era capaz de meterse en chanchullos de esa clase. Pero no me pareció que la posibilidad la preocupara ni la sorprendiera más de la cuenta.

—La verdad es que tiene toda la pinta de ser un timador —manifestó Greta—, algo que sin duda es una desventaja. Tanto buen humor y tanta bondad. No creo que nunca llegue a ser un estafador de altos vuelos.

—¿Es el hermano de tu madre? —le pregunté a Ellie, porque nunca terminaba de aclararme del todo con sus parientes.

—Era el marido de la hermana de mi padre. Ella le dejó para casarse con otro. Murió hace cosa de seis o siete años. El tío Frank continuó como uno más de la familia.

—Son tres —añadió Greta siempre dispuesta a ayudar—. Tres sanguijuelas dispuestas a chuparle la sangre a esta niña. Los tíos carnales de Ellie murieron, uno en Corea y el otro en un accidente, así que a ella sólo le quedaban una madrastra bastante cascada, el tío Frank, que es un vividor, y su primo Reuben a quien ella llama tío, pero que sólo es su primo. Después están Andrew Lippincott y Stanford Lloyd.

—¿Quién es Stanford Lloyd? —pregunté asombrado.

—Otro de los administradores, ¿no es así, Ellie? Creo que se encarga de tus inversiones y cosas por el estilo. La verdad es que no tiene un trabajo muy difícil porque cuando se tiene tanto dinero como Ellie, las cosas marchan por sí solas. Como dice el refrán: «El dinero llama al dinero». Estos son los integrantes del grupo principal —añadió Greta—, y no tengo ninguna duda de que los conocerás muy pronto. Vendrán todos en masa para echarte una ojeada.

Solté un gemido y miré a Ellie suplicando su ayuda.

—No te preocupes, Mike, luego se irán —me tranquilizó Ellie con una voz muy amable y cariñosa.

Capítulo XII

Vinieron, aunque ninguno se quedó mucho tiempo, al menos aquella vez, en la primera visita. Vinieron para echarme una ojeada. Me resultó difícil entenderlos porque todos ellos eran norteamericanos y no estaba habituado a su trato. Algunos eran bastante agradables. Por ejemplo, el tío Frank, se ajustaba a la opinión de Greta, pero no te podías fiar de él ni un pelo. Había conocido a otros como él en Inglaterra. Era un hombre corpulento con un poco de barriga y grandes bolsas bajo los ojos que le daban un aspecto disipado que no estaba muy lejos de la verdad. Tenía buen ojo para las mujeres y mejor todavía para pillar las oportunidades al vuelo. Me pidió dinero un par de veces, cantidades pequeñas, sólo para los gastos del día. Creo que no me lo pidió porque le hiciera falta, sino para ponerme a prueba y averiguar si yo era un tacaño. A mí me preocupaba porque no sabía muy bien como enfocarlo. Hubiese sido mejor negarme rotundamente y hacerle saber que era un avaro o asumir la apariencia de un manirroto, algo que distaba mucho de ser. Decidí que el tío Frank podía irse al infierno.

Cora, la madrastra de Ellie, era la que más me interesaba. Era una cuarentona de buen ver, con el pelo teñido y modales un tanto efusivos. Con Ellie se mostró como la dulzura personificada.

—Olvídate de las cartas que te escribí, Ellie —le dijo—. Has de reconocer que tu casamiento fue toda una sorpresa. Algo tan furtivo. No obstante, sé que fue Greta quien te empujó a comportarte de esa manera.

—No la debes culpar —replicó Ellie—. No tenía la intención de trastornar a nadie. Sólo se me ocurrió que, cuanto menos escándalo, mejor para todos.

—Por supuesto, Ellie, cariño, en eso tienes razón. Tus administradores se quedaron lívidos. Supongo que Stanford Lloyd y Andrew Lippincott creyeron que todo el mundo les acusaría por no haberte vigilado mejor. Desde luego, no tenían idea de lo encantador que es tu esposo, ni yo tampoco. —Me sonrió con la sonrisa más dulce y más falsa que he visto jamás. Pensé que si alguna vez hubo una mujer capaz de odiar a un hombre a muerte, esa era Cora odiándome. Su dulzura con Ellie era fácil de comprender. Andrew Lippincott había regresado a Estados Unidos y, sin duda, la había puesto sobre aviso. Ellie había decidido vender algunas de sus propiedades en Estados Unidos, porque deseaba instalarse definitivamente en Inglaterra, pero había dispuesto darle a Cora una renta considerable para que viviera en el lugar de su elección. Nadie habló mucho del marido de Cora. Deduje que se había ido a vivir a algún país lejano y que seguramente no se había ido solo. Lo más probable es que se estuviera preparando otro divorcio. Esta vez no sacaría grandes beneficios. Cora se había casado con un hombre mucho más joven que ella y dotado de más atractivos físicos que dinero.

Cora necesitaba la renta de Ellie. Era una mujer de gustos extravagantes. Sin duda el viejo Andrew Lippincott le había dicho con toda claridad que la renta podía esfumarse a discreción de Ellie, o si Cora se pasaba en la virulencia de sus críticas al marido de su hijastra.

El primo o el tío Reuben no hizo acto de presencia. Le envió a Ellie una carta muy amable en la que le deseaba un matrimonio muy feliz, pero expresaba sus dudas sobre las ventajas de vivir en Inglaterra. «Si no te gusta, regresa inmediatamente a tu patria. Serás recibida con los brazos abiertos. Yo será el primero en darte la bienvenida.»

—Parece un tipo agradable —le comenté a Ellie.

—Sí —respondió pensativa, aunque por lo visto no estaba muy segura.

—¿Aprecias a alguno de ellos, o no tendría que preguntarlo?

—Puedes preguntarme lo que quieras. —No obstante, tardó unos momentos. Luego manifestó con un tono vehemente—: No, creo que no. Te parecerá extraño, pero supongo que se debe porque no tenemos un parentesco real. Vivimos todos juntos, pero no somos una familia. Ninguno de ellos es pariente de sangre. Quería a mi padre, al menos lo que recuerdo de él. Creo que era un hombre débil y que mi abuelo se llevó una desilusión con él porque no tenía mucha cabeza para los negocios. No quería entrar a formar parte del mundo empresarial. Le gustaba ir a Florida a pescar y ese tipo de cosas. Después se casó con Cora. Nunca me gustó Cora y creo que el sentimiento es recíproco. No recuerdo a mi madre. Me gustaban el tío Henry y el tío Joe; eran divertidos. En algunas cosas eran mucho más divertidos que mi padre. Creo que él era un hombre callado y triste, pero mis tíos sabían divertirse. El tío Joe era bastante alocado, aunque creo que se permitía hacer locuras porque tenía dinero. Se mató con el coche, y a tío Joe lo mataron en la guerra. Por aquel entonces mi abuelo era un hombre enfermo, y fue un golpe tremendo perder a sus tres hijos. No le gustaba Cora ni tampoco sentía mucho aprecio por ninguno de sus parientes lejanos, como es el caso de mi tío Reuben. Afirmaba que nunca podías saber en qué andada metido. Por eso dispuso que gran parte, de su fortuna quedara en un fideicomiso. También dejó legados a museos y hospitales. Dejó una renta a Cora y al marido de su hija, el tío Frank.

—Pero la mayor parte te la dejó a ti.

—Así es, y creo que eso le preocupaba un poco. Hizo todo lo posible para dejarme bien protegida.

—Te encomendó al tío Andrew y a Mr. Stanford Lloyd. Un abogado y un banquero.

—Sí, supongo que lo hizo porque no me creía capaz de cuidar de mí misma. Lo extraño es que me dejara entrar en posesión de mi fortuna a los veintiún años y no ordenara que se mantuviera en fideicomiso hasta los veinticinco. Creo que lo dispuso

porque era una mujer.

—Es curioso. Yo hubiera creído lo contrario.

Ellie meneó la cabeza.

—No, creo que mi abuelo estaba convencido de que los varones jóvenes son todos unos alocados y, si no se matan, acaban atrapados en las redes de alguna rubia malévola. Al parecer, consideraba prudente darles tiempo para desfogarse. Pero recuerdo que en una ocasión me dijo: «Si una muchacha tiene sentido común, lo tendrá tanto si tiene veintiuno como veinticinco, y no sirve de nada esperar cuatro años, porque si es tonta tampoco habrá ninguna mejoría. Quizá tú no sepas gran cosa de la vida, Ellie, pero tienes sentido común. Sobre todo con las personas. Creo que siempre lo tendrás.»

—Supongo que yo no le habría caído bien —comenté pensativo.

Ellie siempre es muy sincera. No intentó convencerme de lo contrario y me respondió con la verdad.

—No, creo que se hubiera sentido horrorizado, me refiero al principio. Después probablemente hubiera cambiado de opinión.

—Pobre Ellie —exclamé sin poder contenerme.

—¿Por qué lo dices?

—Te lo dije una vez antes, ¿lo recuerdas?

—Sí, dijiste pobre niña rica. Tenías mucha razón.

—Esta vez no lo dije con el mismo sentido. No quería decir que eras pobre porque tienes mucho dinero. Lo que quería decir es... —vacilé—... que tienes demasiada gente a tu alrededor, demasiadas personas que quieren cosas de ti, pero que en realidad te tienen muy poco aprecio. Es verdad, ¿no?

—Creo que el tío Andrew me quiere de verdad —manifestó Ellie con un leve tono de duda—. Siempre es amable conmigo y muy comprensivo. Los otros no, en eso tienes toda la razón. Sólo quieren cosas.

—Vienen y te acorralan, ¿no es así? Te piden dinero, quieren favores. Quieren que les saques de sus apuros y ese tipo de cosas. ¡Lo único que desean es aprovecharse!

—Supongo que es bastante natural —opinó Ellie serenamente—. Pero esa historia se ha acabado. Ahora vivo en Inglaterra y, por lo tanto, no los veré con frecuencia.

Estaba en un error, por supuesto, pero no lo había entendido del todo. Stanford Lloyd había venido por su cuenta, cargado con una gran cantidad de documentos para que Ellie los firmara. También hablaron mucho de las inversiones, las acciones, las propiedades y de la liquidación de los fondos del fideicomiso. A mí me sonaba a chino. No podía ayudarla ni darle ningún consejo. Tampoco hubiera podido impedir que Lloyd la estafara. Confiaba en que no, pero ¿cómo podía estar seguro un ignorante como yo?

Había algo en Stanford Lloyd que parecía demasiado bueno para ser cierto. Era un banquero y, además, lo parecía. Mayor, elegante, se comportó muy amablemente conmigo y, si pensaba que yo era un patán, no lo mostró en absoluto.

—Bueno —comenté cuando él también se marchó—, ahí se va el último de la pandilla.

—No crees que valgan mucho, ¿verdad?

—Creo que tu madrastra es una zorra de mucho cuidado. Perdona, Ellie, quizá no deba decir algo así de Cora.

—¿Por qué si es lo que piensas? No creo que vayas muy desencaminado.

—Has tenido que estar muy sola, Ellie.

—Sí, me sentía sola. Conocía a chicas de mi edad. Fui a un colegio elegante, pero nunca fui completamente libre. Si trataba amistad con unas personas, no sé como se las apañaban, pero siempre conseguían separarme de ellas e intentaban que me hiciera amiga de alguna otra muchacha. ¿Sabes por qué? Porque todo se regía por la escala social. Claro que tampoco llegué a cogerle el suficiente afecto a nadie como para plantarles cara. Nunca hubo nadie que me importara de verdad. Sólo cuando apareció Greta, entonces todo fue diferente. Por primera vez, alguien sentía verdadero afecto por mí. Fue maravilloso. —La expresión de su rostro se suavizó.

—Desearía... —dije mientras me volvía hacia la ventana.

—¿Qué?

—No lo sé. Desearía, quizá, que no dependieras tanto de Greta. No es bueno depender tanto de otra persona.

—Ella no te gusta, Mike.

—Sí que me gusta —respondí apresuradamente—. Claro que sí. Pero debes comprender que para mí es casi una desconocida. Es inútil ocultarlo, creo que estoy un poco celoso. Siento celos porque tú y ella... quiero decir que antes no comprendía lo unidas que estabais.

—No estés celoso. Ella fue la única persona que se portó bien conmigo, que me demostró su afecto, hasta que te conocí.

—Me conociste y te casaste conmigo. —Luego volví a repetir algo que ya había dicho antes—. Quiero que vivamos juntos y felices el resto de nuestras vidas.

Capítulo XIII

Intento lo mejor que puedo, aunque es no es gran cosa, ofrecer una descripción de las personas que entraron en nuestras vidas, mejor dicho que entraron en la mía porque, desde luego, ya pertenecían a la vida de Ellie. Nuestro error fue creer que ellos saldrían de la vida de Ellie. Pero no lo hicieron. No tenían ninguna intención de hacerlo. Sin embargo, en aquel momento no lo sabíamos.

Mientras tanto, por nuestra parte, la vida seguía adelante. Santonix nos envió un telegrama para avisarnos de que la casa estaba terminada. Pedía que esperáramos una semana más. Luego, envió otra en el que decía: «Venid mañana.»

Fuimos en coche y llegamos al atardecer. Santonix había oído el coche cuando subía por el camino privado y nos esperaba delante de la casa. Cuando la vi acabada, algo dentro de mí dio un brinco como si quisiera atravesar la piel. ¡Era mi casa y por fin la tenía! Apreté muy fuerte el brazo de Ellie.

—¿Te gusta? —preguntó Santonix.

—Es el no va más —respondí. Algo bastante ridículo de decir pero él me entendió perfectamente.

—Sí, es lo mejor que he hecho. Os ha costado una fortuna y vale hasta el último céntimo. He superado todos los presupuestos. Venga, Mike, cógela en brazos y llévela a través del umbral. ¡Eso es lo que se hace cuando se toma posesión de una casa con la esposa!

Con el rostro como la grana, levanté a Ellie —que pesaba muy poco— y crucé el umbral como había sugerido el arquitecto. Al hacerlo, me tambaleé un poco y vi que Santonix fruncía el entrecejo.

—Ya está —exclamó Santonix—-. Se bueno con ella, Mike. Cuídala. No permitas que sufra ningún daño. No puede cuidar de sí misma, aunque ella crea lo contrario.

—¿Por qué tendría que ocurrirme algo? —preguntó Ellie.

—Porque éste es un mundo cruel y hay muchas personas malas, querida. Lo sé. He visto a un par por aquí. Las he visto rondando, como buenas ratas que son. Perdonadme pero alguien tiene que decirlo.

—No nos molestarán —afirmó Ellie—. Todos han regresado a Estados Unidos.

—Quizá —replicó Santonix—, pero el viaje en avión sólo dura unas pocas horas. —Apoyó las manos sobre los hombros de Ellie. Eran casi piel y hueso, y muy blancas. El hombre parecía estar cada vez más enfermo—. Yo mismo te cuidaría si pudiera, pero no puedo. Ya no me queda mucho. Tendrás que defenderte tú sola.

—Acaba de una vez con esas tonterías de las maldiciones gitanas, Santonix, y enséñanos la casa. Queremos ver hasta el último rincón.

Así que recorrimos la casa. Algunas de las habitaciones estaban vacías, pero la mayor parte de las cosas que habíamos comprado: los cuadros, los muebles y las

cortinas estaban allí.

—Todavía no le hemos dado un nombre —exclamó Ellie bruscamente—. No podemos seguir llamándola The Towers, un nombre ridículo. ¿Cuál era el otro nombre que mencionaste una vez? —me preguntó—. Algo así como el Campo del Gitano, ¿no?

—No la llamaremos así —repliqué tajante—. No me gusta ese nombre.

—Es como siempre la han llamado por aquí —manifestó Santonix.

—Los habitantes del pueblo no son más que una pandilla de supersticiosos.

Después, nos sentamos en la terraza a contemplar el panorama y la puesta de sol, y pensamos en nombres para la casa. Era como un juego. Empezamos muy serios y, a continuación, comenzamos a pensar en nombres a cuál más ridículo: Final de Trayecto, Delicia del Corazón, o nombres que sonaban a fondas: Los Pinos, El Retiro, Miramar. De pronto, se hizo de noche, se levantó un viento helado, y entramos en la casa. Cerramos las ventanas sin preocuparnos de correr las cortinas. Habíamos traído viandas para la cena. El personal del servicio no llegaría hasta mañana.

—Probablemente no les gustará el lugar, dirán que es solitario y querrán marcharse.

—Entonces será el momento de doblarles el sueldo para que se queden —comentó Santonix.

—¡Usted cree que se puede comprar a todo el mundo! —replicó Ellie con un tono divertido.

Nos sentamos a la mesa y nos comimos el *paté en croúte* y los camarones, todo acompañado de un buen vino, y nos lo pasamos a lo grande. Incluso Santonix parecía más fuerte y animado, y en sus ojos se veía la excitación que le dominaba.

Entonces ocurrió de repente. Una piedra rompió el cristal de la ventana y cayó sobre la mesa. El proyectil destrozó una copa y una astilla de cristal hirió a Ellie en la mejilla. Por un instante nos quedamos paralizados, pero luego me levanté de un salto, corrí a la ventana, la abrí y salí a la terraza. No se veía al atacante por ninguna parte, así que regresé al comedor.

Cogí una servilleta de papel y me incliné sobre Ellie para limpiar el par de gotas de sangre que asomaban por la herida.

—Ya está. No es nada. La astilla apenas si ha rasgado la piel. Te arderá unos segundos y luego te pasará.

Miré a Santonix.

—¿Por qué alguien haría una cosa así? —preguntó Ellie. Parecía atónita ante la agresión.

—Son los chicos de por aquí —le contesté—. Los gamberros del pueblo. Seguramente se han enterado de que acabamos de instalarnos. Yo diría que hemos

tenido suerte de que sólo nos arrojaran una piedra. Podrían haber empleado una carabina de balines o algo por el estilo.

—¿Por qué nos hacen esto a nosotros? ¿Por qué?

—No lo sé. Supongo que son unos brutos.

Ellie se levantó bruscamente.

—Estoy asustada. Tengo miedo.

—Mañana haremos unas cuantas averiguaciones. No sabemos gran cosa de la gente que vive por aquí.

—¿Es porque nosotros somos ricos y ellos pobres? —La pregunta se la formuló a Santonix como si él pudiera conocer la respuesta mejor que yo.

—No —respondió Santonix—. No creo que sea ésa la razón.

—Entonces es que nos odian. ¿Qué motivos podrían tener para odiarnos? ¿Porque somos felices?

Una vez más, Santonix meneó la cabeza.

—No —añadió Ellie, como si coincidiera con la opinión del arquitecto—. No, es otra cosa. Algo de lo que no sabemos nada. El Campo del Gitano. Odiarán a cualquiera que venga a vivir aquí. Nos perseguirán. Quizás acaben por salirse con la suya y nos echarán de aquí.

Servía una copa de vino y se la entregué.

—Por favor, Ellie, no digas esas cosas —le supliqué—. Bebe un poco de vino. Ha sido una cosa muy desagradable, pero debemos considerarlo sólo como una vulgar gamberrada.

—No lo sé —replicó Ellie, mirándome fijamente—. Alguien pretende echarnos de aquí, Mike. Expulsarnos de la casa que hemos construido, de la casa que amamos.

—No permitiremos que nos echen. Yo cuidaré de ti. Nada ni nadie te hará el menor daño.

Mi esposa volvió a mirar a Santonix.

—Usted tiene que saberlo. Estuvo aquí mientras construían la casa. ¿Oyó algún comentario? ¿Vino por aquí alguien a tirar piedras o interferir de alguna manera con las obras?

—Es algo difícil de decir —contestó Santonix.

—Entonces, ¿se produjeron accidentes?

—Siempre ocurre algún accidente durante la construcción de una casa. Nada grave ni trágico. Un hombre que se cae de una escalera, alguien que se lastima un pie, otro que se hace un corte en un dedo y la herida se infecta...

—¿Nada más que eso? ¿Nada que se pueda considerar como un hecho premeditado?

—¡No, te juro que no! —afirmó Santonix.

—Te acuerdas de aquella gitana, Mike —dijo Ellie—. El comportamiento tan

extraño y la manera en que me advirtió que no viviera aquí.

—No era más que una pobre mujer trastornada.

—Hemos construido una casa en el Campo del Gitano. Hemos hecho lo que nos dijo que no hiciéramos. No permitiré que me echen de aquí —proclamó Ellie con expresión decidida—. ¡No dejaré que nadie me eche de mi casa!

—Nadie nos echará —le prometí—. Aquí seremos felices.

Lo dije como un reto al destino.

Capítulo XIV

Así comenzó nuestra vida en el Campo del Gitano. No encontramos otro nombre mejor para la casa. Aquella primera noche grabó el nombre en nuestras mentes.

—¡La llamaremos el Campo del Gitano y no se hable más! —dijo Ellie—. Será como un desafío, ¿no te parece? Es nuestra casa y al demonio con la advertencia de la gitana.

Al día siguiente había recuperado su alegría habitual, y no tardamos en estar ocupadísimos con el tráfago de instalarnos y también de recorrer la zona y trabar contacto con los vecinos. Ellie y yo fuimos hasta la casa donde vivía la gitana. Me pareció que sería una buena cosa si la encontrábamos trabajando en el jardín. Ellie sólo la había visto una vez, cuando le leyó la buenaventura. En cambio, si ahora la veía como otra vieja cualquiera atareada en su jardín, cambiaría de opinión. Lamentablemente, no la vimos. La casa estaba cerrada. Le pregunté a una vecina si se había muerto, pero la mujer meneó la cabeza.

—Seguramente se habrá ido de viaje. Se va de cuando en cuando. Es una gitana de verdad, por eso no puede vivir en una casa. Desaparece durante un tiempo y después vuelve. —Se tocó la sien con un dedo—. No está muy bien de aquí.

Charlamos un rato más y la mujer nos preguntó, haciendo un esfuerzo por disimular su curiosidad:

—Ustedes vienen de la casa nueva, ¿verdad? La que acaban de construir en lo alto de la colina.

—Así es —respondí—. Nos trasladamos anoche.

—Es un edificio maravilloso. Todos hemos subido a ver cómo la construían. Es un gran cambio ver una casa tan bonita allí donde sólo había un bosque sombrío. —Con cierta timidez le preguntó a Ellie—: Usted es la señora norteamericana, ¿no es así? Al menos, es lo que nos han dicho.

—Sí, soy norteamericana, o lo era, porque ahora estoy casada con un inglés y, por lo tanto, ya soy inglesa.

—Así que han venido para instalarse y vivir aquí.

Le respondimos que así era.

—Bueno, espero que les agrade. Estoy casi segura de que sí. —Su tono reflejaba ciertas dudas.

—¿Por qué no debería agradarnos?

—Es que allá arriba es un poco solitario. A las personas no siempre les agrada vivir en un lugar solitario rodeado de árboles.

—El Campo del Gitano —dijo Ellie.

—Ah, ustedes conocen el nombre que le damos aquí. Pero la casa que estaba antes allí se llamaba The Towers. La verdad es que no sé porqué. No tenía ninguna

torre, al menos desde que yo nací.

—Creo que The Towers es un nombre ridículo —opinó Ellie—. Nosotros la llamaremos el Campo del Gitano.

—Tendremos que decírselo a la oficina de correos —intervine— o no recibiremos ninguna carta.

—No, supongo que no.

—Aunque pensándolo bien —añadí—, ¿qué más da, Ellie? ¿No sería mucho mejor que no recibiéramos correspondencia alguna?

—Podría traernos un sinfín de complicaciones —replicó ella—. Tampoco recibiríamos las facturas.

—Eso sería magnífico.

—No, te equivocas. No tardarían en aparecer los alguaciles del juzgado y acamparían delante de nuestra casa hasta que no liquidáramos las deudas. De todas maneras, no me gustaría dejar de recibir correspondencia. Quiero tener noticias de Greta.

—Olvídate de Greta. Vamos a continuar con nuestras exploraciones.

Así que exploramos Kingston Bishop. Era un pueblo bonito, con personas agradables en las tiendas. No había nada siniestro en aquel lugar. A nuestro servicio doméstico no le hizo mucha gracia, pero muy pronto arreglamos que un par de coches de alquiler los llevaran hasta la playa más cercana o a Market Chadwell en los días libres. No les entusiasmaba la ubicación de la casa, pero toda aquella historia de las supersticiones les traía sin cuidado. Le comenté a Ellie que nadie podía decir que la casa estaba embrujada porque la acababan de construir.

—No —manifestó Ellie—, no es la casa. No hay nada malo en la casa. Es en el exterior. Es en la carretera donde hay esa curva entre los árboles y aquella parte un tanto lóbrega del bosque donde apareció aquella mujer y casi me muero del susto.

—No te preocupes. El año que viene podríamos ordenar que talaran los bosques y plantar flores.

Continuamos haciendo planes.

Greta vino a pasar con nosotros un fin de semana. Estaba entusiasmada con la casa y nos felicitó por nuestro buen gusto a la hora de comprar los cuadros, escoger los muebles y elegir los colores de la pintura. Se comportó con mucho tacto. Pasado el fin de semana y dijo que no querían molestar más a una pareja de recién casados y que, de todas maneras, tenía que regresar a su trabajo.

Ellie disfrutó mostrándole la casa. Era evidente el gran afecto que sentía por Greta. Yo procuré comportarme de la forma más amable y natural posible, pero no niego que me alegró verla marchar de regreso a Londres porque su presencia me ponía tenso.

Al cabo de un par de semanas, la gente del pueblo ya nos había aceptado y

tuvimos la ocasión de conocer a Dios. Vino a visitarnos una tarde. Ellie y yo estábamos discutiendo sobre el mejor lugar para un seto cuando nuestro mayordomo, un tipo correcto aunque para mí un poco teatral, salió de la casa para anunciarnos que el comandante Phillpot se encontraba en el recibidor. Fue entonces cuando le susurré a Ellie: «¡Dios!». Ella me preguntó a quién me refería.

—Es así como le trata la gente del pueblo.

Entramos en casa y allí estaba el comandante Phillpot. Era un hombre agradable, sesentón y sin ningún detalle de especial relevancia. Vestía ropas de campo un tanto raídas, tenía el pelo gris y un pequeño bigote hirsuto. Se disculpó por la ausencia de su esposa. Al parecer, era una mujer enferma o invalida. Se sentó y conversó con nosotros. No dijo nada de una importancia especial. Tenía el don de hacer que las personas se sintieran cómodas. No hizo ninguna pregunta directa, pero no tardó en descubrir cuáles eran nuestras aficiones. Habló conmigo de las carreras de caballos y con Ellie sobre el jardín y las plantas que florecían mejor en este suelo. Había viajado a Estados Unidos en un par de ocasiones. También se enteró de que a Ellie, si bien no le interesaban gran cosa las carreras, sí le encantaba montar a caballo. Le recomendó que, si pensaba tener caballos, utilizara un camino a través del bosque de pinos que conducía hasta una amplia extensión de páramos donde se podía galopar a gusto. Después llegamos al tema de nuestra casa y de las historias sobre el Campo del Gitano.

—Veo que conocen el nombre que le dan en el pueblo —dijo— y supongo que también todas las supersticiones de los lugareños.

—La mayoría son advertencias gitanas —señalé—. Yo diría que se pasan un poco de la raya, y todas tienen el mismo portavoz: la vieja Mrs. Lee.

—Vaya —exclamó Phillpot—. La pobre Esther. A veces se hace un poco pesada, ¿verdad?

—Está un poco trastornada, ¿no?

—No tanto como quiere aparentar. Me siento más o menos responsable de la pobre. La instalé en aquella casa, aunque nunca me lo ha agradecido. Le tengo aprecio a la vieja, pero reconozco que a veces resulta un incordio.

—¿Se refiere a lo de la buenaventura?

—No, eso no tiene importancia. ¿Por qué? ¿Les dijo a ustedes la buenaventura?

—No sé si llamarlo de esa manera —replicó Ellie—. En realidad, fue una advertencia para que no nos instaláramos aquí.

—Eso sí que es extraño. —El comandante enarcó las cejas hirsutas—. Por lo general, a todo el mundo le pinta un futuro maravilloso. Un apuesto extranjero, un matrimonio feliz, media docena de hijos y dinero en el banco, *una bella dama* —manifestó, imitando a la perfección la voz de la vieja—. Los gitanos acampaban por estos alrededores cuando yo era niño. Les cogí cariño, aunque eran todos unos

ladrones. Pero siempre me he sentido atraído por ellos. Son unas personas excelentes, siempre y cuando no esperes que respeten la ley. Mi familia siempre se ha sentido en deuda con Mrs. Lee. Le salvó la vida a un hermano mío cuando era pequeño. Le rescató de un estanque helado. Se rompió el hielo y se hubiera ahogado de no haber sido por la vieja gitana.

Hice un movimiento brusco y tumbé un cenicero de cristal que estaba sobre la mesa. Se hizo añicos.

Recogí los fragmentos con la ayuda del comandante.

—Supongo que en realidad Mrs. Lee debe ser una persona bastante inofensiva —opinó Ellie—. Fui muy tonta al asustarme tanto.

—¿La asustó? —Phillpot volvió a enarcar las cejas—. ¿Llegó a asustarla?

—No me extraña que se asustara —intervine rápidamente—. La verdad es que fue más una amenaza que una advertencia.

—¡Una amenaza! —exclamó el viejo con incredulidad.

—Eso es lo que me pareció. Después, la primera noche que pasamos aquí ocurrió algo más.

Le narré el episodio de la piedra que habían arrojado contra la ventana, la copa rota y el pequeño corte en la mejilla de Ellie.

—Mucho me temo que cada día hay más gamberros —opinó Phillpot—, aunque no tantos como en otros lugares. Sin embargo, aquí también ocurren estos episodios tan desagradables. —Miró a Ellie—. Lamento mucho que se asustara. Comprendo que ha tenido que ser una experiencia muy desagradable, máxime cuando se trataba de su primera noche en esta casa.

—Ya lo he superado —manifestó Ellie—. Además, no fue únicamente aquello. Hubo algo más que ocurrió poco después.

Una vez más me tocó relatar el incidente. Una mañana, al salir de la casa, encontramos un pájaro ensartado en una navaja y una nota donde alguien había escrito con una letra tosca: «Váyanse de aquí si saben lo que les conviene.»

Esta vez, Phillpot pareció enfadado de verdad.

—Tendrían que haber informado ustedes a la policía.

—Decidimos no hacerlo —contesté—. Después de todo, sólo hubiera servido para que nuestro desconocido agresor nos cogiera más inquina.

—Ese tipo de cosas tienen que ser castigadas —afirmó el comandante, adoptando su papel de juez—. De lo contrario, el autor continuará con su mala acción. Creerá que es algo divertido. Sólo que esto pasa de la raya. Es desagradable, malicioso. Además —agregó como si estuviera hablando para él mismo—, no creo que nadie de por aquí tenga algún rencor contra ustedes, me refiero a una cuestión personal.

—No, es imposible, porque ambos somos unos absolutos desconocidos en este pueblo.

—Me ocuparé del asunto —manifestó el comandante. Se levantó dispuesto a marcharse—. Saben, me gusta esta casa. La verdad creía que no me iba a gustar. Soy un poco chapado a la antigua. Me gustan las casas antiguas y la manera que tenían de construir en el pasado. No me gustan en lo más mínimo esos edificios que parecen cajas de zapatos que están construyendo por todo el país. Parecen colmenas. Me gustan las casas con adornos, con un poco de gracia, pero ésta me gusta. Es sencilla, moderna, tiene estilo y mucha luz. Cuando miras al exterior, ves las cosas de una manera diferente a como las veías antes. Es interesante, muy interesante. ¿Quién la diseñó? ¿Un arquitecto inglés o uno extranjero?

Le hablé de Santonix.

—Creo haber leído algo sobre él en alguna parte. ¿Puede haber sido en *Home & Gardens?*

Le comenté que era bastante conocido.

—Me gustaría conocerle, aunque supongo que no tendríamos mucho tema de conversación. No soy experto en cuestiones de arquitectura.

Luego nos dijo que fijáramos un día para comer con él y su esposa.

—Tendrán ocasión de ver mi casa.

—¿Es una casa antigua?

—La construyeron en 1720. Un buen período. La casa original era isabelina. La destruyó un incendio en 1700 y construyeron la actual en el mismo lugar.

—¿Siempre han vivido allí? —No me refería a él personalmente desde luego, pero él me entendió.

—Sí. Llevamos aquí desde el reinado de Isabel I. Hemos tenido tiempos de prosperidad y otros de apuros económicos. Hemos vendido tierras cuando las cosas iban mal y las volvimos a comprar cuando las cosas mejoraron. Me gustará mucho enseñársela. —Miró a Ellie y le sonrió—. Sé que a los norteamericanos les gustan las casas antiguas. —Después me miró—. Es a usted a quien probablemente no le gustará.

—La verdad es que no puedo decir que sepa gran cosa de casas antiguas.

Se marchó. En el coche le esperaba un spaniel. Era un coche viejo con la pintura en mal estado, pero ahora comenzaba a ver las cosas con más claridad. Sabía que en este pueblo le seguían considerando Dios, y que nos había dado su aprobación. Le gustaba Ellie, y creo que yo no le había caído mal, aunque había advertido sus miradas, como si tuviera que tomar una decisión sobre algo que acababa de tener claro.

Ellie estaba recogiendo los fragmentos del cenicero cuando volví a entrar en la casa.

—Lamento que se haya roto —manifestó apenada—. Me gustaba.

—Conseguiremos otro idéntico. Es moderno.

—¡Lo sé! ¿Qué te sobresaltó, Mike?

Medité unos segundos antes de responderle.

—Algo que dijo Phillpot. Me hizo recordar algo que ocurrió cuando era un crío. Un día fui a patinar a un estanque con un amigo. No nos dimos cuenta de que la capa de hielo no aguantaría el peso. Mi amigo se hundió en medio del estanque y se ahogó antes de que alguien pudiera socorrerlo.

—Qué cosa más horrible.

—Así es. Lo había olvidado hasta que Phillpot mencionó que su hermano había estado a punto de correr la misma suerte.

—Me parece una persona encantadora. ¿A ti te ha caído bien, Mike?

—Sí, lo encuentro muy agradable. Me pregunto cómo será su esposa.

Fuimos a comer con los Phillpot a principios de la semana siguiente. Vivían en una casa georgiana blanca, de líneas bonitas pero nada extraordinaria. El interior transmitía una sensación de comodidad. Las paredes del amplio comedor estaban adornadas con cuadros de los antepasados. La mayoría de las pinturas me parecieron bastante malas, aunque podrían haber tenido mejor aspecto si alguien se hubiera preocupado de quitarles la mugre. Había un cuadro de una muchacha rubia vestida de satén rosa que me gustó.

—Ha escogido uno de los mejores —me comentó el comandante con una sonrisa —, es un Gainsborough, y bastante bueno por cierto, aunque esa muchacha provocó cierto revuelo en su época. Sospechaban que había envenenado a su marido. Quizá sólo fue una cuestión de prejuicios porque se trataba de una extranjera. Gervase Phillpot se casó con ella en algún país que no recuerdo.

Habían invitado a un puñado de vecinos para que los conociéramos. Uno era el doctor Shaw, un hombre mayor, de modales amables y aspecto cansado, que tuvo que marcharse antes de acabar de comer; estaba el vicario, joven y entusiasta; una mujer de voz autoritaria que criaba *corgis*, una raza de pequeños perros galeses; también estaba una joven morena, alta y muy guapa, llamada Claudia Hardcastle, quien parecía vivir para los caballos y que padecía de una alergia que le provocaba violentos ataques de fiebre del heno.

Claudia y Ellie se hicieron amigas casi en el acto.

Ellie le encantaba montar y también padecía una alergia.

—En mi país lo que más me afecta es la hierba cana, pero también en ocasiones me la provocan los caballos. La verdad es que tampoco me produce grandes problemas porque en la actualidad los médicos te recetan algunas cosas fantásticas para todo tipo de alergias. Te daré algunas de mis pastillas, son de un color naranja vivo. Si te acuerdas de tomarlas antes de que comience el ataque, no estornudas nunca.

Claudia opinó que sería algo maravilloso.

—Los camellos me producen más alergia que los caballos —comentó—. El año pasado estuve en Egipto y no dejé de llorar ni un segundo en todo el camino de ida y vuelta a las pirámides.

Ellie dijo que algunas personas tenían el mismo problema con los gatos y las almohadas. Ambas habían encontrado un filón inagotable.

A mí me sentaron junto a Mrs. Phillpot, una mujer alta, delgada y que hablaba exclusivamente de su salud entre plato y plato. Me hizo un relato completo de todos sus males y de la perplejidad de los más eminentes miembros de la profesión médica ante las dificultades de su caso. De vez en cuando hacía una digresión y me preguntaba qué hacía. Eludí responderle, y entonces intentó averiguar, sin mucho entusiasmo, a quién conocía. Le podría haber contestado la verdad y decirle: «A nadie», pero me pareció prudente contenerme, sobre todo porque ella no era una auténtica esnob y tampoco le interesaba saberlo. La señora de los perros, no recuerdo su apellido, fue mucho más concienzuda en sus averiguaciones, pero conseguí desviarla hacia un tema mucho menos comprometido para mí y mucho más interesante para ella, como era la incapacidad y la supina ignorancia de los veterinarios. Todo resultó muy amable y plácido aunque un tanto aburrido.

Más tarde, mientras paseábamos por el jardín, Claudia Hardcastle se acercó a mí.

—Mi hermano me ha hablado de usted —me dijo de una manera un tanto brusca.

La miré sorprendido. No me parecía posible que conociera a un hermano de la mujer.

—¿Está usted segura?

Claudia me miró con una expresión divertida.

—Es el hombre que le construyó su casa.

—¿Me está diciendo que Santonix es su hermano?

—Hermanastro. No le conozco muy bien. Sólo nos vemos muy de cuando en cuando.

—Es una persona maravillosa.

—Eso dicen algunos.

—¿Usted no?

—No estoy muy segura. Es un hombre con dos facetas. Hubo un tiempo en el que parecía hundido del todo. La gente no quería tener ningún trato con él. Después, comenzó a cambiar y alcanzó un éxito extraordinario en su profesión. Fue como si hubiese estado... —buscó la palabra— predestinado.

—Creo que sí.

Después le pregunté si había visto nuestra casa.

—No. Estuve allí mientras la construían, pero no la he visto acabada.

Le dije que debía ir a verla.

—Se lo advierto, no me gustará. No me gustan las casas modernas. Mi período

favorito es el reina Ana.

Comentó que presentaría a Ellie en el club de golf y que saldrían a cabalgar juntas. Ellie pensaba comprar un caballo, quizá más de uno. Al parecer, se habían hecho amigas.

Cuando Phillpot me estaba mostrando los establos, me contó un par de cosas sobre Claudia.

—Es una amazona excelente. Es una lástima que echara a perder su vida…

—¿Sí?

—Se casó con un hombre rico, mucho mayor que ella. Un norteamericano llamado Lloyd. No funcionó. Se separaron casi en el acto. Ella volvió a usar el apellido de soltera. No creo que vuelva a casarse. Se ha convertido en una enemiga acérrima de los hombres. Es una pena.

En el camino de regreso a casa, Ellie comentó:

—Aburrida pero agradable. Son buena gente. Vamos a ser muy felices aquí, ¿verdad, Mike?

—Ya lo somos —respondí, apartando una mano del volante para coger la suya.

Cuando llegamos, dejé a Ellie en la casa y fui a guardar el coche en el garaje.

Mientras cruzaba el jardín, oí rasguear la guitarra de Ellie. Poseía una vieja y hermosa guitarra española que debió costar mucho dinero. Tenía una voz muy bonita, era un placer escucharla cantar. Yo no conocía la mayoría de las canciones, creo que eran canciones negras y viejas baladas escocesas e irlandesas, muy dulces y un tanto tristes. No era música pop ni nada de ese estilo. Quizás eran canciones folclóricas.

Llegué a la terraza y me detuve a escuchar junto a la ventana.

Ellie cantaba una de mis canciones favoritas. No recuerdo el título. Cantaba en voz muy baja, con la cabeza inclinada sobre la guitarra y pulsaba las cuerdas con mucha suavidad. Era una canción bastante triste.

> *El hombre fue hecho para la alegría y la pena y cuando nosotros lo sabemos bien, por la vida avanzamos con seguridad. Todas las noches y todas las mañanas unos nacen para la miseria. Todas las noches y todas las mañanas u otros nacen para el dulce placer. Unos nacen para el dulce placer, otros nacen para la noche eterna.*

Ellie alzó la cabeza y me vio.

—¿Por qué me miras así, Mike?

—¿Cómo te miro?

—Me miras como si me amaras.

—Claro que te amo. ¿De qué otra manera podría mirarte?

—¿En qué estabas pensando?

—Recordaba la primera vez que te vi —contesté con toda sinceridad—. Allá junto a los árboles. —Sí, había estado recordando la primera vez que vi a Ellie, mi sorpresa y excitación.

Ellie me sonrió y volvió a cantar:

Todas las noches y todas las mañanas otros nacen para el dulce placer. Unos nacen para el dulce placer, otros nacen para la noche eterna.

No reconocemos los momentos importantes de nuestra vida hasta que es demasiado tarde.

Aquel día que fuimos a comer con los Phillpot y regresamos a casa tan felices fue uno de esos momentos. Claro que entonces no lo sabía, lo comprendí después.

—Canta la canción de la mosca —le pedí, y ella me complació cantando una alegre tonada que invitaba a bailar:

Pequeña mosca, tu juego veraniego mi mano despreocupada ha acabado.
¿No soy yo
una mosca como tú?
¿No eres tú
un hombre como yo?
Pues yo bailo,
bebo, y canto,
hasta que una ciega mano
rompa mis alas.
Sí el pensamiento es vida,
fuerza y aliento,
el ansia
del pensamiento es la muerte.
Entonces yo soy una mosca feliz. Si vivo o si muero.

Oh, Ellie, Ellie...

Capítulo XV

Es asombroso como en este mundo las cosas nunca salen de la manera que esperas. Nos habíamos trasladado a nuestra casa, vivíamos allí y nos habíamos alejado de todos tal como había querido y planeado. Sólo que no nos habíamos alejado de nadie. Las cosas nos abrumaban desde el otro lado del océano.

En primer lugar, estaba la condenada madrastra de Ellie. Enviaba cartas y telegramas y le pedía a Ellie que fuera a recorrer las agencias inmobiliarias. Decía estar tan fascinada por nuestra casa que sentía la necesidad imperiosa de tener una casa propia en Inglaterra. Declaraba que le encantaría pasar un par de meses al año en Inglaterra. Prácticamente con el último telegrama se presentó en casa y tuvimos que acompañarla por toda la región para visitar las casas que llevaba anotadas en una larga lista. Al final, se decidió más o menos por una. Estaba a unas quince millas de la nuestra. No queríamos tenerla tan cerca, nos parecía detestable, pero no podíamos decírselo. Mejor dicho, de nada hubiera servido porque eso no le hubiera impedido en absoluto hacer su voluntad. No podíamos ordenarle que no se comprara una casa; eso era lo último que Ellie hubiese podido hacer. Yo lo sabía. Sin embargo, mientras su madrastra esperaba el informe de un perito, llegaron otros telegramas.

Al parecer, el tío Frank se había metido en un embrollo. Algo ilegal y fraudulento, por lo que pude entender, y haría falta mucho dinero para sacarle con bien de todo aquel lío. Lippincott y Ellie intercambiaron no sé cuántos telegramas. Después, surgieron problemas entre Stanford Lloyd y Lippincott, y riñeron por algunas de las inversiones de Ellie. Yo había creído, llevado por la ignorancia y la credulidad, que las personas que vivían en Estados Unidos se encontraban muy lejos. Nunca me había dado cuenta de que, para los parientes y administradores de Ellie, era de lo más normal volar a Inglaterra para una estancia de veinticuatro horas y después regresar a su casa. Primero se presentó Stanford Lloyd y luego fue Lippincott quien hizo el viaje.

Ellie tuvo que ir a Londres para reunirse con ellos. Yo seguía sin entender nada de asuntos financieros. Creo que todo el mundo ponía mucho cuidado en todo lo que se decía, pero al parecer estaba relacionado con la liquidación de los fideicomisos, y la siniestra sugerencia de que Lippincott había demorado el asunto o de que era Stanford Lloyd quien se retrasaba en la entrega de las cuentas.

En los momentos de paz entre estas preocupaciones, Ellie y yo descubrimos nuestro templete. En realidad no habíamos tenido tiempo de investigar toda nuestra propiedad, sólo la parte que rodeaba la casa. Acostumbrábamos a meternos por uno de los muchos senderos que se adentraban en el bosque y caminábamos hasta el final. Un día seguimos uno que estaba tan cubierto de maleza que costaba trabajo distinguirlo, pero no nos desanimamos y, al final, fuimos a parar a lo que Ellie llamó

un «capricho». Se trataba de un templete blanco y aspecto ridículo. Estaba en bastante buenas condiciones así que mandamos limpiar y pintar, pusimos una mesa, unas cuantas sillas, un diván y una vitrina para guardar las copas, la vajilla y algunas botellas. Resultaba divertido. Ellie propuso que hiciéramos despejar el sendero para que no costara tanto trabajo subir. Yo me opuse y afirmé que sería mucho más divertido que nadie lo conociera excepto nosotros. Ellie lo consideró como una idea muy romántica.

«Desde luego, no se lo diremos a Cora», anuncié y Ellie estuvo de acuerdo.

Fue entonces, mientras bajábamos del templete, no la primera vez sino más tarde, después de la marcha de Cora y cuando confiábamos en vivir tranquilos otra vez, cuando Ellie, que bajaba brincando como una niña, tropezó con la raíz de un árbol y se torció un tobillo.

Llamamos al doctor Shaw y diagnóstico que era una lesión dolorosa, pero que Ellie tendría bastante con una semana de reposo para recuperarse totalmente. Ellie mandó llamar a Greta y yo no pude poner ninguna objeción. No había nadie que pudiera atenderla correctamente, me refiero a una mujer. Las criadas eran bastante inútiles y, en cualquier caso, Ellie quería a Greta, así que se hizo su voluntad.

Greta vino y, desde luego, fue una bendición para Ellie. También para mí hasta cierto punto. Ella se encargó de poner las cosas en orden y de mantener la casa en marcha. Fue entonces cuando los sirvientes anunciaron que se despedían. Pusieron como excusa el que les resultaba un lugar demasiado solitario, pero yo creo que la presencia de Cora los había trastornado. Greta puso anuncios en los periódicos y consiguió otra pareja casi de inmediato. Greta cuidaba del tobillo de Ellie, la entretenía, le buscaba cosas que sabía que le gustaban, libros, frutas y cosas por el estilo, y de las que yo no sabía nada. Parecían ser muy felices juntas y Ellie estaba encantada de tener a Greta con ella. No sé muy bien como fue, pero la cuestión es que Greta no se marchó. Ellie me dijo: «No te importa que Greta se quede unos días más, ¿verdad?», a lo que tuve que responder: «No, por supuesto que no». «Es muy agradable tenerla aquí —añadió Ellie—. Verás, hay tantas cosas femeninas que podemos hacer juntas. Llegas a sentirte muy sola si no tienes a otra mujer cerca.»

Me di cuenta de que, a medida que pasaban los días, Greta iba haciéndose más con el mando, daba órdenes y se comportaba como la señora de la casa. Yo hacía ver que me agradaba tener a Greta en casa, pero un día, mientras Ellie se encontraba en la sala descansando con el pie en alto y Greta y yo estábamos en la terraza, nos enzarzamos en una terrible discusión. No recuerdo muy bien cómo empezó. Supongo que Greta dijo algo que me molestó y yo le repliqué. De inmediato, ambos comenzamos a decirnos de todo a voz en grito. Ella me soltó las barbaridades más tremendas y por mi parte no me corté ni un pelo. Le dije que era una mujer mandona y desagradable, que ejercía demasiada influencia en Ellie y que no estaba dispuesto a

soportar que la tratara como si fuera su criada. Así seguimos hasta que Ellie apareció cojeando en la terraza.

—Cariño, lo siento —me disculpé en el acto—. Lo siento mucho.

Ayudé a Ellie a entrar en la sala y la acomodé en el sofá.

—No me había dado cuenta —dijo Ellie—. No me había dado cuenta en absoluto de que te molestara tanto tener a Greta aquí.

Hice todo lo posible por tranquilizarla y le dije que no debía hacer caso, que sencillamente había perdido los estribos, que a veces no sabía contenerme, que todo el problema se reducía a que, desde mi punto de vista, Greta era demasiado aficionada a dar órdenes. Quizás era algo comprensible porque nadie le había dicho lo contrario. Al final, manifesté que en realidad Greta me caía muy bien, y que la razón del estallido era que me sentía intranquilo y preocupado por su bienestar. O sea que acabé casi rogándole a Greta que se quedara.

La cuestión es que habíamos dado todo un espectáculo. Creo que muchas otras personas de la casa habían escuchado la pelea. Estaba seguro de que nuestro nuevo mayordomo y su esposa no se habían perdido palabra. Grito mucho cuando me enfado y creo que en esta ocasión exageré. Yo soy así.

Greta parecía empeñada en preocuparse mucho por la salud de Ellie, diciendo que no debía hacer esto o aquello.

—No es muy fuerte, sabes —me dijo.

—A Ellie no le pasa nada —repliqué—. Es fuerte como un roble.

—No, no lo es, Mike. Es delicada.

La próxima vez que vino el doctor Shaw para ver cómo seguía la lesión del tobillo, le dijo que ya estaba curada, aunque debía tener la precaución de utilizar una tobillera si salía a caminar por terreno escabroso. Aproveché para sacar el tema de la salud de mi mujer y reconozco que lo hice con bastante torpeza.

—Ellie está bien, ¿verdad, doctor?

—¿Quién dice que no lo está? —El doctor Shaw era uno de esos médicos que rara vez se encuentran hoy en día y que, por cierto, era conocido en el pueblo como «Confíe en la naturaleza Shaw»—. Bajo mi punto de vista médico —añadió—, puedo asegurarle que no le pasa nada malo. Cualquiera se puede torcer un tobillo.

—No me refería al tobillo. Me preguntaba si no tendrá el corazón débil o algo así.

Me miró por encima de las gafas.

—No comience a imaginarse cosas, joven. ¿Por qué se le ha metido esa idea en la cabeza? Usted no parece de esos que se preocupan por las enfermedades femeninas.

—Sólo es algo que me dijo miss Andersen.

—Ah, miss Andersen. ¿Qué sabe ella al respecto? ¿Acaso tiene algún título médico?

—No que yo sepa.

—Su esposa es una mujer muy rica —prosiguió—, o al menos eso comentan en el pueblo. Claro que la gente siempre cree que todos los norteamericanos lo son.

—Es rica.

—En ese caso debe tener presente una cosa. Las mujeres ricas son las que, en muchos aspectos, se llevan la peor parte. Siempre hay algún médico que les receta polvos, píldoras, estimulantes o sedantes, medicamentos de los que, por regla general, podrían prescindir sin el menor problema. Si se fija, verá que las mujeres del pueblo están muy sanas porque ninguna de ellas se preocupa en demasía por su salud.

—Sé que ella toma unas cápsulas.

—Le haré una revisión general si usted quiere. Así, de paso, me enteraré de las porquerías que le han recetado. Le advierto que no es la primera vez que le digo a alguien: «Tire toda esa basura a la papelera.»

Shaw habló con Greta antes de marcharse.

—Mr. Rogers me pidió que examinara a su esposa. Su estado de salud es normal y quizá le venga bien hacer un poco más de ejercicio al aire libre. ¿Qué medicamentos toma?

—Toma unas tabletas cuando está fatigada y otras para dormir si las necesita.

Greta y Shaw fueron a echar una ojeada a los medicamentos de Ellie. Mi esposa los observaba sonriente.

—No tomo todas esas cosas, doctor —le dijo—. Sólo las cápsulas para la alergia.

Shaw miró las cápsulas, leyó la composición y declaró que no tenían nada de malo, y pasó a las pastillas para dormir.

—¿Tiene problemas para conciliar el sueño?

—No desde que vivo en el campo. Creo que no he tomado ni una sola pastilla desde que estoy aquí.

—Bueno, bueno, eso está muy bien. —Le dio una palmadita en un hombro—. No tiene usted absolutamente nada, querida. Yo diría que, en ocasiones, tiende a preocuparse en exceso. Eso es todo. Estas cápsulas son muy suaves. Hay muchísimas personas que las toman en la actualidad y no les hacen ningún daño. Siga tomándolas si quiere, pero deje en paz las píldoras para dormir.

—La verdad es que no entiendo el motivo de mi preocupación —me disculpé con Ellie—. Supongo que fue por algo que dijo Greta.

—Ah. —Ellie se rió—. Greta siempre se preocupa por las cosas que tomo. Ella nunca toma nada. Haremos una limpieza en el botiquín y tiraremos la mayoría de lo que hay.

Ellie se estaba haciendo amiga de la mayoría de nuestros vecinos. Claudia Hardcastle venía bastante a menudo y, de vez en cuando, salía a cabalgar con Ellie. Yo no montaba. Toda mi vida me había ocupado de los coches y de su mecánica. No sabía ni una palabra de caballos a pesar de haber limpiado establos durante un par de

semanas en Irlanda. Así y todo, tenía pensado que, cuando estuviéramos en Londres, iría a algún club hípico de lujo y aprendería a montar correctamente. No quiero empezar aquí, estoy seguro de que la gente se reiría al verme. Considero que está muy bien para Ellie ya que disfruta muchísimo montando.

Greta la animaba, aunque ella tampoco sabía ni media palabra de caballos.

Ellie y Claudia fueron a una venta y, aconsejada por Claudia, mi esposa se compró un caballo, un zaino llamado *Conquer*. Le insistí a Ellie para que tuviera mucho cuidado cuando saliera a cabalgar sola, pero se rió de mí.

—Llevo cabalgando desde que tenía tres años —manifestó.

Así que salía a cabalgar dos o tres veces por semana. Greta cogía el coche y se marchaba a Market Chadwell para hacer las compras.

—¡Tú y tus gitanos! —comentó un día Greta a la hora de la comida—. Esta mañana me tropecé con una vieja espantosa. Apareció de pronto en medio de la carretera. Estuve a punto de atropellarla y ella tan tranquila. Tuve que frenar en seco justo cuando subía la colina.

—¿Por qué? ¿Qué quería?

Ellie nos escuchaba pero sin participar en la conversación. Sin embargo, me pareció que estaba preocupada.

—La muy desvergonzada me amenazó —respondió Greta.

—¿Te amenazó?

—Verás, me dijo que me marchara de aquí. «Ésta es tierra gitana. Váyase. Váyanse todos. Márchese si quiere estar a salvo. —Después levantó un puño y lo agitó delante de mi cara—. Si la maldigo, nunca más volverá a tener buena suerte. Vienen aquí, compran nuestras tierras y edifican casas. No queremos casas en un lugar donde tendrían que estar nuestras tiendas.»

Greta contó muchas más cosas. Más tarde, Ellie me comentó con una expresión preocupada:

—Resulta bastante extraño, ¿no crees, Mike?

—Creo que Greta estaba exagerando un poco.

—No me acaba de convencer —añadió Ellie—. Me pregunto si Greta no se habrá inventado una parte.

—¿Por qué iba a hacer algo así? —repliqué, para después preguntarle bruscamente—. Por casualidad, no habrás visto a Esther últimamente, ¿verdad? Me refiero a cuando sales a cabalgar.

—¿La gitana? No.

—No lo dices muy segura, Ellie.

—Creo haberla atisbado, ya sabes, oculta entre los árboles, pero nunca con la suficiente claridad como para saber a ciencia cierta si era ella.

Sin embargo, al cabo de un par de días, Ellie regresó pálida y temblorosa de su

cabalgada. La vieja había salido repentinamente de entre los árboles. Ellie había detenido el caballo para hablar con ella. Me comentó que la gitana hacía gestos amenazadores y no dejaba de murmurar imprecaciones.

—Esta vez me puse realmente furiosa —manifestó Ellie—. Le dije: «¿Qué busca aquí? Esta tierra no le pertenece. En nuestra tierra y nuestra casa», y ella me respondió: «Nunca será su tierra y nunca le pertenecerá. Se lo advertí una vez y se lo advierto de nuevo: no pienso volvérselo a repetir. Ahora ya no tardará mucho, créame. Veo a la Muerte. Ahora está detrás de su hombro izquierdo. Es la Muerte quien está junto a usted y la Muerte se la llevará. Ese caballo que monta tiene una pata blanca, ¿No sabe que trae mala suerte montar un caballo con una pata blanca? ¡Veo a la Muerte y cómo se derrumba esa gran casa que se ha construido!

—¡Esto tiene que acabar! —exclamé enojado.

Esta vez Ellie no se rió. Tanto ella como Greta parecían asustadas. Sin perder ni un instante, me fui al pueblo. Primero me acerqué a la casa de Mrs. Lee. Comprobé que no había nadie y entonces me dirigí a la comisaría. Conocía al sargento Keene, un hombre amable y sensato. Me escuchó con atención.

—Lamento mucho que tenga usted estos trastornos —manifestó—. Es una mujer muy vieja y a veces se hace pesada. En realidad, nunca nos ha ocasionado problemas. Hablaré con ella y le diré que deje de molestarles.

—Se lo agradezco.

—No me gusta sugerir nada —añadió el sargento tras un momento de duda—, pero hasta donde usted sabe, Mr. Rogers, ¿hay alguien de por aquí que podría tenerle, quizá por algún motivo trivial, cierta inquina a usted o a su esposa?

—Diría que es muy poco probable. ¿Por qué lo pregunta?

—Verá, en los últimos tiempos, Mrs. Lee parece disponer de abundante dinero, y no sé de dónde lo consigue.

—¿Qué quiere decir?

—Bien podría darse el caso de que alguien le estuviera pagando, alguien que quiere hacerles marchar de aquí. Hace muchos años ocurrió un incidente parecido. La vieja aceptó dinero de alguien del pueblo para espantar a uno de los vecinos. Hizo lo mismo: amenazas, advertencias, la historia del mal de ojo. La gente de los pueblos es supersticiosa. Se sorprendería usted de la cantidad de pueblos en Inglaterra que se vanaglorian de tener una bruja. En aquella ocasión le hicimos una advertencia y, por lo que yo sé, nunca volvió a intentarlo desde entonces, pero todo es posible. Le tiene mucho apego al dinero. Es capaz de hacer cualquier cosa si se la pagan bien.

A mí me pareció una idea un tanto descabellada. Le señalé a Keene que nosotros éramos unos absolutos desconocidos para la gente del pueblo.

—Todavía no hemos tenido tiempo de hacernos con enemigos.

Preocupado y perplejo, regresé a casa dando un paseo. Al llegar a la terraza, oí los

suaves acordes de la guitarra de Ellie. Una figura alta, que se encontraba junto a la ventana, se volvió y se acercó a mí. Por un momento, creí que se trataba de la gitana de marras, pero entonces me tranquilicé al comprobar que era nada menos que Santonix.

—¡Ah, eres tú! —exclamé—. ¿De dónde ha salido? Hace tiempo que no tenemos noticias tuyas.

No hizo caso de mis palabras. Me cogió por el brazo y me llevó lejos de la ventana.

—¡Así que ella está aquí! —comentó—. No me sorprende. Estaba seguro de que acabaría por instalarse. ¿Por qué se lo permitiste? Es peligrosa. Tú tendrías que saberlo.

—¿Te refieres a Ellie?

—No, no, no me refiero a Ellie. ¡A la otra! ¿Cómo se llama? Greta.

Le miré sorprendido.

—Tú sabes cómo es Greta, ¿o no te has dado cuenta? Está aquí, ¡Ha tomado posesión! Ahora no podrás librarte de ella. Ha venido para quedarse.

—Ellie se torció el tobillo —repliqué—. Greta vino para cuidarla. Supongo que no tardará en marcharse.

—Tú no entiendes nada de nada. Siempre tuvo la intención de venir a instalarse aquí. Lo sé. Le descubrí el juego cuando apareció por aquí para ver cómo iban las obras.

—Ellie quiere tenerla a su lado —rezongué.

—Claro, por supuesto. Greta lleva tiempo con Ellie, ¿no es así? Ella sabe cómo manejarla.

Eso mismo había dicho Lippincott, y yo había tenido ocasión de comprobarlo personalmente.

—¿Quieres tenerla aquí, Mike?

—No puedo echarla de la casa —respondí ligeramente irritado—. Es una vieja amiga de Ellie, mejor dicho, su mejor amiga ¿Qué demonios puedo hacer al respecto?

—No. Supongo que no puedes hacer nada.

Me miró. Fue una mirada muy extraña. Santonix era un hombre extraño. Nunca sabías cuál era el verdadero significado de sus palabras.

—¿Sabes cuál es tu meta, Mike? ¿Tienes alguna idea? Algunas veces creo que no tienes ni la más remota idea de cuáles son tus objetivos.

—Claro que lo sé. Estoy haciendo lo que quiero. Estoy consiguiendo mis propósitos.

—¿De veras? No lo sé. Me pregunto si de verdad sabes lo que quieres. Me da miedo verte a merced de Greta. Ella es mucho más fuerte que tú.

—No sé de dónde has sacado esa conclusión. Aquí no se trata de una cuestión de

fuerza.

—¿No? Yo creo que sí, ella es de las fuertes, de las personas que siempre se salen con la suya. Tú no querías tenerla aquí, eso fue lo que me dijiste. Pero está aquí y las he estado observando: Greta y Ellie sentadas juntas, en tu casa, charlando cómodamente instaladas. ¿Qué eres tú, Mike? ¿El intruso? ¿O tú no eres el intruso?

—Estás loco. Hay que ver las cosas que dices, ¿A qué te refieres con eso de que soy el intruso? Soy el marido de Ellie, ¿no?

—¿Eres el marido de Ellie o Ellie es tu esposa?

—Eres un tonto. ¿Cuál es la diferencia?

Exhaló un suspiro. De pronto, hundió los hombros como si hubiese perdido todo el vigor.

—No puedo llegar hasta ti —se lamentó Santonix—. No consigo que me escuches. No puedo hacértelo comprender. Algunas veces creo que me comprendes y hay otras en las que creo que no sabes nada de ti ni de nadie.

—¡Ya está bien, Santonix! No tengo por qué aguantarlo. Eres es un magnífico arquitecto, pero...

Su rostro cambió de aquella manera tan particular.

—Sí. Soy un buen arquitecto. Esta casa es lo mejor que he hecho. Casi podría decir que estoy satisfecho. Tú querías una casa como ésta. También Ellie quería una casa como ésta para vivir en ella contigo. Ambos conseguisteis lo que anhelabais. Saca a esa otra mujer de aquí, Mike, antes de que sea demasiado tarde.

—No me veo con ánimos de trastornar a Ellie.

—Esa mujer te tiene donde quería —manifestó Santonix.

—Vamos por partes. No me gusta Greta. Me pone los nervios de punta. Precisamente el otro día tuvimos una discusión tremenda, pero nada es tan sencillo como crees.

—No, con ella nada puede ser sencillo.

—El tipo que llamó a este lugar el Campo del Gitano y dijo que estaba maldito no iba muy desencaminado —señalé furioso—. Tenemos gitanas que aparecen de detrás de los árboles, nos amenazan con los puños y nos advierten que, si no nos marchamos, nos sucederá una terrible desgracia. Este lugar tendría que ser bueno y bonito.

Estas últimas palabras realmente resultaron muy extrañas en mi boca. Las dije como si las pronunciara otra persona.

—Sí, tendría que ser así —manifestó Santonix—, pero nunca lo será porque hay algo malvado que la posee.

—¿No creerás que... ?

—Creo en muchísimas cosas extrañas. Sé algo sobre el mal. ¿No te has dado cuenta, no lo has notado, que yo también soy en parte maligno? Siempre lo he sido.

Por eso lo reconozco. Sé cuando lo tengo cerca, aunque no siempre puedo precisar exactamente dónde está. Quiero ver esta casa que construí libre de la maldad, ¿lo comprendes? —Su tono era amenazante—. ¿Lo comprendes? Para mí es importante.

Entonces, bruscamente, volvió a cambiar de actitud.

—Venga, basta ya de decir tonterías. Entremos a ver a Ellie. —Entramos y Ellie saludó a Santonix con gran placer.

El arquitecto mostró sus mejores actitudes durante la velada. Se comportó de una manera alegre y despreocupada. Dedicó una atención especial a Greta, como si quisiera convertirla en la destinataria de todo su encanto, y esto era algo que él tenía en abundancia. Cualquiera hubiese jurado que Santonix se había prendado de la joven y que hacía todo lo posible por caerle bien y complacerla. Llegué a la conclusión de que Santonix era en realidad un hombre muy peligroso, y que no era tan fácil de entender como había creído en un principio.

Greta siempre respondía a la admiración y se mostró como nunca. Había ocasiones en la que disimulaba su belleza, pero esta noche era una auténtica diosa. Le sonreía a Santonix y parecía hechizada por sus palabras. Me preguntó qué se traería entre manos el arquitecto. Nunca se sabía con Santonix. Ellie le invitó a quedarse unos días pero él meneó la cabeza. Tenía que marcharse al día siguiente.

—¿Está construyendo otra casa? ¿Está usted ocupado?

El arquitecto respondió que no. Acababa de salir del hospital.

—Me han remendado un poco, pero probablemente será la última vez.

—¿Remendado? ¿Qué le hicieron?

—Sacaron la sangre mala de mi cuerpo y me pusieron sangre fresca.

—Oh. —Ellie se estremeció.

—No te preocupes. Nunca tendrás que pasar por ese trance.

—¿Por qué ha tenido que pasarle a usted? —quiso saber Ellie—. Es cruel.

—No, no lo es. Oí lo que cantaba hace un rato.

> *El hombre fue hecho para la alegría y la pena, y cuando nosotros lo descubrimos avanzamos por la vida con seguridad...*

«Avanzo con seguridad porque sé por qué estoy aquí. En cuanto a ti, Ellie...

> *Todas las noches y todas las mañanas, unos nacen para el dulce placer.*

»Ésa eres tú.

—Desearía sentirme segura —declaró Ellie.

—¿No te sientes segura?

—No me gusta que me amenacen. No me gusta que nadie me eche una maldición.

—¿Te refieres a la gitana?

—Sí.

—Olvídala —dijo Santonix—. Olvídala por esta noche. Seamos felices. A tu salud, Ellie, te deseo una larga vida y un final rápido y piadoso para mí. Buena suerte para Mike... —Se detuvo con la copa en alto y la mirada puesta en Greta.

—¿Sí? ¿Y para mí, qué?

—¡Para ti, lo que deseas! ¿El éxito, quizás? —Lo dijo con una sonrisa burlona y un tono irónico.

Se marchó a la mañana siguiente.

—Que hombre tan extraño. Nunca acabaré de entenderlo.

—Yo ni siquiera entiendo la mitad de las cosas que dice.

—Sabe cosas —comentó Ellie pensativa.

—¿Te refieres a que puede ver el futuro?

—No, no me refería a eso. Conoce a las personas. Te lo dije hace tiempo. Conoce a las personas mejor que ellas mismas. Precisamente por eso a veces las odia y otras las compadece. Sin embargo, no se compadece de mí.

—¿Por qué iba a compadecerse?

—Oh, porque...

Capítulo XVI

Fue por la tarde del día siguiente, mientras caminaba a paso rápido por la parte más oscura del bosque donde las sombras de los pinos impresionaban mucho más que en cualquier otra zona, cuando vi la figura de una mujer alta en el camino de entrada a la casa. Me aparté del sendero rápidamente, convencido de que se trataba de nuestra gitana, pero me detuve sorprendido al descubrir quién era en realidad. Era mi madre. Estaba allí, quieta como una estatua y con una expresión severa en el rostro.

—¡Dios santo! —exclamé—. Menudo susto me has dado, mamá. ¿Qué haces aquí? ¿Has venido a vernos? Ya era hora de que aparecieras, después de haberte invitado tantas veces.

Era mentira. Sólo la había invitado en una ocasión y sin mucho entusiasmo. Le había enviado una carta, escrita de una manera que dejaba bien claro mi poco interés. No quería verla por aquí, no quería verla en mi casa.

—Tienes razón —contestó—. Por fin he venido a verte. Quería comprobar que todo iba bien. Así que ésta es la gran casa que has construido. Reconozco que es magnífica —añadió, mirando por encima de mi hombro.

Me pareció detectar en su voz el agrio reproche que ya me esperaba.

—Demasiado para alguien como yo, ¿eh?

—Yo no he dicho tal cosa, muchacho.

—Pero lo piensas.

—No has nacido para esto, y nada bueno puede resultar de vivir por encima de nuestra clase social.

—Nadie llegaría nunca a ninguna parte si te hicieran caso.

—Sí, sé que eso es lo que dices y piensas, pero, que yo sepa, la ambición nunca le ha hecho ningún bien a nadie. Es algo que vuelve agrio cualquier manjar.

—Oh, por amor de Dios, deja de quejarte. Ven, acompáñame y contempla nuestra magnífica casa, así podrás despreciarla a placer, y también podrás ver a mi magnífica esposa y despreciarla a ella también si te atreves.

—¿Tu esposa? Ya la conozco.

—¿Qué quieres decir con que ya la conoces?

—Así que ella no te lo contó, ¿eh?

—¿Contarme qué?

—Que vino a verme.

—¿Ella fue a verte? —pregunté atónito.

—Sí, allí estaba ella un día, delante de mi puerta, tocando el timbre y con aspecto de estar un poco asustada. Es una muchacha bonita y muy dulce a pesar de todo esas prendas elegantes que lleva. Me dijo: «Usted es la madre de Mike, ¿no es así?» y yo le repliqué: «Sí. ¿Quién es usted?». «Soy su esposa. Tenía que venir a conocerla. No

me parecía correcto no conocer a la madre de Mike», y le contesté: «Me jugaría el cuello a que él no quiere que me conozca». Al ver que vacilaba añadí: «No es necesario que me lo diga. Conozco a mi chico y sé lo que quiere». Entonces ella dijo: «Quizás usted cree que se avergüenza porque ustedes son pobres y yo soy rica, pero no es así en absoluto. De veras». Le contesté: «No hace falta que me lo diga, muchacha. Conozco los defectos de mi chico y ése no es uno de ellos. No se avergüenza de mí ni tampoco se avergüenza de sus comienzos. En todo caso lo que sí puede es tenerme miedo. Verá, le conozco demasiado bien». Eso le pareció divertido. Comentó: «Supongo que las madres siempre creen lo mismo: que lo saben todo de sus hijos y, precisamente por eso, los hijos se sienten avergonzados.

»Le respondí que bien podía ser cierto, Cuando eres joven, siempre estás aparentando delante de todo el mundo. Yo también lo hacía cuando era niña y vivía en casa de mi tía. Recuerdo que en mi cuarto, sobre la cabecera de la cama, había un cuadro con un gran ojo y un marco dorado y la leyenda: «Dios siempre te observa». Me producía un miedo tremendo cuando me acostaba.

—Ellie tendría que haberme dicho que había ido a verte —protesté—. No entiendo qué necesidad tenía de convertirlo en un secreto. Tendría que habérmelo dicho.

Yo estaba furioso, muy pero que muy furioso. Nunca se me había pasado por la cabeza que Ellie fuera capaz de tener secretos para mí.

—Quizá se sintió un poco asustada por lo que había hecho, pero no tenía motivos para tenerte miedo.

—Ven, entra y verás nuestra casa.

No sé si le gustó o no. Más bien creo que no. Echó un vistazo a las habitaciones y enarcó las cejas. Después fuimos al salón que daba a la terraza. Ellie y Greta se encontraban allí. Acaban de entrar y Greta llevaba una rebeca de lana roja echada sobre los hombros. Mi madre las miró a las dos. Por un momento permaneció inmóvil, como clavada en el suelo. Ellie se levantó de un salto y se acercó corriendo.

—Oh, es Mrs. Rogers —exclamó. Luego se volvió hacia Greta para decirle—: Es la madre de Mike que ha venido a visitarnos y a conocer la casa. ¿No es maravilloso? Ésta es mi amiga Greta Andersen.

Tendió las manos y cogió las de mamá. Mi madre la miró a ella y después miró a Greta con una expresión muy dura.

—Ya veo —murmuró—. Ya veo.

—¿Qué ve? —le preguntó Ellie.

—Me preguntaba —respondió mi madre— cómo sería la casa. —Miró en derredor—. Sí, es una casa bonita. Buenas cortinas, buenos muebles y unos cuadros preciosos.

—Tiene usted que tomar una taza de té —dijo Ellie.

—Por lo que se ve, ustedes acaban de tomarlo.

—El té es algo que nunca se acaba —replicó Ellie. Después se dirigió a Greta—: No llames a la criada, Greta. ¿Puedes encargarte tú misma de ir a la cocina y preparar la tetera?

—Desde luego, cariño. —Greta salió de la habitación, pero antes miró a mi madre por encima del hombro, con una expresión curiosa, como si le tuviera miedo.

Mi madre se sentó.

—¿Dónde está su equipaje? —preguntó Ellie—. ¿Ha venido para quedarse? Espero que así sea.

—No, querida, no me quedaré. Regreso en el tren que sale dentro de media hora. Sólo quería verla. —Luego añadió rápidamente, quizá porque quería decirlo antes de que Greta volviera de la cocina—: Deje de preocuparse. Le he contado que usted vino a verme.

—Lamento no habértelo dicho, Mike —manifestó Ellie con voz firme—, pero creí más conveniente no hacerlo.

—Vino a visitarme impulsada por la bondad de su corazón —señaló mi madre—. Te has casado con una buena chica, Mike, y muy bonita por cierto. Sí, es muy bonita. —Luego, añadió casi para ella misma—: Lo siento.

—¿Lo siente? —repitió Ellie un tanto intrigada.

—Siento haber pensado algunas cosas —contestó mi madre, y agregó con un tono tenso—: Como usted dice, las madres somos así. Siempre tienden a sospechar de las nueras, pero cuando la vi a usted comprendí que él había tenido mucha suerte. Me pareció demasiado bueno para ser cierto. Eso fue lo que pensé.

—¡Vaya impertinencia! —protesté, pero lo hice con una sonrisa—. Siempre he tenido un gusto excelente.

—Tendrías que decir que tienes gustos caros —replicó mi madre con la mirada puesta en las cortinas de brocado.

—Yo tampoco me quedo atrás en cuanto a gastar —manifestó Ellie sonriente.

—Hágale ahorrar un poco de dinero de vez en cuando —le recomendó mi madre —. Le vendrá bien a su carácter.

—Me niego a mejorar mi carácter —afirmé—. La ventaja de tener una esposa es que ella siempre cree que todo lo que haces es perfecto. ¿No es así, Ellie?

Ellie volvía a estar contenta. Se echó a reír.

—¡A veces eres increíble, Mike! Menudo presuntuoso.

Greta entró con la tetera. Al principio, todos habíamos estado un poco tensos, pero ahora nos sentíamos más cómodos. Sin embargo, en cuanto apareció Greta, la tensión reapareció en el acto. Mi madre rechazó todos los intentos por parte de Ellie para que se quedara y mi mujer abandonó el tema. Ellie y yo acompañamos a mi madre por el camino entre los árboles hasta la verja de entrada.

—¿Cómo se llama la finca?

—El Campo del Gitano —contestó Ellie.

—Ah, sí, hay gitanos por los alrededores, ¿no?

—¿Cómo lo sabes? —le pregunté.

—Vi a una gitana mientras subía por el camino. Me miró de una manera extraña.

—Es inofensiva —comenté—. El único problema es que está un poco trastornada.

—¿Por qué dices que está un poco trastornada? Me miró con una expresión muy curiosa. ¿Os tiene ojeriza por alguna cosa?

—No creo que sea nada concreto —manifestó Ellie—. Se imagina cosas. Cree que la hemos echado de sus tierras o algo así.

—Supongo que lo que busca es dinero —opinó mi madre—. Todos los gitanos son iguales. No dejan de quejarse y proclamar que los demás abusamos de ellos. Pero se callan de inmediato en cuanto les pones un poco de dinero en sus manos pedigüeñas.

—A usted no le gustan los gitanos —dijo Ellie.

—Son una pandilla de ladrones. Son incapaces de trabajar como la gente honrada ni pueden mantener las manos apartadas de lo que no es suyo.

—Bueno, olvidémonos de los gitanos —propuso Ellie.

Mi madre se despidió y fue entonces cuando sacó el tema:

—¿Quién es la joven que vive con ustedes?

Ellie le explicó que Greta había estado con ella durante tres años antes de casarse y que, de no haber sido por ella, su vida hubiese sido muy desgraciada.

—¿Vive con usted o está de visita?

—Bueno, verá —contestó Ellie, evitando una respuesta directa—, de momento vive con nosotros porque me torcí un tobillo y necesitaba alguien que me cuidara. Pero ahora estoy recuperada.

—Las parejas casadas necesitan estar solas cuando comienzan —opinó mi madre.

Permanecimos junto a la verja mientras mi madre bajaba la cuesta.

—Tiene una personalidad muy fuerte —comentó Ellie con expresión pensativa.

Yo estaba enojado con Ellie, realmente muy enfadado porque había averiguado la dirección de mi madre y la había ido a ver sin decirme nada. Pero cuando se volvió para mirarme con una ceja un poco levantada y una sonrisa entre tímida y satisfecha, propia de una niña pequeña, me olvidé del enfado.

—Eres una pequeña mentirosa de tomo y lomo.

—Algunas veces tengo que serlo —replicó.

—Es como en una obra de Shakespeare que vi una vez. La representaron en la escuela. —Un tanto avergonzado recité—: «Ella engañó a su padre y quizá te esté engañando a ti.»

—¿Qué papel interpretabas? ¿El de Otelo?

—No, hacía de padre de la muchacha. Por eso recuerdo las palabras. Eran casi las únicas que decía.

—Ella engañó a su padre y quizá te esté engañando a ti —repitió Ellie con voz pensativa—. Que yo recuerde nunca engañé a mi padre. Quizá lo hubiera hecho más tarde.

—Supongo que él no hubiera aceptado alegremente que te casaras conmigo. Se habría comportado como tu madrastra.

—Creo que tiene razón. Era un hombre bastante convencional. —Volvió a sonreírme—. Creo que habría tenido que comportarme como Desdémona y engañar a mi padre para escaparme contigo.

—¿Por, qué tenías tanto interés en conocer a mi madre, Ellie? —pregunté incapaz de contener la curiosidad.

—No es que tuviera mucho interés en conocerla, sino que me parecía muy poco procedente no conocerla. Nunca mencionas a tu madre si lo puedes evitar, pero yo creo que ella siempre ha hecho todo lo posible por ti. Te sacó adelante y trabajó muy duro para que pudieras ir a una buena escuela y cosas así. Me pareció que sería un comportamiento ruin de mi parte no ir a verla.

—En todo caso, no hubiera sido culpa tuya, sino mía —afirmé.

—Sí, quizá tú no querías que fuera a verla.

—¿Crees que tengo un complejo de inferioridad por ser mi madre como es? Pues no, Ellie, te lo aseguro. No es como te lo imaginas.

—No. —Ellie adoptó una expresión pensativa—. Ahora me doy cuenta. Se trataba de que tú no querías que se ocupara de sus obligaciones de madre.

—¿Obligaciones de madre?

—Verás —me explicó Ellie—, es obvio que se trata de una de esas personas que tienen muy claro lo que deben hacer los demás. Me refiero a que quería que tú trabajaras en determinado tipo de empleo.

—Así es. Que tuviera un trabajo fijo, que sentara la cabeza...

—No es que sea algo muy importante en estos tiempos —señaló Ellie—, pero yo diría que es un consejo excelente. Sin embargo, no era el adecuado para ti, Mike. Tú no eres de los que se conforman con un empleo fijo y la seguridad de un sueldo a final de mes. Tú quieres salir, ver y hacer cosas, estar en la cima del mundo.

—Quiero estar contigo en esta casa.

—Quizá durante un tiempo, pero creo que siempre querrás volver aquí. Yo también. Creo que vendremos aquí cada año y que seremos más felices que en cualquier otra parte. Pero tú también quieres ir a otros lugares. Quieres viajar, ver lugares y comprar cosas. Quizá ya estás pensando en nuevos planes para hacer un jardín aquí. Tal vez iremos a Italia y al Japón para ver cómo son los jardines allí y en otras partes del mundo.

—Haces que la vida parezca muy emocionante, Ellie. Lamento haberme enfadado.

—No me importa que te enfadaras —dijo Ellie—. No te tengo miedo. —Frunció el entrecejo—. A tu madre no le gustó Greta.

—Hay muchas personas a quienes Greta no les cae bien.

—Incluido tú.

—Escucha, Ellie, siempre repites lo mismo. No es verdad. Sólo que al principio estaba un poco celoso, nada más. Ahora nos llevamos bastante bien. Creo que el problema radica en que algunas personas se ponen a la defensiva cuando la tratan.

—A Mr. Lippincott tampoco le agrada, ¿verdad? Cree que ejerce demasiada influencia sobre mí.

—¿La tiene?

—Quisiera saber por qué lo preguntas. Sí, creo que la tiene. Es algo natural. Tiene una personalidad dominante y yo necesito tener a alguien en quien confiar y que de la cara por mí.

—Lo que tú quieres es alguien que te ayude a salirte con la tuya —afirmé, riendo.

Entramos en la casa cogidos de la mano. Por alguna razón, parecía oscura. Supongo que sería porque el sol acababa de marcharse de la terraza y había dejado atrás una sensación de oscuridad.

—¿Qué pasa, Mike?

—No lo sé. De pronto he sentido como si alguien caminara sobre mi tumba.

—Un ganso camina sobre tu tumba. El dicho correcto es así, ¿no?

No vimos a Greta por ninguna parte. Los sirvientes nos dijeron que había salido a dar un paseo.

Ahora que mi madre lo sabía todo de mi matrimonio y había conocido a Ellie, hice lo que quería hacer desde hacía tiempo. Le envié un cheque por una cantidad considerable. Le dije que se mudara a una casa mejor y que se comprara muebles nuevos y todo lo que le hiciera falta. Desde luego, tenía mis dudas sobre si aceptaría o no. No era dinero ganado con mi trabajo ni tampoco podía hacer como si lo fuera. Como había supuesto, me devolvió el cheque roto en dos pedazos junto con una nota: «Nunca cambiarás. Ahora lo sé. Que Dios te ayude». Se la enseñé a Ellie.

—Ya ves como es mi madre. ¡Me caso con una chica rica, vivo de su dinero y la vieja me lo echa en cara!

—No te preocupes, hay muchas personas que mantienen esa opinión. Ya le pasará. Te quiere muchísimo, Mike.

—Entonces, ¿por qué siempre quiere estropearlo todo? Quiere que me amolde a su patrón. Yo soy como soy. No quiero comportarme como si fuera otra persona. No soy un niño pequeño que puede ser moldeado según el capricho de su madre. Soy un adulto. ¡Soy yo mismo!

—Tú eres como eres y te quiero. —Luego, quizá para distraerme, dijo algo un tanto inquietante—: ¿Qué opinas del nuevo mayordomo?

No había pensado en él. ¿Qué había que pensar? Sólo podía decir que lo prefería al anterior que no se molestaba en ocultar su desprecio por mi condición social.

—Está bien. ¿Por qué?

—Tengo la impresión de que es un guardia de seguridad.

—¿Un guardia de seguridad? ¿Qué quieres decir?

—Un detective. Creo que puede ser cosa del tío Andrew.

—¿Por qué iba a hacer algo así?

—Supongo que como una medida de precaución ante la posibilidad de un secuestro. En Estados Unidos es costumbre tener guardias de seguridad, sobre todo si vives en el campo.

¡Otra de las desventajas de tener dinero de la que no estaba enterado!

—¡Qué idea más descabellada!

—Oh, no lo sé. Supongo que estoy acostumbrada. Tampoco es una molestia. Ni siquiera te das cuenta.

—¿Crees que su esposa está en el ajo?

—Tiene que estarlo, aunque es muy buena cocinera. Creo que el tío Andrew, o quizá Stanford Lloyd, han considerado prudente tomar precauciones. Seguramente les pagaron a los anteriores para que se marcharan y tenían a estos dos preparados para que ocuparan sus puestos. No les habrá resultado difícil.

—¿Sin decírtelo? —No podía creerlo.

—Ni en sueños me lo hubieran dicho. Podría haber montado un escándalo. Claro que puedo estar equivocada. Lo que pasa es que tienes una sensación especial cuando te acostumbras a que la gente de esa clase te rodee continuamente.

—Pobre niña rica —afirmé.

Ellie no se molestó.

—Creo que la frase me describe bastante bien.

—No paro de aprender cosas de ti, Ellie.

Capítulo XVII

Qué cosa misteriosa es el sueño. Te vas a la cama preocupado por los gitanos, los enemigos secretos, los guardias de seguridad vigilando tu casa, las posibilidades de un secuestro y mil cosas más, y el sueño lo borra todo. Viajas muy lejos y no sabes dónde has estado, pero cuando te despiertas es un mundo completamente nuevo. No hay preocupaciones, ni temores. En cambio, cuando me desperté la mañana del 17 de septiembre, me sentía muy entusiasmado y dispuesto a todo.

«Un día maravilloso —me dije a mí mismo con convicción—, éste va a ser un gran día». Lo creía a pie juntillas. Me sentía como una de esas personas de los anuncios que te ofrecen ir a cualquier parte y hacer cualquier cosa. Repasé mis planes. Había quedado en encontrarme con el comandante Phillpot en una subasta que tendría lugar en una finca a unas quince millas del pueblo. Tenían algunos objetos muy bonitos y yo ya tenía marcados dos o tres artículos en el catálogo. Estaba muy excitado con todo aquel asunto de la subasta. Phillpot sabía mucho de muebles de época, platería y cosas por el estilo, no porque fuera un coleccionista —era un hombre dedicado por entero al deporte—, sino porque era algo natural. Poseía un conocimiento acumulado a lo largo de generaciones.

Miré el catálogo durante el desayuno. Ellie apareció vestida con su equipo de amazona. Ahora, salía a cabalgar casi todas las mañanas: a veces sola y, en otras ocasiones, con Claudia. Tenía la costumbre de desayunar como en su país, o sea un café, un vaso de zumo de naranja y poca cosa más. En cambio, yo que ahora no necesitaba ponerme límites, desayunaba como los caballeros Victorianos. Me gustaba ver muchos platos calientes en el aparador. Esa mañana desayuné riñones, salchichas y beicon. Todo estaba delicioso.

—¿Qué harás tú, Greta?

Greta dijo que había quedado con Claudia Hardcastle en la estación de Market Chadwell para ir a Londres a una venta blanca. Le pregunté qué era una venta blanca y si lo que vendían era exclusivamente de color blanco.

Greta me miró despreciativamente y me explicó que se llamaba venta blanca a la ropa para el hogar: mantas, sábanas, toallas y cosas por el estilo. Al parecer, había verdaderas gangas en una tienda de Bond Street que le había enviado un catálogo.

—Bueno, ya que Greta va a pasar el día en Londres —le dije a Ellie—, podrías coger el coche cuando vuelvas de cabalgar y reunirte con nosotros en el George de Bartington. El viejo Phillpot dice que la comida es muy buena. Me pidió que te invitara. A la una. Tienes que atravesar Market Chadwell y el desvío está a unas tres millas. Creo que hay un cartel que lo indica.

—De acuerdo, allí estaré.

La ayudé a montar y se alejó al trote entre los árboles. A Ellie le encanta montar.

Por lo general, sigue uno de los muchos senderos sinuosos que atraviesan el bosque y sale a los páramos donde puede galopar a placer hasta la hora de regresar a casa. Le dejé el coche pequeño a Ellie porque era más fácil de aparcar y yo me llevé el Chrysler. Llegué a Bartington Manor momentos antes del comienzo de la subasta. Phillpot me había reservado un asiento.

—Hay varias cosas bastante buenas —comentó—. Un par de cuadros. Un Rommey y un Reynolds. No sé si a usted le interesan.

Meneé la cabeza. Mi gusto en estos momentos estaba totalmente centrado en los pintores modernos.

—Hay varios marchantes y anticuarios entre la concurrencia —añadió el comandante—. Un par de ellos han venido de Londres. ¿Ve aquel hombre delgado de allá con los labios apretados? Es Cressington. Es bastante conocido. ¿No ha traído a su esposa?

—No. A Ellie no le entusiasman las subastas. En cualquier caso, no quería que viniera esta mañana.

—¿Oh? ¿Por qué no?

—Quiero darle a Ellie una pequeña sorpresa. ¿Se ha fijado usted en el lote cuarenta y dos?

Consultó el catálogo y después miró al otro lado de la habitación donde estaban los objetos a subastar.

—¿La mesa de *papier maché*? Si. Es una pieza muy bonita. Uno de los mejores ejemplos de trabajo en *papier maché* que he visto. La mesa también es bastante curiosa. Hay muchas parecidas, pero ésta es una de las más originales. Nunca había visto una así antes.

La mesa tenía en la tapa una incrustación que reproducía el castillo de Windsor y en los laterales dibujos de flores.

—Está en perfecto estado —comentó Phillpot. Me miró con curiosidad—. Nunca hubiera imaginado que pudieran gustarle ese tipo de trabajos, pero...

—No, no me interesan, son demasiado floreados y femeninos, pero a Ellie le encantan. Cumple años la semana que viene y quiero regalársela. Es una sorpresa. Pero no quería que ella me viera pujar. Sé que no encontraré otro regalo que le agrade más. Se llevará una auténtica sorpresa.

Comenzó la subasta. La pieza que me interesaba alcanzó un precio muy alto. Los dos anticuarios londinenses parecían estar muy interesados aunque uno de ellos tenía tanta práctica y era tan reservado que a duras penas se veían los movimientos del catálogo que el subastador vigilaba atentamente. También adquirí una silla tallada Chippendale que me pareció que quedaría bien en el vestíbulo y unas inmensas cortinas de brocado.

—Bueno, veo que ha disfrutado usted de la subasta —manifestó Phillpot,

levantándose en cuanto el subastador dio por concluidas las ventas de la mañana—. ¿Quiere volver esta tarde?

—No, en la subasta de la tarde no hay nada que me interese. No hay más que dormitorios, alfombras y cosas por el estilo.

—Tiene razón, no creo que le interese. —Miró su reloj—. Creo que será mejor que vayamos al restaurante. ¿Ellie se reunirá con nosotros en el George?

—Sí, estará allí a la una.

—¿Miss Andersen vendrá también?

—Greta está en Londres. Quería ir a algo que llaman venta blanca. Creo que miss Hardcastle la acompañaba.

—Sí, en efecto, Claudia lo mencionó el otro día. Las sábanas y todo lo que es ropa de la casa tienen unos precios increíbles. ¿Sabe cuánto cuesta una funda de almohada? Treinta y cinco chelines. Antes la compraba por seis.

—Compruebo que está muy al tanto de las compras domésticas.

—Tengo una esposa que no habla de otra cosa en todo el día. —Phillpot sonrió—. Tiene usted un aspecto eufórico, Mike. Feliz como un niño con zapatos nuevos.

—Eso es porque conseguí hacerme con la mesa de *papier maché* —afirmé—, o al menos en parte. Esta mañana me desperté feliz. Ya sabe, hoy tengo uno de esos días en los que todo se ve color de rosa.

—Vaya con cuidado —manifestó el comandante—. Mucha gente lo considera de mal agüero.

—Son los escoceses los que creen en esas historias.

—Ocurre antes del desastre, amigo mío. Más vale que controle su entusiasmo.

—No creo en esas supersticiones ridículas.

—¿Tampoco cree en las profecías gitanas?

—Hace tiempo que no vemos a nuestra gitana. Llevamos por lo menos una semana sin verla.

—Quizás esté de viaje —señaló el comandante.

Me preguntó si podía llevarle en mi coche y le contesté que por supuesto.

—No tiene sentido ir cada uno en un coche. Puede dejarme aquí en el camino de regreso. ¿Ellie también vendrá en su coche?

—Sí, vendrá en el pequeño.

—Espero que en George hoy tengan un buen menú —comentó mi acompañante —. Estoy hambriento.

—¿Compró usted alguna pieza? —le pregunté—. Estaba tan entusiasmado con lo mío que no me fijé.

—Sí, hay que estar muy concentrado cuando se participa en una subasta. Hay que fijarse mucho en lo que hacen los marchantes. No. Hice un par de ofertas, pero lo precios subieron hasta un punto que no me lo pude permitir.

Aparentemente, por lo que sabía, Phillpot era dueño de grandes extensiones de tierra, pero sus ingresos eran muy modestos. Se le podía describir como un hombre pobre a pesar de ser un gran terrateniente. Sólo si vendía parte de la tierra podía disponer de dinero en efectivo y no quería venderla. Amaba sus propiedades.

Llegamos al George. Había muchísimos coches aparcados. Probablemente, muchos de los asistentes a la subasta habían decidido comer aquí. No vi el coche de Ellie. Entramos pero Ellie no estaba. Seguramente no tardaría en aparecer porque sólo pasaban unos minutos de la una.

Fuimos a tomar una copa al bar mientras esperábamos. El restaurante estaba lleno. Eché una ojeada al comedor. Todavía nos reservaban la mesa. Había muchas personas conocidas del pueblo. Un hombre que me sonaba vagamente conocido ocupaba una mesa junto a la ventana. Estaba seguro de conocerle, pero era incapaz de recordar cuándo y dónde nos habíamos conocido. No era alguien de por aquí, porque vestía de una manera que no encajaba con estos lugares. Desde luego, yo conocía a muchísima gente y no era lógico que los recordara a todos de sopetón. No había estado presente en la subasta, aunque allí también había visto a alguien conocido a quien no había conseguido ubicar. Es difícil reconocer a una persona si no recuerdas dónde y cuándo la has conocido.

La dueña del George, vestida como siempre de seda negra, se acercó.

—¿Tardará mucho en ocupar la mesa, Mr. Rogers? Hay dos grupos que están esperando.

—Mi esposa llegará dentro de un par de minutos.

Regresé al bar. Se me ocurrió que quizás Ellie había tenido un pinchazo en la carretera.

—Será mejor que nos sentemos a comer —le dije a Phillpot— o perderemos la mesa. Esto está lleno a rebosar. Mucho me temo que Ellie no es un modelo de puntualidad.

—Ah —exclamó el comandante—, a las señoras siempre les agrada hacerse esperar, ¿no le parece? De acuerdo, Mike, si usted no tiene inconveniente vayamos a comer.

Entramos en el comedor, escogimos filete y pastel de riñones, y empezamos a comer.

—No está bien que Ellie nos deje plantados de esta manera —dije, y después comenté que posiblemente se debía al hecho de que Greta estuviera en Londres—. Ellie está muy acostumbrada a que Greta se ocupe de organizarle la agenda, le recuerde los compromisos y cosas por el estilo.

—¿Depende mucho de miss Andersen?

—En ese aspecto. Greta es indispensable.

Acabamos el filete y el pastel, y pedimos tarta de manzana con algo que parecía

crema por encima.

—Me pregunto si no se habrá olvidado completamente de que había quedado en comer con nosotros —comenté de pronto.

—Quizá deba usted llamar.

—Sí, creo que será lo mejor.

Fui al vestíbulo donde estaba el teléfono y llamé. Mrs. Carson, la cocinera, atendió la llamada.

—Ah, es usted, Mr. Rogers. No, Mrs. Rogers todavía no ha regresado.

—¿Qué quiere decir con eso de que no ha regresado?

—Así es. Todavía no ha regresado de su paseo a caballo.

—Pero si salió después de desayunar. No puede haberse pasado toda la mañana cabalgando.

—A mí no me dijo nada. La estoy esperando.

—¿Por qué no me llamó antes para informarme?

—Verá, señor, no sabía dónde localizarle. No sabía dónde había ido usted.

Le dije que estaba en el George en Bartington y le di el número de teléfono. Quedó en llamarme en cuanto Ellie llegara a casa o tuviera noticias de ella. Luego, volví al comedor. Phillpot se dio cuenta por la expresión de mi cara de que algo no iba bien.

—Exilie no ha vuelto a casa —le informé—. Salió a cabalgar esta mañana. Es algo que hace casi todos los días, pero nunca tarda más de una hora.

—No comience a preocuparse antes de tiempo, amigo mío —dijo con un tono amable—. No olvide que su casa está en un lugar bastante solitario. Quizás el caballo cojea y ha tenido que volver caminando. Recuerde que hay un buen trecho desde el páramo además de la subida a través del bosque. Es difícil encontrar a alguien para enviar recado.

—Si Ellie ha decidido cambiar de planes y acercarse a visitar a alguien o algo así, hubiera llamado aquí. Nos habría dejado un mensaje.

—Bueno, bueno, calma. Ya hemos acabado de comer. Paguemos y vamos a ver qué podemos averiguar.

En el momento en que íbamos al aparcamiento, vi que salía otro coche. Lo conducía el hombre que había visto en el comedor y entonces recordé quien era. Stanford Lloyd o alguien que se le parecía mucho. Me pregunté qué podía estar haciendo por aquí. ¿Había venido a vernos? En ese caso, era extraño que no nos hubiera anunciado la visita. En el coche, también viajaba una mujer que se parecía mucho a Claudia Hardcastle, pero no podía ser porque ella estaba en Londres con Greta, en la venta blanca. Todo aquello resultaba bastante extraño.

Mientras nos poníamos en marcha, Phillpot me miró de reojo un par de veces. Le pillé en una de sus miradas y le comenté en un tono amargo:

—De acuerdo, Ya dijo usted esta mañana que tanta euforia podía ser de mal agüero.

—No piense en eso ahora. Quizá ha sufrido una caída y se ha torcido un tobillo o algo así, aunque es muy buena amazona. La he visto montar. No creo que haya tenido un accidente.

—Los accidentes ocurren cuando menos te los esperas.

Conduje a gran velocidad y por fin llegamos a la carretera que atraviesa los páramos más allá de nuestra finca. Aminoré la velocidad y comenzamos a mirar a uno y a otro lado para ver si divisábamos a Ellie. Nos detuvimos en varias ocasiones para preguntarle a la gente que había por la zona. Un nombre que estaba recogiendo turba nos dio la primera pista.

—Vi un caballo sin jinete —dijo—. Hará cosa de unas dos horas. Lo hubiera cogido, pero se alejó al galope cuando me acerqué. Pero no vi señales del jinete.

—Será mejor que vayamos hacia la casa —manifestó Phillpot—. Seguro que ya tendrán noticias.

Llegamos a casa pero nadie sabía nada. Buscamos al mozo de cuadra y le enviamos al páramo en busca de Ellie. El comandante llamó a su casa y ordenó que uno de sus hombres saliera a colaborar en la búsqueda. Phillpot y yo subimos por el sendero que atravesaba el bosque, el favorito de Ellie para llegar al páramo.

Al principio no vimos nada de particular. Luego, mientras avanzábamos cerca del linde del bosque donde se cruzaban varios caminos, la encontramos. Vimos lo que parecía ser un montón de ropa. El caballo había vuelto y ahora se encontraba junto a aquel montón. Eché a correr. Phillpot me siguió dando muestras de una agilidad insospechada para un hombre de su edad.

Ellie estaba allí, acurrucada en el suelo, con el rostro pálido mirando al cielo.

—No puedo... no puedo... —murmuré, incapaz de mirar a mi esposa.

Phillpot se arrodilló junto al cuerpo de Ellie, para después levantarse casi en el acto.

—Mandaremos llamar al doctor Shaw. Es el más cercano, pero ya no creo que se pueda hacer nada, Mike.

—¿Quiere usted decir que está muerta?

—Sí, es inútil fingir otra cosa.

—¡Dios santo! —exclamé, al tiempo que me volvía para no ver el cuerpo de Ellie —. No puedo creerlo. No puedo creer que esté muerta.

—Tome, beba un trago.

El comandante sacó una petaca del bolsillo, le quitó el tapón y me la entregó. Bebí un buen trago.

—Gracias.

En aquel momento apareció el mozo y Phillpot lo envió a buscar al doctor Shaw.

Capítulo XVIII

Shaw no tardó en llegar con su viejo Land-Rover. Supongo que era el vehículo que utilizaba para ir a visitar las granjas aisladas los días de mal tiempo. Apenas nos saludó y se ocupó de Ellie inmediatamente; después vino a reunirse con nosotros.

—Lleva muerta unas tres o cuatro horas —manifestó—. ¿Tienen alguna idea de cómo ocurrió?

Le expliqué que Ellie había salido a cabalgar después del desayuno, como hacía habitualmente.

—¿Había tenido algún otro accidente en sus excursiones?

—No, era muy buena amazona.

—Sí, ya lo sé. La vi montar en un par de ocasiones. Me dijo una vez que montaba desde que era una niña. Me pregunto si no tuvo algún accidente previo que pudiera asustarla. Si el caballo se espantó...

—¿Por qué iba a espantarse el caballo? Es un animal muy tranquilo.

—No creo que haya sido culpa del caballo —opinó el comandante—. Es obediente y tranquilo. ¿Tiene algún hueso roto?

—Como habrán visto, sólo le he practicado un reconocimiento superficial, pero no parece haber sufrido ninguna herida física. Quizá se trate de una hemorragia interna. También podría tratarse de un shock.

—¿Alguien puede morir de un shock?

—Hay personas que han muerto de un shock, y si Ellie tenía el corazón débil...

—Los médicos en Estados Unidos dijeron que tenía el corazón débil... o algo así.

—No sé —replicó Shaw—. No me lo pareció cuando la examiné. Claro que sin un cardiógrafo.... De todas maneras, no tiene mucho sentido discutirlo ahora. Ya lo sabremos más tarde. Durante la encuesta preliminar. —Me miró pensativamente y después me palmeó el hombro—. Le recomiendo que se vaya a su casa y se acueste. Es usted quien sufre ahora un shock.

Resulta extraño cómo la gente en el campo aparece como salida de la nada. En estos momentos, ya se habían reunido tres. Un excursionista que se había desviado de la carretera principal al ver a nuestro grupo; una mujer de rostro rubicundo que había cogido el atajo para ir a una granja; y un viejo picapedrero. No dejaban de hacer comentarios.

«Pobre señora.»

«Una persona tan joven. La tiró el caballo, ¿verdad?»

«Nunca se sabe lo que pueden hacer los caballos.»

«Es Mrs. Rogers, ¿no? La señora norteamericana que vivía en The Towers.»

No fue hasta que todos los demás acabaron con los comentarios, que el picapedrero abrió la boca. Fue el único que nos dio información útil.

—Yo lo vi —manifestó, meneando la cabeza—. Yo lo vi.

El doctor Shaw se volvió hacia el viejo inmediatamente.

—¿Qué vio?

—Vi un caballo que galopaba desbocado campo a través.

—¿Vio usted caer a la señora?

—No, eso no lo vi. Ella iba cabalgando por la parte más alta del bosque cuando la vi y, después, continué con mi trabajo cortando piedras para la carretera. Fue entonces cuando oí el ruido de los cascos y, al mirar, vi al caballo pasar a todo galope. No se me ocurrió que pudiera tratarse de un accidente. Di por sentado que la señora había desmontado y que el caballo se había escapado. No venía en mi dirección, sino que galopaba en dirección opuesta.

—¿Vio a la señora caída?

—No, no veo bien de lejos. Vi al caballo porque destacaba contra el cielo.

—¿La señora cabalgaba sola? ¿Había alguien más con ella o cerca?

—No vi a nadie cerca. No, ella iba sola. Pasó cerca de mí en aquella dirección, hacia el bosque. No, no vi a nadie excepto a ella y al caballo.

—Quizá fue la gitana la que lo espantó —señaló la mujer de rostro rosado.

Me di la vuelta en el acto.

—¿Qué gitana? ¿Cuándo?

—Vaya, tuvo que ser hará unas tres o cuatro horas cuando yo pasaba por la carretera esta mañana. Vi a la gitana alrededor de las diez menos cuarto. La que vive en el pueblo. Al menos creo que era ella. No estaba lo bastante cerca como para jurar que fuera ella, pero es la única de por aquí que lleva una capa roja. Caminaba por uno de los senderos que entran en el bosque. Alguien me contó que siempre le decía cosas desagradables a la pobre señora norteamericana. La amenazaba seriamente. Le dijo que le pasaría algo muy malo si no se marchaba de este lugar.

—La gitana —murmuré amargamente para después añadir—: El Campo del Gitano. Desearía no haber conocido nunca este lugar.

LIBRO TERCERO

Capítulo XIX

Es extraordinario lo difícil que me resulta recordar todo lo que sucedió después de aquello. Me refiero al orden de los acontecimientos. Verán, hasta entonces, todo lo tenía muy claro, sólo tenía algunas dudas de por donde empezar, nada más. Pero a partir de entonces fue como si hubieran cortado mi vida en dos mitades de un hachazo. Lo que sucedió a partir de la muerte de Ellie me parece ahora algo para lo que no había estado preparado. Una confusión de personas, elementos y sucesos sobre los cuales yo ya no tenía ningún control. A mí no me ocurrían cosas, sino que las cosas pasaban a mi alrededor. Ésa al menos era la sensación que tenía.

Todo el mundo se portó muy amablemente conmigo. Eso parece ser lo que mejor recuerdo. Iba de aquí para allá con aspecto de sonámbulo y sin saber que hacer. Recuerdo que Greta estaba en su elemento. Tenía aquel extraordinario poder de las mujeres para hacerse cargo de situaciones anómalas. Se ocupó de todos aquellos asuntos, aparentemente sin importancia, que alguien tenía que resolver. Yo hubiera sido incapaz de atenderlos.

Creo que lo primero que recuerdo claramente después de que se llevaron a Ellie y yo regresé a mi casa —nuestra casa— fue cuando el doctor Shaw vino a hablar conmigo. No sé cuanto tiempo había pasado. Se mostró tranquilo, bondadoso, razonable. Me explicó las cosas con toda claridad y muy amablemente.

Preparativos. Recuerdo que utilizó la palabra preparativos. ¡Qué palabra más odiosa y todo lo que significa! Las cosas en la vida que tiene grandes palabras: amor, sexo, vida, muerte, odio, no son las que gobiernan nuestra existencia. Son las otras, más degradantes y miserables. Las cosas que tienes que soportar, las cosas en las que nunca piensas hasta que te suceden. Empleados de pompas fúnebres, organizar los funerales, las actuaciones judiciales. Los sirvientes recorrieron las habitaciones y cerraron las persianas. ¿Había que cerrar las persianas porque Ellie estaba muerta? ¡Vaya estupidez!

Por eso recuerdo que sentí tanta gratitud hacia el doctor Shaw. Se ocupó de todo con mucha amabilidad y consideración. Me explicó por qué algunas cosas, como una encuesta preliminar, eran necesarias. Recuerdo que me hablaba muy lentamente para asegurarse de que entendiera todo lo que me decía.

No sabía cómo era una encuesta preliminar. Nunca había estado en una. Me pareció algo bastante irreal, propio de aficionados. El coroner era un hombre pequeño y nervioso que utilizaba unas gafas que se enganchaban en la nariz. Fui uno de los testigos. Me pidieron que presentara pruebas de la identificación, que describiera la última vez que había visto a Ellie durante el desayuno y de la cita para comer con el

comandante Phillpot después de la subasta. Declaré que ella parecía la misma de siempre, rebosante de salud.

La declaración del doctor Shaw fue mucho más discreta y menos concluyente. No había encontrado heridas graves: un hombro dislocado y los golpes normales que se producen cuando alguien se cae de un caballo.

Nada de verdadera importancia y todas producidas en el momento de la muerte. Al parecer, no la había movido de la posición original. Suponía que la muerte había sido prácticamente instantánea. No había ninguna herida interna específica capaz de producirle la muerte y no se le ocurría ninguna explicación, excepto que había fallecido debido a una parada cardiaca. Hasta donde pude entender del lenguaje médico, Ellie había muerto sencillamente como resultado de la ausencia de respiración, de una asfixia de algún tipo. Los órganos eran sanos y el contenido del estómago era normal.

Greta, que fue otro de los testigos, insistió un poco más que la vez que se lo mencionó al doctor Shaw, en las leves afecciones cardíacas que había tenido Ellie tres o cuatro años atrás. Nunca había oído mencionar nada específico, pero los parientes de Ellie habían hablado en ocasiones de que su corazón era débil y que no debía hacer demasiados esfuerzos. Pero recalcó que no había oído nada.

Después le tocó el turno a las personas que habían visto o habían estado en la vecindad a la hora que ocurrió el accidente. El primero fue el viejo que cortaba turba. Había visto pasar a la señora a unas cincuenta yardas más o menos. Sabía quien era aunque nunca había hablado con ella. Era la señora de la casa nueva.

—¿La conocía de vista?

—No la había visto antes, pero conocía al caballo, señor. Tiene una pata blanca. Había pertenecido a Mr. Carey de Shettlegroom. Por lo que sé era un caballo muy bueno y tranquilo, la montura ideal para una señora.

—¿Vio si la señora tenía algún problema con el caballo? ¿El animal estaba nervioso?

—No, se le veía la mar de tranquilo. Hacía una mañana muy bonita.

No había mucha gente por los alrededores, añadió, al menos él no había visto mucha. Aquel camino a través del páramo no se usaba mucho, excepto como un atajo para ir a alguna de las granjas. Había otro camino una milla más adelante. Había visto pasar a dos hombres: uno a pie y otro en bicicleta, pero no los había reconocido porque estaban demasiado lejos y, además, tampoco le parecía importante saber quiénes eran. Más temprano, antes de ver pasar a la señora, había visto a la vieja Mrs. Lee, o por lo menos a alguien que se le parecía mucho. La gitana se había acercado por el camino, para después cambiar de rumbo y meterse en el bosque. Era una visitante asidua del páramo y del bosque.

El coroner quiso saber por qué Mrs. Lee no se encontraba presente en la sala. Se

le había enviado una citación para que asistiera. Sin embargo, le informaron que Mrs. Lee se había marchado del pueblo unos días antes. Nadie sabía la fecha exacta. No había dejado ninguna dirección. No acostumbraba a hacerlo. A menudo iba y venía sin darle explicaciones a nadie, por lo tanto no había ningún misterio. De hecho, uno o dos de los asistentes comentaron que si no recordaban mal, la vieja se había marchado del pueblo antes del día del accidente. El coroner volvió a interrogar al viejo.

—Sin embargo, ¿cree usted que la mujer que vio era Mrs. Lee?

—No lo sé, no lo puedo asegurar. Era una mujer alta, y con una capa roja, como la que Mrs. Lee lleva en ocasiones. Pero no me fijé mucho, estaba muy ocupado con lo que estaba haciendo. Quizás era ella, o tal vez otra persona. ¿Quién lo puede decir?

Del resto de detalles, repitió prácticamente lo que nos había dicho en el primer momento: que había visto pasar a la señora y que la había visto en otras ocasiones. No había prestado mucha atención. Más tarde había visto pasar al caballo sin jinete. Pensó que algo le había espantado. Tampoco tenía muy clara la hora, quizá fueran las once, tal vez más temprano. Había vuelto a ver pasar el caballo, pero mucho más tarde. Parecía ir hacia el bosque.

Entonces, el coroner me volvió a llamar y me hizo unas cuantas preguntas sobre Mrs. Lee, Mrs. Esther Lee de Vine Cottage.

—¿Usted y su esposa conocían a Mrs. Lee de vista?

—Sí, bastante bien.

—¿Hablaron con ella?

—Sí, en varias ocasiones. Mejor dicho, ella habló con nosotros.

—¿En alguna ocasión le amenazó a usted o a su esposa?

Pensé durante unos momentos.

—En cierto sentido se podría decir que sí —respondí con voz pausada—, pero nunca creí...

—¿Nunca creyó qué?

—En sus amenazas.

—¿Le dio la impresión de que tuviera un rencor especial hacia su esposa?

—Ellie me lo comentó en una ocasión. Me dijo que tenía la impresión de que le profesaba cierto rencor y no entendía la razón.

—¿Usted o su esposa la expulsaron alguna vez de la finca, la amenazaron o la maltrataron en algún sentido?

—Todas las agresiones fueron de su parte.

—¿Alguna vez le dio la impresión de estar un tanto desequilibrada?

—Sí, admito que sí. Creo que ella está convencida de que la tierra donde edificamos nuestra casa es suya, o que pertenece a su tribu o como se diga. Parece tener una obsesión —manifesté lentamente—, y cada vez ha ido a peor.

—Comprendo. ¿Alguna vez amenazó a su esposa hasta el punto de llegar a la violencia física?

—No, no creo que sea justo decirlo. Creo más bien que todo era el típico juego de las amenazas gitanas. «Tendrá mala suerte si se queda aquí», «La maldición caerá sobre usted si no se marcha», y cosas por el estilo.

—¿Mencionó la palabra muerte?

—Sí, creo que sí. Tampoco le hicimos mucho caso. Al menos —corregí—, yo no se lo hice.

—¿Cree que su mujer sí?

—Mucho me temo que sí. La vieja podía ser impresionante, pero no creo que se la pueda considerar responsable de las cosas que hace o dice.

El procedimiento acabó cuando el coroner anunció que la encuesta se suspendía hasta dentro de dos semanas. Todo señalaba una muerte por accidente, aunque no había pruebas para determinar cómo se había producido. El coroner esperaba que la comparecencia de Mrs. Esther Lee arrojara algo de luz sobre la cuestión.

Capítulo XX

Al día siguiente de la encuesta preliminar fui a ver al comandante Phillpot y le manifesté de sopetón que quería saber su opinión. Alguien, a quien el viejo que cortaba turba había confundido con Mrs. Esther Lee, había sido visto caminando colina arriba hacia el bosque.

—Usted conoce a esa mujer —dije—. ¿La cree capaz de causar un accidente malintencionado?

—La verdad es que no, Mike —replicó—. Para hacer algo así hace falta tener un motivo muy poderoso. El deseo de venganza por un daño personal que te hayan hecho. Algo así. ¿Qué le había hecho Ellie? Nada.

—Sé que parece una locura, pero ¿por qué aparecía constantemente de aquella manera extraña para amenazar a Ellie y decirle que debía marcharse? Parecía tener una cuenta pendiente con ella. Pero ¿qué podía tener en su contra? No conocía a Ellie ni la había visto antes. ¿Qué era Ellie para ella excepto una norteamericana totalmente desconocida? No hay ninguna historia anterior, ningún vínculo entre ellas.

—Lo sé, lo sé —asintió Phillpot—. De todas maneras, Mike, no consigo desechar la sensación de que aquí hay algo que no comprendemos. No sé cuánto tiempo estuvo su esposa en Inglaterra antes de casarse con usted. ¿Sabe si vivió por aquí durante una temporada?

—No, estoy seguro de que nunca vivió por aquí. Todo es tan difícil. En realidad, no sé nada de Ellie. Quiero decir, las personas que conocía, los lugares donde había estado. Nosotros sencillamente nos encontramos. —Hice una pausa y le miré—. Usted no sabe como nos conocimos, ¿verdad? No. Supongo que no lo adivinaría ni en cien años. —De pronto, a pesar de mí mismo, me eché a reír. Luego conseguí controlarme. Era consciente de que me rondaba la histeria.

Vi por la expresión de su rostro que esperaba pacientemente a que volviera a ser yo mismo. Era un hombre comprensivo y se lo agradecí.

—Nos conocimos aquí, en el Campo del Gitano. Había visto el anuncio de la subasta de la finca y subí por la carretera hasta aquí arriba porque me dominaba la curiosidad. Fue entonces cuando la vi por primera vez. Ellie estaba junto a un árbol. Se sobresaltó al verme aparecer, o quizá fue ella la que me sorprendió a mí. Bueno, la cuestión es que así comenzó todo. Por eso vinimos a vivir a este lugar desafortunado y maldito.

—¿Es ésa la sensación que tuvo desde el principio? ¿Que sería un lugar así, tal como lo describe?

—No. Sí. Bueno, quiero decir que no lo sé de verdad. Nunca he querido admitirlo, pero creo que ella lo sabía y por eso siempre tuvo miedo. —Después añadí con voz pausada—: Creo que alguien pretendía asustarla con toda intención.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó el comandante con un tono vivaz—. ¿Quién quería asustarla?

—Probablemente la gitana. Pero tampoco me convence del todo. Mrs. Lee la acechaba y, en cuanto la veía aparecer, comenzaba con la cantinela de que este lugar le traería mala suerte. Que debía marcharse.

—Lamento que no me informara antes de todos esos incidentes —protestó el comandante con un tono airado—. Si yo hubiera hablado con la vieja Esther, le hubiera dicho que no podía ir por ahí con amenazas.

—¿Por qué lo haría? ¿Qué la impulsó?

—Lo mismo que muchas otras personas —respondió Phillpot—, le gusta darse importancia, ya sea advirtiendo a la gente o leyéndoles la buenaventura y profetizar que vivirán siempre felices. Le gusta aparentar que conoce el futuro.

—¿Ha considerado usted la posibilidad de que alguien le diera dinero? Me han dicho que le gusta mucho el dinero.

—Sí, siempre le ha gustado mucho el dinero. ¿De dónde ha sacado usted la idea de que alguien pudo pagarle?

—Me lo dijo el sargento Keene. A mí no se me hubiera ocurrido nunca pensar algo así.

—Comprendo. —Phillpot meneó la cabeza en un gesto de duda—. Me resulta difícil creer que ella intentara deliberadamente asustar a su esposa hasta el punto de provocar un accidente.

—Quizá no contó con la posibilidad de que se produjera un accidente mortal. Tal vez hizo algo que espantó al caballo. Tirar un buscapiés, agitar una hoja de papel blanco o algo así. Algunas veces he pensado que ella tenía un resentimiento personal contra Ellie, un odio motivado por alguna razón que ignoro.

—Eso parece bastante rebuscado.

—¿Este lugar nunca fue suyo? Me refiero a la tierra.

—No, no dudo de que a los gitanos los expulsaron de esta propiedad en más de una ocasión. A los gitanos los echan continuamente de todas partes, pero no creo que ellos lo consideren como algo que exija venganza.

—Sí, tiene razón. Es demasiado rebuscado. Pero me pregunto si no habrá algo que no sabemos. Si le pagaron...

—¿Una razón que no sabemos? ¿Cuál podría ser?

—Probablemente todo lo que diga le parecerá fantástico. Digamos, como sugirió Keene, que alguien le pagó para hacer las cosas que hizo. ¿Qué pretendía esa persona desconocida? Supongamos que querían vernos marchar de aquí. Se centraron en Ellie porque sabían que yo no me asustaría tan fácilmente. La asustaron para que decidiera marcharse y así conseguir que me marchara yo también. Si es así, tiene que existir algún motivo por el que desean que la finca vuelva a ser puesta a la venta. Digamos

que alguien quiere nuestra tierra.

—Es una suposición lógica —admitió el comandante—, pero no se me ocurre ninguna razón para que alguien esté interesado.

—Quizás algún yacimiento mineral importante del que nadie esté enterado —señalé.

—Lo dudo.

—Tal vez un tesoro enterrado. Sé que parece absurdo. ¿Por qué no el botín del atraco a un banco?

Phillpot continuaba meneando la cabeza, pero no con tanta vehemencia.

—La otra posibilidad que nos queda es volver un paso más atrás como el que usted acaba de dar. Ir más allá de Mrs. Lee para encontrar a la persona que le pagó. Tal vez demos con algún enemigo desconocido de Ellie.

—¿No se le ocurre quién podría ser?

—No. Mi esposa no conocía a nadie por estos lugares. Estoy seguro. No tenía ningún vínculo con este pueblo. —Me levanté—. Gracias por escucharme.

—Lamento no haber sido más útil.

Salí de la habitación, tocando con los dedos el objeto que llevaba en el bolsillo. Luego, tomé una decisión súbita. Di media vuelta y entré otra vez.

—Hay algo que quiero mostrarle. En realidad, ahora me disponía a ir a ver al sargento Keene para pedirle su opinión al respecto.

Metí la mano en el bolsillo y saqué una piedra envuelta en una hoja de papel arrugado donde estaban escritas unas letras.

—Esto lo arrojaron contra la ventana del comedor esta mañana. Oí el ruido de cristales rotos cuando bajaba a desayunar. Ya tiraron una piedra contra los cristales de la sala el primer día que vinimos a vivir aquí. No sé si será obra de la misma persona o no.

Desenvolví la piedra y le alcancé la hoja de papel ordinario. Alguien había escrito unas letras con una tinta aguada. Phillpot se puso las gafas y se inclinó sobre el papel. El mensaje era muy breve. Sólo decía: «Una mujer mató a su esposa.»

El comandante enarcó las cejas.

—Asombroso —comentó—. ¿El primer mensaje lo habían escrito en letra de imprenta?

—No lo recuerdo. Sólo era una advertencia para que nos fuéramos de aquí. Ni siquiera tengo presentes las palabras. En cualquier caso, parecía muy probable que fuera cosa de los gamberros de la zona. Éste no parece del mismo estilo.

—¿Cree que lo pudo tirar alguien que sabe alguna cosa de la muerte de Ellie?

—Yo diría que es un acto de pura malicia realizado por alguien que se esconde en el anonimato. Ya sabe usted que esto es algo bastante frecuente en los pueblos.

Me devolvió el mensaje.

—Creo que su idea de llevárselo al sargento Keene es la más adecuada. Él sabe mucho más que yo sobre los procedimientos a seguir en estos casos.

Encontré al sargento Keene en la comisaría. Se mostró muy interesado cuando le enseñé el anónimo.

—Aquí están pasando cosas muy raras —comentó.

—¿A qué se refiere?

—Es difícil explicarlo. Quizá sólo se trata de cobrarse una venganza acusando a una persona determinada.

—¿Cree usted que el autor pretende incriminar a Mrs. Lee?

—No, yo no diría tanto. Podría ser, y prefiero pensar que es así, que alguien oyó o vio alguna cosa. Quizás oyó un ruido o un grito o vio pasar al caballo espantado, y después vieron o se encontraron con una mujer en las cercanías. Pero cabe la posibilidad de que se trate de otra mujer y no de la gitana, porque todo el mundo ya da por hecho que la gitana está implicada en este asunto. Así que lo más lógico es suponer que se trata de una mujer de la que nada sabemos.

—¿Qué hay de la gitana? ¿Han tenido noticias de ella? ¿La han encontrado?

El sargento meneó la cabeza lentamente.

—Conocemos algunos de los lugares donde va cuando se marcha del pueblo. East Anglia, por aquel lado. Tiene amigos entre las familias gitanas que viven allí. Sin embargo, nos han informado que no está, aunque tampoco se les puede hacer mucho caso porque si estuviera tampoco lo dirían. No sueltan prenda. Es bastante conocida de vista por aquella zona, pero nadie la ha visto. En cualquier caso, no creo que se haya ido a East Anglia.

Me pareció notar algo peculiar en la manera que lo dijo.

—Me parece que no le entiendo.

—Considérelo de esta manera: está asustada. Tiene buenas razones para estarlo. Ha estado amenazando a su esposa, la ha asustado, y ahora se supone que es la presunta causante del accidente que mató a su esposa. La policía la busca. Ella lo sabe, así que hará lo imposible para que no la encontremos. Intentará poner el máximo de distancia entre ella y nosotros. Pero tampoco querrá que la vean. Tendrá miedo a utilizar el transporte público.

—Así y todo, la encontrarán, ¿no? Es una mujer que no pasa desapercibida.

—Sí, desde luego, la encontraremos, aunque estas cosas llevan un poco de tiempo. Suponiendo, claro está, que ésa fuera la manera en que ocurrió.

—¿Cree usted que puede haber otra explicación?

—Verá, hay algo que me ronda por la cabeza. ¿Y si alguien le hubiera pagado para que dijera las cosas que dijo?

—Entonces, razón de más para querer alejarse del pueblo —señalé.

—De acuerdo, pero alguien más estaría ansioso por verla marchar. Tiene que

pensar en eso, Mr. Rogers.

—¿Habla usted de la persona que le pagó? —manifesté lentamente.

—Sí.

—Supongamos que fuera una mujer quien le diera dinero por su colaboración.

—Supongamos también —añadió el sargento—, que alguien más llegó a esa conclusión y comenzó a enviar mensajes anónimos. La mujer estaría asustada. Quizá no pensaba que ocurriera esto. Por mucho que quisiera que la gitana espantara a Mrs. Rogers, tal vez no tenía la menor intención de que muriera.

—Efectivamente, no creo que nadie pensara en su muerte. Sólo pretendían atemorizarnos para que nos largásemos.

—¿Ahora quién es la que tiene miedo? La mujer que provocó el accidente: Mrs. Esther Lee. ¿Qué puede hacer para que no la culpen? Confesar, ¿no? Decir que no fue cosa suya. Admitir incluso que le pagaron dinero para hacerlo. Mencionará un nombre. Dirá quién le pagó por hacerlo. Le aseguro que a esa persona no le gustará que eso suceda, ¿no le parece, Mr. Rogers?

—¿Quiere usted decir la mujer desconocida a quien supuestamente atribuimos la acción aunque no sepamos si existe esa persona?

—Hombre o mujer, alguien le pagó. Sin duda, ese alguien estará interesado en silenciarla lo antes posible. ¿No cree que puedo estar en lo cierto, Mr. Rogers?

—¿Cree usted que está muerta?

—Es una posibilidad —manifestó el sargento. Después cambió bruscamente de tema—. ¿Recuerda usted aquel templete que tiene en la parte alta del bosque?

—Sí, ¿qué pasa con el templete? Mi esposa y yo lo mandamos reparar. Íbamos allí de vez en cuando, pero no en las últimas semanas. ¿Por qué?

—Hemos estado recorriendo aquella zona. Miramos en el templete. No estaba cerrado.

—No, nunca nos preocupamos de cerrarlo. No hay nada de valor. Sólo unos cuantos muebles.

—Se nos ocurrió que la vieja Mrs. Lee lo pudiera haber utilizado, pero no encontramos ningún rastro. Sin embargo, encontramos esto. Pensaba mostrárselo de todas maneras. —Abrió un cajón del escritorio y sacó un pequeño encendedor chapado en oro. Era un encendedor de mujer y llevaba una inicial en diamantes. La letra C—. No será de su esposa, ¿verdad?

—Si lleva la inicial C no es de Ellie, por supuesto. Tampoco es de miss Andersen. Se llama Greta.

—Estaba allí donde se le cayó a alguien. Es elegante y debe costar un dineral.

—«C» —repetí la inicial pensativo—, No consigo recordar a nadie que haya estado con nosotros cuya inicial sea la C, excepto Cora —manifesté—. Es la madrastra de mi esposa. Mrs. van Stuyvesant, pero la verdad es que soy incapaz de

imaginármela subiendo hasta el templete por aquel sendero cubierto de matorrales. En cualquier caso, no ha estado con nosotros mucho tiempo. No creo que llegara a un mes y, que yo recuerde, nunca la vi utilizar ese encendedor. Aunque es probable que no me hubiera fijado. Quizá miss Andersen lo sabe.

—Bueno, lléveselo para que ella lo vea.

—Lo haré, pero en ese caso, si es de Cora, me parece extraño que no lo viéramos cuando estuvimos en el templete las últimas veces. Allí no hay muchas cosas. Y dice que el encendedor estaba en el suelo, ¿no?

—Sí, cerca del diván. Claro que cualquiera pudo entrar en el templete. Es un lugar muy cómodo para que una pareja de enamorados lo emplee para sus citas. Me refiero a los chicas y chicos de por aquí. Pero dudo de que ninguno de ellos se pueda permitir el lujo de tener un encendedor tan caro.

—También está miss Claudia Hardcastle —señalé—, pero no sé si ella usaría algo así. Además, ¿para qué iba a ir al templete?

—Era bastante amiga de su esposa, ¿no es así?

—Sí, creo que era la mejor amiga que Ellie tenía por aquí. Sin duda sabía que no nos importaría si quería utilizar el templete en alguna ocasión.

—Ah —exclamó el sargento Keene.

Le miré con una expresión dura.

—No creerá usted que Claudia fuera enemiga de Ellie, ¿verdad? Sería algo absurdo.

—No hay ninguna razón aparente para una supuesta enemistad, pero nunca se sabe cuando se trata de mujeres.

—Supongo... —comencé, y después me detuve porque lo que iba a decir parecería un poco extraño.

—¿Sí, Mr. Rogers?

—Creo que Claudia Hardcastle estuvo casada con un norteamericano, alguien llamado Lloyd. Es curioso porque el nombre del principal administrador de los bienes de mi esposa en Estados Unidos en Stanford Lloyd. Seguramente hay centenares de Lloyd y, de todas maneras, sería mucha coincidencia que se tratara de la misma persona. Por otro lado, ¿qué tendría que ver él con todo esto?

—No parece muy probable que esté relacionado. Sin embargo... —El sargento no acabó la frase.

—Lo curioso de todo este asunto es que me pareció ver a Stanford Lloyd por aquí el día del accidente. Estaba comiendo en el George en Bartington.

—¿No vino a verle a usted?

Meneé la cabeza.

—Estaba en compañía de alguien que se parecía a miss Hardcastle. Seguramente estoy confundido. Supongo que ya sabrá que fue su hermano quien construyó nuestra

casa.

—¿Miss Hardcastle estaba interesada en la casa?

—No. No creo que le agraden las ideas arquitectónicas de su hermano. —Me levanté—. Bueno, no quiero robarle más tiempo. Por favor, le ruego que intente dar con el paradero de la gitana.

—No hemos dejado de buscarla, se lo aseguro. El coroner también está ansioso por interrogarla.

Me despedí del sargento y salí de la comisaría.

De aquella manera extraña en que a menudo te encuentras de sopetón con alguien que acabas de mencionar, Claudia Hardcastle salió de la estafeta de correos cuando yo pasaba por delante. Ambos nos detuvimos. Ella me dijo con el leve embarazo que sientes cuando te encuentras con alguien que acaba de sufrir la pérdida de un ser querido:

—Mike, siento muchísimo lo de Ellie. No diré nada más. Es horrible cuando la gente te dice cosas, pero ya está, tenía que decírtelo.

—Lo sé. Siempre fuiste muy amable con Ellie. Hiciste que se sintiera a gusto en este lugar. Te estoy muy agradecido.

—Hay una cosa que quería preguntarte y pensé que quizá sería mejor hacerlo ahora antes de que marches a Estados Unidos. Me han comentado que te vas dentro de unos días.

—En cuanto pueda. Tendré que ocuparme de una multitud de asuntos.

—Verás, se trata de que tal vez quieras poner la casa en venta, y me pareció que quizá decidas encargar a algún agente inmobiliario que se ocupe de la operación antes de marcharte. En ese caso, me gustaría tener la oportunidad de hacer la primera oferta.

La miré desconcertado. La verdad es que me había sorprendido. Era lo último que hubiera esperado de su parte.

—¿Quieres decir que estarías dispuesta a comprarla? Creía que no te interesaba la arquitectura moderna.

—Mi hermano Rudolph me dijo que era la mejor cosa que había hecho. Yo diría que no se equivoca. Supongo que pedirás una suma elevadísima, pero puedo pagarla. Sí, me gustaría tenerla.

Admito que me pareció muy extraño. Nunca había demostrado el menor aprecio por nuestra casa en ninguna de las ocasiones en que había venido a visitarnos. Me pregunté, como otras veces anteriores, cómo habían sido las relaciones con su hermanastro. ¿Le tenía afecto? Algunas veces me había parecido que le caía mal, incluso que le odiaba. Desde luego, cuando hablaba de Santonix lo hacía de una manera muy extraña. Pero era evidente que, de una manera u otra, él significaba algo para Claudia. Significaba algo importante. Meneé la cabeza lentamente.

—Al parecer —dije—, crees que quiero vender la casa y marcharme porque Ellie está muerta. En realidad, *no* es así. Fuimos muy felices en nuestra casa y es el lugar donde su memoria siempre estará viva. ¡Nunca venderé el Campo de Gitano! Puedes estar bien segura.

Cruzamos una mirada. Por un momento, fue un duelo de voluntades. Luego, ella se dio por vencida.

Me armé de valor y decidí preguntárselo:

—No es asunto mío, ¿pero estuviste casada con Stanford Lloyd?

Permaneció en silencio durante unos segundos, mirándome fijamente.

—Sí —respondió escuetamente y se marchó.

Capítulo XXI

Confusión. Eso es todo lo que recuerdo cuando hago memoria: las preguntas de los reporteros, las llamadas para solicitar una entrevista, las montañas de cartas y telegramas, y Greta ocupándose de todo.

La primera cosa sorprendente fue que la familia de Ellie no se encontraba en Estados Unidos como suponíamos. Fue toda una sorpresa descubrir que la mayoría de ellos estaban en Inglaterra. Hasta cierto punto era comprensible en el caso de Cora van Stuyvesant. Era una mujer que no paraba, siempre de aquí para allá recorriendo Europa, de Italia a París, a Londres, y otra vez de vuelta a Estados Unidos, a Palm Beach, al rancho en el Oeste; aquí, allá y en todas partes. El día que murió Ellie, su madrastra se encontraba a no más de cincuenta millas empeñada en su capricho de tener una casa en Inglaterra. Había estado dos o tres días en Londres para visitar nuevas agencias inmobiliarias y ver qué podían ofrecerle; el día de autos había visitado media docena de residencias campestres.

En cuanto a Stanford Lloyd, había viajado en el mismo avión al parecer para asistir a una reunión de negocios. Todas estas personas se habían enterado del fallecimiento de Ellie, no por los telegramas que enviamos a Estados Unidos, sino por las noticias publicadas en los periódicos.

Se planteó una agria discusión por el tema de dónde enterraríamos a Ellie. Yo había dado por hecho que lo más natural era enterrarla aquí, donde había muerto. En el lugar donde habíamos vivido juntos.

Pero la familia de Ellie se opuso rotundamente. Querían llevarse el cuerpo a Estados Unidos para enterrarla junto a sus familiares: su abuelo, su padre, su madre y sus tíos. Supongo, si uno lo piensa bien, que eso también tenía su lógica.

Andrew Lippincott vino para hablar conmigo al respecto y me planteó el tema de un modo muy razonable.

—¿Ellie no dejó instrucciones sobre el lugar donde deseaba que la enterraran? —me preguntó.

—¿Por qué iba a hacerlo? —respondí enfadado—. ¿Qué edad tenía? ¿Veintiuno? Nadie a los veintiún años piensa que va a morir. No te pones a pensar en donde quieres que te entierren. Si hubiéramos pensado en eso, lo más lógico hubiera sido suponer que nos enterrarían juntos aunque no falleciéramos al mismo tiempo. Pero, ¿quién piensa en la muerte cuando tienes veinte años?

—Una observación muy sensata —afirmó Lippincott—. Mucho me temo que tendrás que viajar a Estados Unidos. Hay una gran cantidad de asuntos financieros y empresariales de los que tendrás que ocuparte personalmente.

—¿A qué asuntos se refiere? ¿Qué tengo que ver yo con asuntos financieros y empresariales?

—Tiene mucho que ver. ¿Acaso no te has dado cuenta de que eres tú, Mike, el principal beneficiario del testamento?

—¿Quiere usted decir que soy el familiar más próximo a Ellie o algo así?

—No, por disposición testamentaria.

—Ni siquiera sabía que hubiera redactado un testamento.

—Por supuesto que sí. Ellie era una joven que entendía de negocios. Tenía que saber. Siempre vivió en ese ambiente. Hizo un testamento cuando cumplió la mayoría de edad y otro cuando se casó. Estaba depositado en el despacho de su abogado en Londres y a mí me enviaron una copia. —Vaciló un momento antes de añadir—: Si viajas a Estados Unidos, cosa que te recomiendo, creo que debes colocar tus asuntos en manos de un abogado de confianza.

—¿Por qué?

—Porque al tratarse de una fortuna inmensa, propiedades, inversiones y participaciones en una multitud de empresas, necesitarás que te asesoren bien.

—La verdad es que no estoy capacitado para ocuparme de esa clase de asuntos —admití.

—Lo comprendo muy bien.

—¿No podría dejarlo todo en sus manos?

—Podrías hacerlo.

—Bueno, entonces ya está decidido.

—De todas maneras, creo que debes tener una representación independiente. Yo ya actúo en nombre de algunos de los miembros de la familia y podría plantearse un conflicto de intereses. Si dejas el tema en mis manos, me ocuparé de que tus intereses estén representados por un abogado de primera.

—Muchas gracias, es usted muy amable.

—Si me permites una pequeña indiscreción... —Parecía un tanto incómodo y a mí me encantaba la idea de que Lippincott pudiera ser indiscreto.

—¿Sí?

—Te recomiendo que tengas mucho cuidado con cualquier cosa que firmes. Me refiero a documentos comerciales. Antes de firmar nada, léelos a fondo y asegúrate de que los entiendes.

—¿El tipo de documento al que usted se refiere significaría algo para mí si lo leyera?

—Si no lo entiendes, entonces entrégaselo a tu asesor legal para que te lo explique.

—¿Está usted previniéndome contra alguien o algo? —pregunté dominado por un súbito interés.

—Esa es una pregunta a la que no puedo contestar —replicó Lippincott—. Sólo puedo decirte que, cuando hay sumas de dinero tan importantes de por medio, es

prudente no confiar en nadie.

O sea que me estaba previniendo contra alguien, pero no estaba dispuesto a facilitarme ningún nombre. Estaba claro. ¿Se trataría de Cora? ¿Acaso tenía fundadas sospechas de Stanford Lloyd, el cordial banquero, siempre tan despreocupado y alegre, que había venido recientemente en «viaje de negocios»? Tal vez se refería a la posibilidad de que el tío Frank me abordara con algunos documentos con aspecto de legítimos. De pronto, tuve la sensación de ser un pobre incauto que se encuentra nadando en aguas infestadas de cocodrilos que le dedican falsas sonrisas de amistad.

—El mundo es un lugar malvado —comentó el viejo abogado.

Quizá se trataba de una pregunta estúpida, pero me resultó imposible contenerme.

—¿La muerte de Ellie beneficia a alguien?

Me miró con una mirada de halcón.

—Es una pregunta realmente curiosa. ¿Por qué me lo pregunta?

—No lo sé, se me acaba de ocurrir.

—Le beneficia a usted.

—Desde luego. Eso ya lo sabía. Lo que quiero decir es si beneficia a alguien más.

Lippincott permaneció en silencio durante un rato que a mí se me hizo muy largo.

—Si te refieres a que el testamento de Fenella beneficia a otras personas con algunos legados, la respuesta es afirmativa. Algunos viejos criados, una gobernanta, un par de entidades benéficas, pero nada más allá de lo normal y correcto en estos casos. Hay un legado para miss Andersen, pero tampoco es una cantidad importante porque, como ya sabes, Ellie le entregó en vida una suma considerable.

Asentí. Ellie me lo había comentado.

—Tú eras su marido y no tenía otros parientes cercanos, pero interpreto que tu pregunta no se refería específicamente a ese punto.

—No sé exactamente a que quiero referirme. Pero, de una manera u otra, usted ha conseguido, Mr. Lippincott, despertar mis sospechas. No sé de quién o de qué he de sospechar. Sólo sospecho. Tenga presente que no entiendo nada de negocios.

—No, eso es bastante evidente. Permíteme que te diga que, aunque no haya un motivo preciso, ninguna sospecha fundada de ningún tipo, cuando muere alguien, se acostumbra a realizar una auditoría de sus asuntos económicos. Esto se puede hacer rápidamente o bien se puede alargar durante muchos años.

—Lo que quiere usted decir es que alguno de los administradores puede intentar tapar cualquier ilegalidad. Pretenderá que firme algún documento que los exonere de responsabilidades o algo por el estilo.

—Si los asuntos de Fenella no estaban, digamos, tan saneados como deberían estar, es posible que su muerte prematura resultara muy conveniente para alguien, no mencionaremos nombres, que podría cubrir sus faltas si trata con una persona poco experta como es su caso. Pero no puedo añadir nada más sobre este tema. No estoy en

posición de hacerlo.

En la pequeña iglesia del pueblo se celebró un sencillo funeral. De haber estado en mi mano no hubiera asistido. Detestaba a todas aquellas personas apiñadas delante del templo que me miraban llenos de curiosidad. Greta me ayudó a pasar el mal trago. No creo que hasta ese momento me hubiera dado cuenta de su fuerte personalidad. Ella se encargó de los arreglos, se ocupó de las flores, lo hizo todo. Comprendí por qué Ellie había dependido tanto de Greta. No hay muchas Gretas en el mundo.

Los asistentes al funeral eran en su mayoría nuestros vecinos, algunos de los cuales apenas si conocíamos. Sin embargo, me fijé en un rostro que había visto antes, pero que no conseguía ubicar. Cuando regresé a casa, Carson me dijo que un caballero quería verme.

—Hoy no quiero ver a nadie. Dígale que se marche. ¡No tendría que haberle dejado entrar!

—Perdone, señor. Dijo que era un pariente.

—¿Un pariente?

De pronto recordé al hombre que había visto en la iglesia. Carson me entregó una tarjeta.

Leí un nombre que me era totalmente desconocido: William R. Pardoe. Meneé la cabeza. Luego le di la tarjeta a Greta.

—¿Por casualidad sabes tú quién es? Su rostro me parece conocido, pero no consigo recordar dónde lo he visto antes. Quizá sea uno de los amigos de Ellie.

Greta aceptó la tarjeta y la leyó.

—Por supuesto —dijo.

—¿Sabes quién es?

—El tío Reuben. El primo de Ellie. Sin duda te lo mencionó en algún momento.

Entonces recordé por qué el rostro me era conocido. Ellie tenía varias fotos de sus familiares en el salón. Aquí tenía la explicación. Había visto su rostro en una de las fotos.

—Voy a verle.

Salí de la habitación para dirigirme a la sala. Pardoe se levantó en cuanto me vio entrar.

—¿Michael Rogers? Quizá no conozca usted mi nombre, pero su esposa era mi prima. Siempre me llamaba tío Reuben, pero usted y yo no nos conocemos. Ésta es la primera vez que vengo a Inglaterra desde que ustedes se casaron.

—Por supuesto que sé quién es usted.

No sé muy bien cómo describir a Reuben Pardoe. Era un hombre alto y robusto, con un rostro grande y una expresión un tanto ausente, como si estuviera pensando en otra cosa. Sin embargo, después de hablar unos minutos con él, tenías la sensación de que estaba mucho más atento de lo que imaginabas.

—No es necesario que le diga lo mucho que me afectó recibir la noticia de la muerte de Ellie.

—No hablemos más de su muerte. Prefiero no recordarlo.

—Lo comprendo.

Sin duda era un hombre agradable, pero había algo en él que me provocaba una cierta inquietud. Le dije cuando entró Greta:

—¿Conoce usted a miss Andersen?

—Por supuesto. ¿Cómo está usted, Greta?

—Muy bien, gracias. ¿Cuánto tiempo hace que está por aquí?

—Hace un par de semanas. He estado haciendo turismo.

Entonces lo recordé.

—Le vi el otro día.

—¿Sí? ¿Dónde?

—En una subasta que tuvo lugar en Bartington Manor.

—Ahora lo recuerdo. Sí, creo que recuerdo su cara. Estaba usted con un hombre de unos sesenta años, con un bigote castaño.

—Sí, el comandante Phillpot.

—Se les veía muy animados.

—Como nunca —afirmé y, con aquel extraño asombro que siempre sentía, repetí —: Como nunca.

—Desde luego, en aquel momento usted no sabía lo que había ocurrido. Era el día del accidente, ¿no?

—Sí, esperábamos a Ellie para almorzar juntos.

—Trágico —comentó el tío Reuben—. Realmente trágico.

—No tenía idea de que estuviera usted en Inglaterra y creo que Ellie tampoco. —Hice una pausa, a la espera de lo que me diría.

—No, no le escribí. En realidad, no sabía cuanto tiempo estaría en el país, pero la verdad es que acabé mis asuntos antes de lo esperado y me pregunté si después de la subasta no tendría tiempo de sobras para acercarme hasta aquí.

—¿Vino en viaje de negocios?

—En parte. Cora quería que la aconsejara en un par de asuntos, entre ellos la casa que se quiere comprar.

Fue entonces cuando me informó de que Cora también se encontraba en Inglaterra.

—No lo sabíamos.

—Da la casualidad que aquel día no estaba muy lejos de aquí.

—¿Cerca de aquí? ¿Se alojaba en algún hotel?

—No, estaba en casa de una amiga.

—No sabía que tuviera amigos por aquí.

—Una mujer. ¿Cómo se llamaba? Hard no sé cuántos. Ah, sí, Hardcastle.

—¿Claudia Hardcastle? —No disimulé mi sorpresa.

—Sí, era muy amiga de Cora. Se conocieron cuando ella vivía en Estados Unidos. ¿No lo sabía?

Miré a Greta.

—¿Sabías que Cora era amiga de Claudia?

—No recuerdo haberle oído hablar de ella —contestó Greta—. Ahora me explico por qué no se presentó aquel día.

—Eso es: iba a ir contigo a Londres. Habías quedado en encontrarte con ella en la estación de Market Chadwell.

—Sí, y no apareció. Llamó a casa minutos después de que yo me marchara. Dijo que se había presentado una visita inesperada y que no podía acompañarme.

—Me pregunto si la visita inesperada no era otra que Cora.

—Es obvio —intervino Reuben. Meneó la cabeza—. Todo resulta tan confuso. Me han dicho que se aplazó la encuesta.

—Sí.

El visitante acabó la copa y se levantó.

—No quiero causarle más trastornos —manifestó—. Si hay algo que puedo hacer estoy a su disposición. Me alojo en el hotel Majestic en Market Chadwell.

Le agradecí el ofrecimiento. En cuanto se marchó. Greta me dijo:

—Me pregunto qué será lo que quiere. ¿Por qué vino aquí? Desearía que se marcharan todos de una vez por todas.

—A mí me gustaría saber si era Stanford Lloyd a quien vi en el George. Sólo le vi de refilón.

—Dijiste que estaba con alguien que se parecía a Claudia, así que probablemente era él. Quizá vino a verla a ella y Reuben vino a verme a mí. ¡Menuda confusión!

—No me gusta, todos coincidieron aquí aquel día.

Greta comentó que eso era algo que sucedía con frecuencia. Lo dijo con su tono alegre y confiado de siempre.

Capítulo XXII

No tenía nada más que hacer en el Campo del Gitano. Dejé a Greta a cargo de la casa mientras yo navegaba hacia Nueva York para atender los asuntos pendientes y participar en lo que consideraba con cierta preocupación las más que fastuosas exequias por Ellie.

«Vas derechito a la selva —me advirtió Greta—. Vete con mucho cuidado, no dejes que te desuellen vivo.»

No se equivocó. Era una selva, me di cuenta apenas desembarcar. No sabía nada de la selva, me refiero a ese tipo de selva. Estaba fuera de mi ambiente y lo sabía. No era el cazador sino la pieza. Había cazadores acechando en la espesura dispuestos a cazarme. Algunas veces me dejaba llevar por la imaginación, pero en otras mis sospechas estaban plenamente justificadas. Recuerdo una de las visitas al abogado que me había conseguido Lippincott, un hombre muy amable y correcto que me trató como si fuese un médico. También me habían recomendado que me desprendiera de unas propiedades mineras cuyos títulos no estaban del todo claros.

Me preguntó quién me lo había recomendado y le contesté que había sido Stanford Lloyd.

—Nos ocuparemos del tema —dijo—. Una persona como Mr. Lloyd no se equivocaría.

Al cabo de unos días me dio una respuesta.

—No hay nada incorrecto en los títulos de propiedad y, desde luego, no tiene ningún sentido que se desprenda usted de esas propiedades con urgencia, tal como le recomendó. Consérvelas.

Entonces, tuve la sensación de que no iba desencaminado: todos estaban dispuestos a aprovecharse de mí. Sabían perfectamente que era un ignorante en lo que se refería a los negocios.

El entierro fue espléndido y, desde mi punto de vista, algo horrible. De un lujo insoportable. En el cementerio había montañas de flores, parecía un parque público. Toda la riqueza de los difuntos se manifestaba en los monumentales conjuntos escultóricos. Estoy seguro de que Ellie lo hubiera detestado, pero supongo que la familia estaba en su derecho de disponerlo así.

Llevaba cuatro días en Nueva York cuando recibí noticias de Kingston Bishop.

Habían encontrado el cadáver de la vieja Mrs. Lee en la cantera abandonada al otro lado de la colina. Al parecer, llevaba muerta varios días. En aquel lugar ya habían ocurrido accidentes en otras ocasiones y se había recomendado que colocaran una valla de protección, pero nadie había hecho nada. En la encuesta se dictó un veredicto de muerte accidental y, una vez más, se instó al concejo comarcal que emprendiera las obras para instalar la valla. En la casa de Mrs. Lee habían encontrado

trescientas libras en billetes de una, ocultas debajo de una de las tablas del suelo.

El comandante Phillpot añadía en una posdata: «Estoy seguro de que lamentará saber que Claudia Hardcastle murió ayer en un accidente cuando el caballo la arrojó de la silla.»

¿Claudia muerta? ¡No me lo podía creer! Fue una sorpresa muy desagradable. Dos personas muertas mientras cabalgaban en menos de dos semanas. Parecía una coincidencia prácticamente imposible.

No quiero extenderme en la temporada que pasé en Nueva York. Yo era un forastero en un ambiente extraño. Tenía la sensación de que debía estar en guardia constantemente para no equivocarme en lo que decía o hacía. La Ellie que había conocido, la Ellie que había sido mía, no estaba allí, ya sólo la recordaba como una muchacha norteamericana, la heredera de una fortuna inmensa, rodeada de amigos, conocidos y parientes lejanos, alguien de una familia que llevaba viviendo allí desde hacía cinco generaciones. Había salido de su país como un cometa para ir a visitar el mío.

Ahora había regresado para que la enterraran con su gente, donde estaba su antiguo hogar. Me alegró que acabara siendo de esta manera. No me hubiera sentido tranquilo sabiendo que estaba en el pequeño cementerio junto al pinar en las afueras de nuestro pueblo. No, no hubiera estado tranquilo.

«Has regresado al lugar al que pertenecías, Ellie», pensé.

Cada vez con mayor frecuencia recordaba aquella canción tan pegadiza que Ellie cantaba acompañándose con su guitarra. Recuerdo sus dedos que parecían acariciar las cuerdas.

> *Todas las noches y todas las mañanas unos nacen para el dulce placer.*

«Era muy cierto en tu caso —me dije—. Naciste para el dulce placer. Lo tuviste en el Campo del Gitano, sólo que no duró mucho. Has vuelto aquí donde quizá no disfrutaste ni fuiste feliz, pero estás en tu casa, entre los tuyos.»

De pronto me pregunté dónde estaría yo cuando me llegara la hora. ¿En el Campo del Gitano? Podría ser. Vendría mi madre para ver como me bajaban a la tumba, si es que para entonces no estaba muerta. Pero me resultaba imposible pensar en mi madre muerta, me era más fácil pensar en mi propia muerte. Sí, ella vendría para ver como me enterraban. Quizás entonces desaparecería la expresión severa de su rostro. Dejé de pensar en mi madre. No quería pensar en ella. No quería tenerla cerca ni verla.

Esto último no era del todo cierto. No era cuestión de verla. Con mi madre el problema era que me miraba como si fuera transparente, sentía una ansiedad que me envolvía como un miasma. Pensé: «¡Las madres son el demonio! ¿Por qué tienen que

controlarlo todo? ¿Por qué creen saberlo todo de sus hijos? No lo saben. ¡No lo saben! Tendría que estar orgullosa de mí, alegrarse de mi felicidad, alegrarse por la vida maravillosa que he conseguido. Ella tendría... «Una vez más me esforcé para no pensar en mi madre.

¿Cuánto tiempo estuve en Estados Unidos? Ni siquiera lo recuerdo, pero sé que se me hizo eterno. Tener que estar siempre alerta, rodeado de personas con falsas sonrisas y miradas aviesas. Cada día me decía a mí mismo: «Tienes que pasar por esto. Tienes que pasar por esto y luego...». Estas eran las dos palabras que utilizaba. Quiero decir que empleaba en mi mente. Las empleaba todos los días varias veces. «Y luego...». Eran las dos palabras del futuro. Las utilizaba de la misma manera que en otros tiempos había utilizado aquella otra palabra: «Quiero...»

¡Todo el mundo hacía lo imposible por mostrarse agradable conmigo porque era rico! Según las disposiciones del testamento de Ellie, yo era un hombre multimillonario. Me producía una sensación extraña. Tenía inversiones. Cosas que no entendía qué eran: acciones, bonos, participaciones. Tampoco tenía la más mínima idea de que debía hacer con todas esas cosas.

El día antes de emprender el viaje de regreso a Inglaterra, sostuve una larga conversación con Lippincott. Siempre lo había visto de esa manera, como Mr. Lippincott. En ningún momento se había convertido para mí en el tío Andrew. Le conté que pensaba retirarle a Stanford Lloyd el control de mis inversiones.

—¡Vaya! —Enarcó las cejas hirsutas. Me miró con sus ojos astutos y su cara de póquer, y me pregunté cuál sería el significado exacto de aquel «¡Vaya!»

—¿Cree usted que estoy en mi derecho de hacerlo? —le pregunté nervioso.

—Supongo que tienes tus razones.

—No, no tengo ninguna razón, sólo un presentimiento, nada más. ¿Si le digo algo quedará entre nosotros?

—Cualquier cosa que me digas será confidencial, naturalmente.

—De acuerdo. ¡Tengo la impresión de que es un estafador!

—¡Ah! —Lippincott demostró cierto interés—. Sí, yo diría que haces bien en seguir tus instintos.

Entonces supe que había acertado. Stanford Lloyd había estado beneficiándose con los bonos, las inversiones y todo lo demás que había sido de Ellie. Firmé un poder a nombre de Andrew Lippincott y se lo entregué.

—¿Está usted dispuesto a aceptarlo?

—En todo lo que se refiera a asuntos financieros —manifestó el abogado—, puedes confiar en mí plenamente. Haré todo lo posible en tu favor. No creo que vayas a tener el más mínimo motivo de queja sobre mis servicios.

¿Qué había querido decir? Creo que había dado a entender que yo no le caía bien, que no le gustaba, pero que, en el tema de los negocios, pondría su mejor empeño

porque había sido el marido de Ellie. Firmé todos los documentos necesarios. Me preguntó si regresaba a Inglaterra en avión o en barco. Le respondí que no me gustaba volar, que regresaría en barco.

—Quiero tener un poco de tiempo para mí mismo. Creo que una travesía marítima me sentará bien.

—¿Dónde fijarás tu residencia?

—En el Campo del Gitano.

—Ah, ¿vivirás allí?

—Sí.

—Creía que habías decidido poner a la venta la casa.

—No —respondí, y el «no» me salió con más fuerza de lo que deseaba. No estaba dispuesto a desprenderme del Campo del Gitano. Formaba parte de mi sueño, la ilusión que mantenía desde que era un chiquillo.

—¿Hay alguien a cargo de la residencia mientras estás aquí?

Le expliqué que Greta Andersen estaba al cuidado de la casa.

—Ah, sí. Greta.

Pronunció el nombre de Greta dándole un tono particular, pero no quise discutir. Si Greta no le caía bien, era su problema. Nunca le había gustado. Se produjo una pausa bastante incómoda y después cambié de opinión. Era necesario que dijera alguna cosa.

—Se portó muy bien con Ellie. Vino a vivir con nosotros y cuidó de mi esposa cuando estaba enferma. Estoy en deuda con ella. Es algo que me gustaría que quedara claro. No sabe usted lo bien que se portó. Hizo todo lo posible y más después de la muerte de Ellie. No sé qué hubiera hecho sin ella.

—Lo comprendo, lo comprendo —manifestó Lippincott con un tono que no podía ser más desabrido.

—No sé cómo podré pagarle todo lo que hizo.

—Una muchacha muy competente.

Me levanté y le di las gracias.

—No tienes por qué dármelas —dijo con el mismo tono seco—. Por cierto, te he escrito una carta. Te la he enviado por vía aérea al Campo del Gitano. Si regresas a Inglaterra por vía marítima, probablemente la encontrarás allí cuando llegues. Te deseo una travesía agradable.

Le pregunté, un tanto vacilante, si conocía a la ex esposa de Stanford Lloyd, una muchacha llamada Claudia Hardcastle.

—Te refieres a su primera esposa. No, nunca la conocí. Creo que el matrimonio se separó muy pronto. Después del divorcio, Lloyd volvió a casarse, pero el segundo matrimonio también acabó en divorcio.

Cuando regresé al hotel, me encontré con un telegrama. Me pedía que fuera a un

hospital en California. Un amigo mío, Rudolf Santonix, me reclamaba. Agonizaba y quería verme antes de morir.

Cambié el pasaje para una fecha posterior y cogí un avión a San Francisco. Cuando llegué, estaba en las últimas. Los médicos dudaban mucho de que fuera a recuperar el conocimiento, pero había reclamado mi presencia con verdadera desesperación. Me senté en la habitación y contemplé la cáscara del hombre que conocía. Siempre había tenido aspecto de enfermo, algo así como una extraña transparencia, como un ser muy delicado y frágil. Ahora tenía el aspecto de una figura de cera. Mientras le miraba, pensé: «Quiero que me hable. Necesito que me diga algo. Quiero me diga algo antes de morir.»

Me sentí muy solo, terriblemente solo. Ahora había escapado de mis enemigos, estaba con un amigo. En realidad, mi único amigo. Él era la única persona que sabía algo de mí, excepto mamá pero no quería pensar en mamá.

Un par de veces hablé con la enfermera. Le pregunté si no se podía hacer algo, pero ella meneó la cabeza y me respondió sin comprometerse:

—Quizá recupere el conocimiento, o quizá no.

Así que continué sentado. Entonces, por fin, Santonix se movió en la cama y exhaló un suspiro. La enfermera le ayudó con mucha suavidad a incorporarse. Me miró, pero me resultó imposible saber si me había reconocido o no. Sólo me miraba como si pudiera ver a través de mi cuerpo algo que estaba más allá. Súbitamente, se produjo un cambio en la mirada. Pensé: «Me conoce, me ve». Dijo algo con voz muy débil. Me acerqué a la cama y me incliné para escucharle, pero sus palabras no tenían ningún sentido. Luego, sufrió una convulsión. Echó la cabeza hacia atrás y gritó:

—¡Maldito idiota! ¿Por qué no escogiste el otro camino?

Un segundo después estaba muerto.

No sé a qué se refería o si él mismo entendió lo que había dicho.

Así acabó mi relación con Santonix. Me pregunto si me hubiera escuchado si le hubiese dicho algo. Me hubiera gustado decirle que la casa que había construido para mí era lo mejor que tenía en el mundo. Lo que más me importaba. Es curioso que una casa pueda llegar a ser tan importante. Supongo que debe tratarse de algo simbólico, algo que deseas. Algo que deseas tanto que no sabes del todo cómo es. Pero él sí había sabido lo que era y me lo había dado. Yo lo tenía y ahora regresaría a mi casa.

Mi casa. Era lo único en lo que pensaba cuando subí al barco. Eso y aquel terrible cansancio del principio.

Después una ola de felicidad que surgía de lo más profundo. Regresaba a casa. Regresaba a mi hogar.

> *El mar es la casa del marino como el monte es el hogar del cazador.*

Capítulo XXIII

Sí, eso era lo que estaba haciendo. Ahora todo había acabado. El final de la lucha, el último combate, la última etapa del viaje.

Los tiempos de mi revoltosa juventud parecían muy lejanos. Los días del «Yo quiero, yo quiero», pero no había pasado tanto tiempo. Menos de un año.

Tendido en la litera lo recordé todo paso a paso.

El encuentro con Ellie, las citas en Regents Park, la boda en el ayuntamiento. La casa, Santonix dirigiendo las obras. La casa acabada. Mía, toda mía. Era yo, yo que estaba donde quería estar. Donde siempre había querido estar. Tenía todo lo que había deseado y ahora regresaba a casa para disfrutarlo.

Antes de abandonar Nueva York, había escrito una carta y la había enviado por correo aéreo para que el destinatario la recibiera antes de mi llegada. Se la había escrito a Phillpot. No sé porqué, pero tenía la sensación de que Phillpot, a diferencia de otros, lo entendería.

Me resultaba más fácil escribirle que decírselo en persona. En cualquier caso, él tenía que saberlo. Todos tendrían que saberlo. Estaba seguro de que algunos probablemente no lo comprenderían, pero él sí. Él había sido testigo de lo muy unidas que habían estado Ellie y Greta, lo mucho que Ellie dependía de Greta.

No dudaba de que él se daría cuenta de que yo también dependía de ella, que me sería imposible vivir solo en la casa donde había vivido con Ellie, a menos que hubiera alguien allí para ayudarme. No sé sí lo expresé correctamente, pero hice todo lo que pude.

«Quiero —escribí— que sea usted el primero en saberlo. Ha sido usted muy bueno con nosotros y creo que es la única persona que lo comprenderá. No puedo enfrentarme a la idea de vivir solo en el Campo del Gitano. Lo he estado pensando todo el tiempo que llevo aquí, en Estados Unidos, y he decidido que, tan pronto como llegue a casa, le pediré a Greta que se case conmigo. Ella es la única persona con la que podré hablar de Ellie. Ella lo entenderá. Quizá no quiera casarse conmigo, pero creo que aceptará. De esa manera todo volverá a ser como si los tres continuáramos juntos.»

Escribí la carta tres veces hasta conseguir expresar exactamente lo que deseaba decir. Phillpot la recibiría dos días antes de mi regreso.

Salí a cubierta cuando avistamos Inglaterra. Miré cómo nos acercábamos a la costa y pensé: «Ojalá Santonix estuviera aquí conmigo». Lo deseé desde el fondo de mi corazón. Nada me hubiese hecho más feliz que hacerle saber que todo se estaba convirtiendo en realidad. Todo lo que había planeado, todo lo que había pensado, todo lo que había querido.

Me había librado de Estados Unidos. Me había quitado de encima a todos los

tramposos, a los mentirosos y a todos aquellos a los que detestaba y que seguramente también me detestaban por haber sido un pobretón y ser todavía un paleto. Regresaba triunfante. Volvía al bosque de pinos y a la serpenteante y peligrosa carretera que subía por el Campo del Gitano hasta la casa en la cumbre de la colina. ¡Mi casa! Regresaba a las dos cosas que más deseaba: la casa con la que siempre había soñado, la que había planeado tener, la que deseaba por encima de todo lo demás, y una mujer maravillosa. Siempre había tenido muy claro que algún día conocería a una mujer maravillosa. La había encontrado y nos habíamos conocido. Desde el momento en que la vi supe que yo le pertenecía, que era absolutamente suyo y para siempre. Ahora, por fin, iba a su encuentro.

Nadie me vio llegar a Kingston Bishop. Oscurecía cuando llegué en el tren. Salí de la estación y tomé por un camino lateral. No quería encontrarme con nadie del pueblo, aquella noche no. El sol se había puesto cuando comencé a subir por la carretera del Campo del Gitano. Le había avisado a Greta de la hora de mi llegada. Estaba en casa esperándome. ¡Por fin! Se habían acabado los subterfugios, los engaños y aquella historia que tanto me desagradaba. Recordé, riéndome por dentro, el papel que había interpretado. Una actuación magnífica desde el primer momento. Aparentar que Greta no me gustaba, manifestar mi rechazo a que viniera a quedarse con Ellie. Sí, había sido muy cuidadoso. Seguramente, todo el mundo se lo había creído a pie juntillas. Recordé la falsa pelea que organizamos para que Ellie nos escuchara.

Greta me había calado perfectamente desde el primer momento. Nunca nos habíamos hecho falsas ilusiones uno respecto al otro. Tenía la misma mentalidad, los mismos deseos que yo. ¡Queríamos el mundo y no nos conformábamos con menos! Queríamos estar en la cumbre, satisfacer todas nuestras ambiciones, tenerlo todo y no negarnos nada. Recordé cómo le había abierto mi corazón cuando nos conocimos en Hamburgo. Le había explicado mis ansias frenéticas por las cosas. No tuve necesidad de disimular mi codicia ante Greta porque ella la compartía plenamente.

—Para tener todo lo que quieres de la vida —me dijo Greta—, necesitas dinero.

—Sí, y no sé de dónde voy a sacarlo.

—Puedes estar seguro de una cosa: no lo conseguirás trabajando. No eres de esa clase —añadió Greta.

—¡Trabajar! —exclamé—. ¡Tendría que trabajar durante años y años! No quiero esperar. No quiero ser anciano. ¿Conoces la historia de un tipo llamado Schliemann? Trabajó de sol a sol, ahorrando hasta el último céntimo para amasar una fortuna y poder hacer así realidad el sueño de su vida: excavar y encontrar las tumbas de Troya. Logró su sueño, pero tuvo que esperar hasta los cuarenta años. No quiero esperar hasta ser un viejo con un pie en la tumba. Quiero tenerlo todo ahora cuando soy joven y fuerte. Tú también, ¿verdad?

—Sí, además sé como podrás conseguirlo. Es muy fácil. Me pregunto cómo es que no lo has pensado tú mismo. Conquistar a las chicas se te da bastante bien, ¿no es así? Es algo que he comprobado personalmente.

—¿Crees que me interesan las chicas? ¿Qué me han interesado en algún momento? Sólo hay una chica a la que quiero y eres tú. Lo sabes. Te pertenezco. Lo supe desde el instante que te vi. Sabía que en algún momento conocería a alguien como tú. Ahora que te he encontrado te pertenezco.

—Sí, creo que me perteneces.

—Los dos queremos conseguir las mismas cosas de la vida.

—Te repito que es fácil. Lo más sencillo del mundo. Lo único que debes hacer es casarte con una muchacha rica, una de las más ricas del mundo. Yo puedo ayudarte a conseguirlo.

—¡No me vengas con fantasías!

—Nada de fantasías. Será fácil.

—No, a mí no me vale. No quiero ser el marido de una mujer rica. Ella me compraría cosas, iríamos aquí y allá, y me tendría en una jaula de oro, pero no es eso lo que quiero. No quiero ser un esclavo.

—No tienes por qué serlo. Precisamente la esclavitud no necesita durar mucho. Sólo lo necesario. Las esposas también se mueren, ¿lo sabías?

La miré con los ojos bien abiertos.

—Ahora te has quedado de piedra —manifestó Greta.

—No, no estoy asombrado.

—Ya me pareció que no lo estarías. Tengo la impresión de que quizá tú ya... —Me miró con una expresión interrogante, pero no estaba dispuesto a responderle. Todavía tenía algunas reservas. Hay algunos secretos que no quieres contar a nadie. No es que fueran secretos muy importantes, pero no me gusta recordarlo. Por encima de todo, no me gusta recordar el primero. Una estupidez, algo pueril, pero, sobre todo, nada importante. Estaba loco por un elegante y carísimo reloj que le habían regalado a un chico, un amigo mío de la escuela. Costaba mucho dinero. Se lo había regalado un padrino rico. Sí, yo lo quería, pero nunca pensé que se me presentaría la oportunidad de tenerlo. Entonces llegó el día en que fuimos a patinar juntos. El hielo no resistió el peso. No es que lo hubiese previsto de antemano. Sencillamente sucedió. El hielo se rajó. Me acerqué patinando. Había caído por el agujero y se aferraba al hielo con verdadera desesperación, aunque el hielo le cortaba las manos. Desde luego, me acerqué dispuesto a ayudarle, pero cuando llegué a su lado y vi el brillo del reloj pensé: «Supongamos que se hunde y se ahoga». Me pareció que era algo muy sencillo.

Creo que fue algo inconsciente que le desabrochara la pulsera, cogiera el reloj y después le sumergiera la cabeza en lugar de intentar sacarlo del agua. No tuve más

que mantenerlo debajo de la superficie. Tampoco podía resistirse mucho porque la capa de hielo se lo impedía. Las personas que vieron el accidente acudieron en nuestra ayuda. ¡Creían que yo intentaba salvarlo! Tuvieron que forcejear bastante para sacarlo del agua. Intentaron revivirlo con la respiración artificial, pero era demasiado tarde. Escondí mi tesoro en un lugar donde guardaba cosas así. Cosas que no quería que mamá viera, porque entonces me preguntaba dónde las había conseguido. Un día encontró el reloj mientras ponía orden en el cajón de los calcetines. Me preguntó si aquél no era el reloj de Pete. Le respondí que no, que era uno muy parecido que le había cambiado a un compañero de la escuela.

Mamá siempre me ponía nervioso, tenía la sensación de que sabía demasiadas cosas de mí. Me sentí muy inquieto cuando ella encontró el reloj. Creo que sospechaba. Desde luego, no podía saberlo, nadie lo sabía. Pero me miraba de una manera muy curiosa. Todo el mundo creía que había intentado salvar a Pete. Me parece que ella no se lo creía. Es más, creo que ella lo sabía. Quería ignorarlo, aunque el problema era que sabía demasiadas cosas de mí. Algunas veces me sentía culpable, pero se me pasaba en seguida.

Después ocurrió de nuevo cuando estaba haciendo el servicio militar, mientras hacíamos el período de instrucción. Un tipo llamado Ed y yo habíamos ido a un garito. No tuve suerte y perdí todo el dinero que llevaba. En cambio, Ed salió forrado. Cambió las fichas y nos volvimos de regreso al campamento. Ed tenía los bolsillos llenos de billetes. Entonces una pareja de matones apareció en una esquina y vinieron a por nosotros. Llevaban navajas y sabían usarlas. A mí me hicieron un corte en un brazo, pero Ed se llevó la peor parte. Cayó al suelo. En aquel momento aparecieron unas personas. Los matones se dieron a la fuga. Comprendí que debía actuar sin perder un segundo. ¡Fui muy rápido! Tengo unos reflejos excelentes. Me envolví la mano con un pañuelo, saqué la navaja de la herida de Ed y le asesté un par de navajazos mortales. El pobre soltó un gemido y se murió. Desde luego, por un segundo tuve miedo, pero después me di cuenta de que no pasaría nada. ¡Me sentí muy orgulloso de mí mismo por pensar y actuar tan rápido! Pensé: «Pobre Ed, siempre fue un tonto!». No tardé nada en vaciarle los bolsillos y hacerme con el dinero. No hay nada como tener buenos reflejos y aprovechar las oportunidades. El problema es que no abundan las ocasiones. Supongo que algunas personas se asustan cuando saben que han matado a alguien, pero yo no me asusté. Esta vez no.

Claro que es una cosa que uno no quiere hacer muy a menudo. Se hace cuando realmente vale la pena. No sé como Greta se dio cuenta de que yo era así. Sin embargo, lo sabía. No me refiero a que sabía que yo había asesinado a dos personas, pero creo que sabía que la idea de matar no me escandalizaría.

—¿De qué va ese plan tan fantástico, Greta?

—Puedo ayudarte. Puedo ponerte en contacto con una de las chicas más ricas de

Estados Unidos. Digamos que más o menos está a mi cuidado. Vivo en su casa y tengo mucha influencia sobre ella.

—¿Crees que se fijará en alguien como yo? —No me lo creía ni por un momento. ¿Por qué una muchacha millonaria que podía escoger a cualquier hombre rico y atractivo se iba a fijar en un pelagatos como yo?

—Tienes un gran atractivo físico —replicó Greta—. A las chicas les va, ¿no es así?

Sonreí y le contesté que no se me daban mal.

—Ella nunca se ha encontrado con alguien como tú. La miman y la protegen demasiado. Los únicos jóvenes con los que se le permite tratar son chicos convencionales, hijos de empresarios o banqueros. La preparan para que haga un buen matrimonio con alguien con tanto dinero como ella. A la familia le aterra la posibilidad de que conozca a algún guapo extranjero que sea un cazadotes. Como es natural, a ella le atrae esa posibilidad. Sería algo nuevo, algo completamente desconocido. Tendrás que hacer mucho teatro, enamorarte de ella a primera vista y hacerle sentir que es arrebatadora. Te resultará sencillo ya que nunca ha pasado por una experiencia de ese tipo. Tú podrías hacerlo.

—Di mejor que lo podría intentar —manifesté con un tono de duda.

—Podríamos arreglarlo entre nosotros.

—Su familia no tardará ni un segundo en intervenir.

—No, no intervendrán. No se enterarán de nada, al menos hasta que sea demasiado tarde. Hasta después de que os hayáis casado en secreto.

—¿Así que esa es tu idea?

La discutimos, trazamos algunos planes. Nada muy detallado. Greta regresó a Estados Unidos, pero se mantuvo en contacto conmigo. Yo continué trabajando en esto y aquello. Le había hablado del Campo del Gitano y de mis sueños de llegar a ser el propietario de la finca. Greta comentó que sería el escenario perfecto para una historia romántica. Hicimos nuestros planes para que el encuentro con Ellie tuviera lugar allí. Greta convencería a Ellie de las ventajas de tener una casa en Inglaterra y así poder alejarse de la familia en cuanto cumpliera la mayoría de edad.

Sí, señor, lo arreglamos todo. Greta era una gran planificadora. Yo no me hubiera visto capaz de planearlo, pero sí que era capaz de interpretar la parte que me correspondía. Siempre me había gustado actuar. Así fue como ocurrió. Así fue como conocí a Ellie.

Resultó divertido de principio a fin. Tremendamente divertido porque siempre estaba el riesgo, siempre había el peligro de que no saliera bien. Lo que más nervioso me ponía era cuando tenía que encontrarme con Greta. Tenía que asegurarme, como ustedes comprenderán, que no debía descubrirme nunca mirándola, y lo lograba. Habíamos quedado de acuerdo en que lo mejor sería que me mostrara hostil, que

simulara estar celoso de ella. También supe salir airoso del trance. Recuerdo el día que vino para quedarse en casa. Montamos una buena trifulca, un escándalo que Ellie no podía dejar de oír. No sé si no exageramos un poco. No lo creo. Algunas veces me inquietaba la posibilidad de que Ellie sospechara, pero no creo que llegara a recelar. No lo sé. La verdad es que no lo sé. Con Ellie no se podía saber.

Fue muy fácil hacerle el amor a Ellie. Era muy dulce. Sí, era un verdadero encanto. Sólo que algunas veces le tenía miedo porque hacía cosas sin consultarme. Además, sabía cosas que yo ni siquiera imaginaba que supiera. Pero me quería. Sí, me quería. Algunas veces, creo que yo también la quería.

No me refiero a quererla como a Greta, ni mucho menos. Yo le pertenecía a Greta. Ella era el sexo en persona. Estaba loco por ella y tenía que contenerme. Ellie era diferente. Sé que parece muy extraño ahora que lo pienso, pero la verdad es que me gustaba vivir con ella.

Ahora lo estoy escribiendo todo porque esto es lo que pensaba aquella noche cuando regresé de Estados Unidos. Cuando regresé a la cima del mundo, después de haber conseguido todo lo que deseaba a pesar de los riesgos, de los peligros, a pesar de haber tenido que cometer un asesinato.

Sí, aquello resultó un poco peliagudo. Tuve que pensarlo un poco, pero nadie puede acusarnos de nada, porque lo hicimos de una manera que no provocó sospechas. Ahora se habían acabado los riesgos, se habían acabado los peligros y aquí estaba yo subiendo por el camino del Campo del Gitano. Subí de la misma manera como lo había hecho aquel primer día después de ver el cartel de la subasta, para ir a echar una mirada a las ruinas de la vieja casa. Subí y encaré la curva.

Entonces fue cuando la vi. Quiero decir que vi a Ellie. Fue precisamente cuando pasaba por la curva de la carretera en aquel lugar peligroso donde ocurrían los accidentes. Ella estaba en el mismo lugar donde estuvo antes, oculta en la sombra de un árbol. Exactamente donde se sobresaltó al verme, y también me sobresalté al verla. Después nos miramos y me acerqué para hablarle, interpretando el papel de un joven que acababa de sentir un flechazo. ¡Lo interpreté a las mil maravillas! ¡Les juro que soy un gran actor!

Pero no había esperado verla ahora. Me refiero a que no podía verla. Sin embargo, la estaba viendo. Ella me miraba directamente. Sólo que había algo que me asustaba, que me infundía un gran temor. Era como si no me viera, quiero decir que yo sabía que ella no podía estar allí de verdad. Sabía que estaba muerta, pero la veía. Ellie estaba muerta y enterrada en un cementerio en Estados Unidos. Así y todo, ella estaba junto al árbol y me miraba. Pero no me miraba a mí, aunque lo pareciera. Era como si esperase verme, y había amor en su rostro. El mismo amor que había visto un día, aquél en que tocaba la guitarra. El día en que me preguntó: «¿En qué piensas?», y repliqué: «¿Por qué me lo preguntas?», y ella dijo: «Me miras como si me quisieras».

Yo le respondí una tontería como «Por supuesto que te quiero.»

Me quedé de piedra. Permanecí inmóvil en la carretera. Temblaba como una hoja. La llamé en voz alta: «Ellie».

Ella no se movió. Sencillamente se quedó allí, mirándome. Era como si mirara a través de mi cuerpo. Eso me asustó porque sabía que, si lo pensaba durante un momento, comprendería por qué no podía verme, y yo no quería saberlo. No, no quería. Estaba muy seguro de no querer comprenderlo. Miraba hacia donde yo estaba pero sin verme. Entonces eché a correr. Corrí como un cobarde todo el resto del camino hacia las luces que brillaban en mi casa, hasta que conseguí dominar aquel ridículo miedo. Éste era mi triunfo. Había llegado a casa. Era el cazador que llegaba a casa desde las colinas, otra vez con la otra cosa que quería más que a nada en el mundo, a la maravillosa mujer a la que pertenecía en cuerpo y alma.

Ahora nos casaríamos y viviríamos en la casa. ¡Teníamos todo lo que habíamos deseado! ¡Habíamos ganado!

La puerta no estaba cerrada con llave. Entré haciendo sonar los tacones y fui directamente a la biblioteca. Allí estaba Greta esperándome junto a la ventana, estaba preciosa. Era la criatura más bonita y adorable del mundo, era como una Brunilda, una soberbia valkiria de brillantes pelo dorado. Todo en ella era sexo. Nos habíamos contenido durante todo el tiempo a excepción de algún fugaz encuentro en el templete.

Corrí a abrazarla, el marino que regresa a casa desde el mar al que pertenece. Sí, fue uno de los momentos más maravillosos de mi vida.

Por fin, bajamos de las nubes. Me senté y Greta me pasó un montón de cartas. Recogí automáticamente una que llevaba un sello norteamericano. Se trataba de la carta de Lippincott. Me pregunté cuál sería el contenido y por que había considerado conveniente enviarme una carta en lugar de decírmelo personalmente.

—Ya está —afirmó Greta con un sonoro suspiro de satisfacción—. Lo hemos conseguido.

—El día de la victoria.

Nos echamos a reír hasta que nos dolió el estómago.

Había una botella de champán sobre la mesa, la descorché y brindamos por nosotros.

—Este lugar es maravilloso —afirmé—, es todavía más bonito de lo que recordaba. Santonix... Vaya, me olvidé de comentártelo. Santonix ha muerto.

—Qué pena. Así que estaba enfermo de verdad.

—Claro que estaba enfermo, aunque siempre me negué a creerlo. Fui a verle y estaba con él cuando murió.

Greta se estremeció.

—No me gusta ver morir a la gente. ¿Dijo algo?

—La verdad es que no. Sólo que yo era un maldito idiota, que debía haber tomado el otro camino.

—¿Qué otro camino? ¿A qué se refería?

—No tengo ni la menor idea. Supongo que deliraba. No sabía de qué hablaba.

—En cualquier caso, esta casa es un magnífico monumento a su memoria —manifestó Greta—. Creo que nos quedaremos con ella, ¿no te parece?

La miré un tanto asombrado.

—Por supuesto. ¿Crees que podría vivir en otra parte?

—No podemos vivir aquí todo el tiempo —replicó Greta—. No tiene ningún sentido pasarse aquí todo el año. ¿Quién aguantaría vivir permanentemente en un villorio donde nunca pasa nada?

—Pero si es donde quiero vivir, donde siempre he querido vivir.

—Si, desde luego. Pero después de todo, Mike, tenemos todo el dinero del mundo. ¡Podemos ir a cualquier parte! Recorrer Europa entera, ir de safari a África, donde viviremos mil y una aventuras. Iremos a buscar cosas. Viajaremos a Camboya para ver Angkor Vat. ¿No quieres llevar una vida de aventuras?

—Supongo que sí, pero después regresaremos aquí, ¿verdad?

Tenía una sensación extraña, como si algo se hubiera torcido en alguna parte. Siempre había soñado con mi casa y Greta. No quería nada más. Ahora acababa de descubrir que para ella no era bastante. Era el comienzo, deseaba tener cosas y acababa de darse cuenta de que podía tenerlas. De pronto, tuve un cruel presentimiento. Comencé a temblar.

—¿Qué te pasa, Mike? Estás temblando. ¿Has pillado un resfriado?

—No, no es eso.

—¿Qué ha pasado, Mike?

—Vi a Ellie.

—¿Qué quieres decir con eso de que viste a Ellie?

—Mientras subía la carretera. Llegué a la curva y allí estaba ella, junto a un árbol, mirando... quiero decir que miraba hacia mí.

—No seas ridículo —exclamó Greta—, te imaginas cosas.

—Quizá tengas razón. Después de todo, estamos en el Campo del Gitano. Ellie estaba allí y tenía el aspecto de ser muy feliz. Me pareció como si ella hubiera decidido permanecer allí el resto de la eternidad.

—¡Mike! —Greta me sacudió por los hombros—. Por favor, no digas esas cosas. ¿Has estado bebiendo antes de venir aquí?

—No, he aguantado hasta reunirme contigo. Sabía que me esperabas con una botella de champán.

—Pues entonces olvidemos a Ellie y bebamos a nuestra salud.

—Era Ellie —insistí con obstinación.

—¡Por supuesto que no era Ellie! Sólo fue un espejismo provocado por la luz o algo así.

—Era Ellie y estaba allí. No dejaba de mirarme ni un segundo, pero no podía verme. —Alcé la voz—. Ahora lo sé, ahora sé por qué no podía verme.

—¿Qué quieres decir?

Fue entonces cuando susurré por primera vez:

—Porque no era yo. Yo no estaba allí. Ellie no podía ver nada más que la noche eterna. —Entonces grité muy asustado—: Unos nacen para el dulce placer, otros nacen para la noche eterna. Yo. Greta, yo. ¿Recuerdas como se sentaba en el sofá? Solía cantar aquella canción acompañándose con la guitarra. Cantaba con aquella voz tan suave. No puedes haberlo olvidado.

—*Todas las noches y todas las mañanas* —canté por lo bajo—, *unos nacen para la miseria, todas las noches y todas las mañanas, otros nacen para el dulce placer.* Ésa era Ellie, Greta. Nació para el dulce placer. *Unos nacen para el dulce placer, otros nacen para la noche eterna*. Eso es lo que mamá sabía de mí. Sabía que había nacido para la noche eterna. Todavía no he llegado allí. Pero ella lo sabía y Santonix también. Los dos sabían que marchaba en esa dirección, pero quizá no hubiese llegado a ocurrir. Hubo un momento, sólo un momento cuando Ellie cantaba aquella canción que podría haber sido muy feliz casado con Ellie. Podría haberlo sido.

—No, no podías —replicó Greta—. Nunca creí que fueras la clase de persona que se vendría abajo, Mike. —Volvió a sacudirme por los hombros con mucha fuerza—. Vuelve en ti.

La miré con la mirada perdida.

—Perdona, Greta. ¿Qué he dicho?

—Supongo que aquella gente te presionó muchísimo, pero lo arreglaste todo, ¿verdad? Me refiero a que todo aquello de las inversiones está en orden.

—Todo está arreglado. Tenemos nuestro glorioso y fantástico futuro asegurado.

—Dices unas cosas muy extrañas. Me gustaría saber que dice Lippincott en su carta.

Cogí la carta y la abrí. No había nada en el sobre excepto un recorte de periódico. No era un recorte nuevo, sino viejo y bastante manoseado. Lo miré con atención. Mostraba una calle. Reconocí cuál era por un gran edificio que se veía al fondo. Se trataba de una calle de Hamburgo donde varias personas caminaban hacia la cámara. Destacaban dos personas que caminaban cogidas del brazo. Éramos Greta y yo. Así que Lippincott lo sabía, sabía desde el principio que yo conocía a Greta. Seguramente alguien le había enviado el recorte hacía tiempo, aunque no con malas intenciones. Quizá lo había hecho porque le pareció divertido que miss Greta Andersen apareciera en un periódico paseando por una calle de Hamburgo. Sabía que conocía a Greta y entonces recordé su insistencia cuando me preguntó si la conocía. Yo lo había

negado, por supuesto, pero él sabía que estaba mintiendo. Sin duda, entonces comenzaron sus sospechas.

De pronto tuve miedo de Lippincott. Desde luego, no podía sospechar que había matado a Ellie. Quizá barruntaba alguna cosa. Tal vez sospechaba que la había asesinado.

—Mira —le dije a Greta—, sabe que nos conocemos. Lo supo desde el primer día. Siempre he detestado a ese viejo zorro y sé que él te odia. Cuando se entere de que nos vamos a casar, sospechará más que nunca. —Entonces comprendí que Lippincott daba por hecho que nos casaríamos, que éramos amantes desde hacía tiempo.

—Mike, ¿quieres dejar de comportarte como un conejo asustado? Sí, eso es lo que acabo de decir, un conejo asustado. Te admiro, siempre te he admirado, pero ahora te estás desmoronando. Tienes miedo de todo el mundo.

—No digas esas cosas.

—Es verdad.

—*Noche eterna*.

No se me ocurrió nada más. Todavía me estaba preguntando qué significaba. *Noche eterna*. Significaba oscuridad, significaba que no se me podía ver. Yo podía ver a los muertos pero ellos no me podían ver aunque estaba vivo. No me podían ver porque en realidad yo no estaba allí. El hombre que amaba a Ellie no estaba allí, había entrado voluntariamente en la noche eterna. Agaché la cabeza.

—*Noche eterna* —repetí.

—Deja ya de decirlo —chilló Greta—. ¡Levántate! ¡Compórtate como un hombre, Mike! No te rindas a esa absurda y supersticiosa fantasía.

—¿Cómo puedo evitarlo? Le vendí mi alma al Campo del Gitano. Nunca ha sido un lugar seguro. Nunca ha sido un lugar seguro para nadie. No lo fue para Ellie, no lo es para mí y quizá tampoco lo sea para ti.

—¿Qué quieres decir?

Me levanté. Me acerqué a ella. La amaba. Sí, la amaba con un último e intenso deseo sexual. Pero el amor, el odio, el deseo, ¿no es todo lo mismo? Tres en uno y uno en tres. Nunca hubiera podido odiar a Ellie, pero odiaba a Greta. Disfrutaba odiándola. La odiaba con toda el alma y con un deseo exultante. No podía esperar a los medios seguros, no quería esperar. Me acerque todavía más.

—¡Maldita zorra! ¡Eres una maldita y hermosísima zorra rubia! No estás a salvo. Greta. No estás a salvo de mí. ¿Lo entiendes? He aprendido a disfrutar... a gozar matando. Me sentí muy excitado el día en el que Ellie salió a cabalgar hacia la muerte. Disfruté durante toda la mañana porque sabía que iba a morir, pero nunca estuve tan cerca de la muerte como ahora. Esto es diferente. Quiero algo más que saber que alguien va a morir por una cápsula que tomó durante el desayuno. Quiero

algo más que empujar a una vieja por un barranco, quiero usar mis manos.

Ahora Greta tenía miedo. Yo, que le pertenecía desde que la conocí aquel día en Hamburgo, había renunciado a mi trabajo para quedarme con ella. Sí, le había pertenecido en cuerpo y alma. Pero ahora ya no le pertenecía. Era yo mismo. Entraba en otra dimensión distinta a la que había soñado.

Greta tenía miedo. Me encantaba saber que tenía miedo y le apreté el cuello con mis manos. Incluso ahora, mientras escribo todas estas cosas sobre mí mismo (que por cierto es algo muy agradable de hacer), lo que he pasado y sobre cómo los engañé a todos. Sí, me sentí maravillosamente feliz cuando maté a Greta.

Capítulo XXIV

No queda mucho más que decir después de aquello. Me refiero a que las cosas llegaron a su punto culminante. Uno se olvida, supongo, que ya no hay nada más que lo pueda superar, que lo has hecho todo. Permanecí sentado allí durante mucho tiempo. No sé cuando llegaron. Tampoco sé si llegaron todos al mismo tiempo. No podía ser que ya estuvieran allí porque no me habrían dejado matar a Greta. Al primero que vi fue a Dios. No me refiero a Dios, me estoy liando, sino al comandante Phillpot. Siempre me cayó bien, se portó muy bien conmigo. Creo que en algunas cosas era como Dios, quiero decir si Dios fuera un ser humano y no algo sobrenatural que vive en algún lugar del cielo. Era un hombre muy justo, además de bondadoso. Se preocupaba por las cosas y la gente. Procuraba hacer todo lo posible por las personas.

No sé cuánto sabía de mí. Recuerdo que me miraba de una manera extraña aquella mañana en la subasta cuando dijo que estaba «eufórico». Todavía me pregunto por qué lo diría.

Después, cuando estábamos delante de aquel pequeño montón de ropa en el suelo que era Ellie con su traje de montar, me pregunté si él lo sabría o si tendría alguna sospecha de que yo había tenido algo que ver.

Como ya dije, después de la muerte de Greta, permanecí sentado en la silla, con la mirada fija en la copa de champán. Estaba vacía, todo estaba vacío, absolutamente vacío. Sólo había una luz. La habíamos encendido Greta y yo, pero estaba en un rincón. No daba mucha luz y el sol... creo que el sol se había puesto hacía horas. Continué sentado mientras me preguntaba sin mucho interés qué pasaría a continuación.

Entonces fue cuando comenzaron a llegar en grupo. Llegaron en silencio, porque si no tendría que haberles escuchado o ver a alguno.

Tal vez si Santonix hubiera estado allí podría haberme dicho lo que debía hacer, pero Santonix estaba muerto. Había seguido un camino distinto al mío, así que no podía ayudarme. La verdad es que no había nadie que pudiera hacerlo.

Al cabo de un rato advertí la presencia del doctor Shaw. Estaba tan callado que a duras penas me di cuenta de que estaba allí. Permanecía sentado bastante cerca, como si estuviera esperando alguna cosa. Después comprendí que esperaba a que yo dijera alguna cosa.

—He regresado a casa —le dije.

Había un par de personas que se movían por las sombras detrás del médico. Ellos también parecían estar esperando algo, esperando a que él hiciera algo.

—Greta está muerta —añadí—. Yo la maté. Supongo que ya se habrán llevado el cadáver.

Vi el destello de un flash. Tenía que ser un fotógrafo de la policía fotografiando el cadáver. El doctor Shaw volvió la cabeza bruscamente.

—Todavía no —ordenó.

Una vez más, me miró a la cara. Me incliné hacia él,

—Esta noche vi a Ellie.

—¿Sí? ¿Dónde?

—En la carretera, junto a un árbol. En el mismo lugar donde la vi por primera vez. —Hice una pausa antes de añadir—: Ella no me vio. No podía verme porque yo no estaba allí. Eso me intranquilizó. Me dio mucho miedo.

—Estaba en la cápsula, ¿verdad? —me preguntó Shaw—. ¿Había cianuro en la cápsula? ¿Fue cianuro lo que le dio a Ellie aquella mañana?

—Era para la fiebre del heno. Ella siempre tomaba una cápsula como preventivo contra la alergia cada vez que salía a cabalgar. Greta y yo preparamos un par de cápsulas con veneno para las avispas que cogimos del Cobertizo. Lo hicimos en el templete. No estuvo mal, ¿no le parece? —Entonces me eché a reír. No reconocí mi propia risa. Sonó como un cacareo ahogado—. Usted comprobó toda la medicación que tomaba Ellie cuando vino a curarle el tobillo. Píldoras para dormir, cápsulas para la alergia... y todo estaba en orden. Nada peligroso.

—Efectivamente —señaló Shaw—, una medicación absolutamente normal.

—Eso fue algo muy bien pensado y muy astuto, ¿verdad?

—Sí, fue usted muy listo, pero no lo bastante.

—De todas maneras, no comprendo cómo lo descubrió.

—Lo descubrimos cuando se produjo una segunda muerte, una desaparición con la que no había contado.

—¿Claudia Hardcastle?

—Así es. Ella murió de la misma manera que Ellie. Se cayó del caballo en un coto de caza. Claudia era una joven sana, pero cayó del caballo y se murió sin más. Claro que esta vez no pasó tanto tiempo. La recogieron casi de inmediato y aún se olía el olor a cianuro. Si hubiese permanecido en campo abierto durante un par de horas como en el caso de Ellie, no hubiéramos olido ni encontrado nada. Sin embargo, no entiendo como Claudia tomó la cápsula envenenada. A menos que ustedes se dejaran una olvidada en el templete. Claudia iba por allí de vez en cuando. Encontraron sus huellas digitales y también un encendedor.

—Evidentemente fue un error. Se nos resbalaban de los dedos y costó mucho rellenarlas. —Miré al médico—. Usted sospechaba que había tenido algo que ver con la muerte de Ellie, ¿no es así? —Miré a las sombras—. Quizá todos ustedes.

—A menudo uno lo sabe, pero no estaba seguro de si podríamos hacer algo al respecto.

—Tendría usted que advertirme de mis derechos —le reproché.

—No soy un policía —respondió Shaw.

—Entonces, ¿qué es usted?

—Soy médico.

—No necesito a ningún médico.

—Eso está por ver.

Entonces vi a Phillpot.

—¿Qué hace usted aquí? ¿Ha venido a juzgarme, a presidir el tribunal?

—Sólo soy un juez de paz. Estoy aquí como un amigo.

—¿Amigo mío? —repliqué sorprendido.

—Amigo de Ellie.

No entendía nada. Nada de todo esto tenía sentido, pero no por eso dejaba de sentirme importante. ¡Todos ellos estaban aquí! La policía, los forenses, Shaw y Phillpot, quienes, a su manera, eran hombres muy ocupados. Todo el asunto resultaba muy complicado. Comencé a perder el control de las cosas. Me sentía muy cansado. De pronto sentí un cansancio enorme y me dormí.

Luego, todas aquellas idas y venidas. La gente venía a verme, gente de toda clase. Abogados, un procurador, letrados y doctores. Varios doctores. Me molestaban y no quería contestar a sus preguntas.

Uno de ellos no dejaba de preguntarme si quería alguna cosa. Le dije que sí: un bolígrafo y muchas hojas de papel. Quería escribir todo esto, contar cómo había llegado a suceder. Quería contarles lo que había sentido, lo que había pensado. Cuanto más pensaba en mí mismo, más interesante me parecía para los demás. Porque yo era interesante, una persona interesante de verdad y que había hecho cosas interesantes.

Los doctores, o por lo menos uno de los doctores, consideró que era una buena idea.

—Ustedes siempre dejan que la gente haga una declaración. Entonces, ¿por qué no puedo escribir la mía? Quizás algún día todos querrán leerla.

Me dejaron hacerlo. No podía escribir largas tiradas, me cansaba. Alguien utilizó la frase «responsabilidad limitada» y otro se opuso. Escuchaba toda clase de comentarios. Algunas veces ni siquiera se dan cuenta de que les escuchas. Luego tuve que presentarme ante el tribunal. Les pedí que me trajeran mi mejor traje porque quería causar buena impresión. Al parecer desde hacía tiempo me habían hecho vigilar por unos detectives. Los nuevos criados. Creo que los había contratado Lippincott, o por lo menos él les había dado la pista. Descubrieron muchas cosas sobre Greta y yo. Es curioso, pero ya no pensaba en Greta. Después de matarla, había perdido toda importancia.

Intenté recuperar aquella maravillosa sensación de triunfo que había experimentado mientras la estrangulaba, pero incluso aquello se había esfumado.

Un día, sin previo aviso, trajeron a mi madre. Allí estaba ella mirándome desde el umbral. No parecía angustiada como otras veces. Creo que ahora sólo se la veía triste. No tenía mucho que decir ni yo tampoco. Lo único que dijo fue:

—Lo intenté, Mike. Hice todo lo posible por mantenerte a salvo. Fracasé. Siempre tuve miedo de fracasar.

—Está bien, mamá, no fue culpa tuya. Escogí el camino que quería.

Entonces, pensé: «Eso fue lo que dijo Santonix. Él también sufría por mí, pero nadie podía hacer nada excepto quizás yo mismo. No lo sé. No estoy seguro. Pero recuerdo el día en que Ellie me dijo: «¿En qué piensas», y yo le repliqué: «¿Por qué lo preguntas». Ella me contestó: «Me miras como si me quisieras». Supongo que, en cierta manera, la quería. Hubiera podido amarla. Era tan dulce. Ellie, dulce placer.

Supongo que el problema conmigo era que quería demasiadas cosas. Además, las quería obtener de la manera más fácil.

La primera vez, el primer día que llegué al Campo del Gitano y conocí a Ellie, mientras bajábamos la carretera, volvimos a encontrarnos con Esther. Aquello fue lo que me dio la idea de pagarle, la advertencia que le hizo a Ellie. Sabía que era capaz de hacer cualquier cosa por dinero. Le pagué. La gitana se ocupó de asustar a Ellie, le hizo sentir que estaba en peligro. Incluso creí en la posibilidad de que Ellie llegara a morir del susto. Ahora sé que aquel primer día, Esther estaba asustada de verdad. Tenía miedo por Ellie. Le advirtió, le dijo que se marchara, que no permaneciera ni un segundo más en el Campo del Gitano, que huyera de mí. Yo no me di cuenta y creo que Ellie tampoco.

¿Ellie me tenía miedo? Creo que es posible aunque ella no se diera cuenta. Ella sabía que algo la amenazaba, sabía que estaba en peligro. Santonix conocía la maldad que vivía en mi interior, lo mismo que lo sabía mi madre. Quizá los tres lo sabían. Ellie lo sabía, pero no le importaba, nunca le importó. Es extraño, muy extraño. Ahora lo sé. *Fuimos* muy felices juntos, sí, muy felices. Ojalá hubiera sabido entonces que lo éramos. Tuve mi oportunidad. Quizá todos tenemos una oportunidad. Sin embargo, yo le volví la espalda.

Es extraño que Greta no tenga ya ninguna importancia, ¿verdad?

Incluso que mi hermosa casa no tenga importancia.

Sólo Ellie, pero Ellie nunca podrá volver a encontrarme. *Noche eterna*. Así termina mi historia.

En el fin está el principio. Eso es lo que siempre dice la gente.

Pero, ¿qué significa?

¿Dónde comienza mi historia? Debo volver a repasarlo y pensar...